

UNA COMEDIA ROMÁNTICA
DE
MANU PONCE
ALMA FERNÁNDEZ



SIN UNA
Canción,
NO EXISTE EL
Amor

**MANU PONCE
ALMA FERNÁNDEZ**

SIN UNA
Canción,
NO EXISTE EL
Amor

**MANU PONCE
ALMA FERNÁNDEZ**

SIN UNA
Canción,
NO EXISTE EL
Amor

Primera edición.

Sin una canción, no existe el amor

©Manu Ponce.

©Alma Fernández.

©julio, 2024.

©imágenes por AdobeStock y Freepik

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor

Primera edición.

Sin una canción, no existe el amor

©Manu Ponce.

©Alma Fernández.

©julio, 2024.

©imágenes por AdobeStock y Freepik

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Epílogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Epílogo](#)

Capítulo 1



Cansada, fatal de la alergia y de mal humor, a consecuencia de una discusión con un vecino. Así me encontraba la noche en que vi por primera vez a Lucas, pero todos esos males se me esfumaron como por arte de magia al conocerle.

Supongo que nada de aquello ocurrió por casualidad, que todo estaba escrito en mi destino punto por punto, porque la verdad es que aquel día yo no tenía ninguna intención de salir, pero la insistencia de Mari Ángeles, una buena amiga que vivía en el ático de mi edificio, no me dejó otra opción.

Quería que la acompañase al Melody, un pub que habían inaugurado apenas un mes antes en el centro de Madrid ; cuyo éxito, a pesar del poco tiempo que llevaba abierto, se veía venir. De hecho, la prensa ya se hacía eco de aquel lugar por su espectacular decoración y los originales eventos que allí se organizaban casi a diario, la mayoría de ellos, musicales.

En concreto, los martes estaban destinados a las Jam Sessions, a cargo del grupo Arpegios lejanos. Para quienes no estén muy familiarizados con este término, aclararé que se trata de una actuación de músicos en conjunto un tanto informal, durante la cual invitan a las personas presentes que toquen cualquier instrumento, a subir al escenario para interactuar con ellos.

Mari Ángeles, atraída por la novedad, había acudido el martes anterior con Mariano y se lo había pasado pipa. Recuerdo que me llamó súper entusiasmada para contármelo, pero no fue hasta el mediodía de ese otro martes en cuestión cuando volvería a llamarme para pedirme que les acompañase...

—Rubia, ¿por qué no te vienes esta noche al Melody con nosotros a tomar una copita? Te va a encantar el ambiente.

—Ayyyyy, no tengo muchas ganas, la verdad. Además, hoy voy bastante atrasada con el trabajo —le respondí.

—Venga ya, todavía te quedan muchas horas por delante, niña, y seguro que te cunden. Anda, ánimate...

No las tenía todas conmigo. Soy periodista y trabajo desde casa como redactora digital, para algunas revistas y

periódicos.

Solía levantarme bastante temprano y, normalmente, a primera hora de la tarde ya tenía más que terminado el trabajo de la jornada. Sin embargo, como dije al principio, ese día de mediados de abril me encontraba fatal, a causa de la dichosa alergia primaveral, y no iba al ritmo de siempre.

Aparte, por lo del percance con Antonio, mi “querido vecinito” de al lado, muy cívico él. Todavía queda gente que aún no se ha enterado de que para tener una mascota hay que responsabilizarse de ella y ser considerado con los demás. Pues este tipo era uno de los mejores ejemplos de eso y, una vez más, hizo alarde de su galardón...

¹ Veréis... Harta de tanto estornudo y moqueo, dejé un momento el ordenador para ir a la cocina a por agua para tomarme un antihistamínico. Al pasar por el recibidor, vi un charquito en el suelo, justo delante del portón del piso.

Extrañada, lo abrí y me encontré con el líquido amarillento ahí fuera, bien esparcido sobre el mármol blanco. Era pis de su perro, no me cabía la menor duda, por lo que llamé a su puerta, más cabreada que un mico.

Para no variar, aquel militar prejubilado que tan malas pulgas tenía, tardó lo suyo en abrirme, y es que el tipo se había comprado meses atrás una batería electrónica y se pasaba horas y horas aporreándola en el salón como un ¹loco, con lo cual casi nunca se enteraba de nada.

Tal situación, como ya os podréis imaginar, también nos traía de cabeza a casi todos los vecinos y había derivado en varias ocasiones en denuncias a la municipal. Denuncias que, lamentablemente, no habían llegado a ninguna parte, pero esa es otra historia.

En ese momento, lo que me incumbía era lo del pis de su lebrei afgano, tan arisco como el dueño, por cierto. Y estando como estaba aquel metiéndole a todo trapo al bombo y los platillos, tuve que tocar cuatro o cinco veces al timbre antes de que se dignase a abrirme. Para colmo, cuando lo hizo, me miró como si le debiera la vida y ni siquiera me saludó...

—¿Qué pasa ahora? —me preguntó con la cara desencajada y con muy mal tono.

Ni le contesté. Directamente le señalé el charco con un gesto de la cabeza y el muy cínico se encogió de hombros, como si no supiera de qué le hablaba.

—Vamos a ver, Antonio, pasa que, ya que no tienes cuidado con que tu perro no haga sus necesidades en las puertas ajenas, al menos podías tener la decencia de agarrar el cubo y la fregona para recogerlas, ¿no? —le eché en cara, aunque procurando no alterarme para no provocarle mucho porque le conocía bien y le temía.

—¿Mi perro?! ¿Tú qué me estás diciendo, que mi perro se ha meado en tu puerta? —Ya empezó a ponerse

“farruco” conmigo.

—Sí, tu perro. ¿Quién si no?

—¿Y por qué no llamas a esa de ahí enfrente en vez de acusarme a mí, niña? —fue su respuesta.

Me señaló la puerta de Nati, una vecina que también tenía un perro, pero yo estaba segura de que ella no tenía nada que ver con el asunto. Primero, porque el suyo era un chihuahua enano, es decir, una miniatura que de ninguna manera podría haber soltado todo aquello. Segundo, porque Nati era una mujer encantadora y sumamente educada que, de haberse visto en esas, lo habría recogido sobre la marcha y no se habría enterado ni Cristo.

—Me parece a mí que a ti lo que te pasa es que estás muy aburrida aquí en Madrid, hija mía —prosiguió—. Venga, que sí, date una vueltecita por tu país y ventílate una temporada, anda...

Sin más, me dio un portazo en las narices, dejándome con la palabra en la boca. No había quien pudiese con él. Era un sinvergüenza, un prepotente y un hueso de mucho cuidado. Y, claro, me tocó a mí coger el cubo de agua con lejía y darle al mocho para limpiar la “gracia” de su mascota.

Cuando acabé, me quedé pensando en que por culpa de aquel malnacido iba a tener que terminar buscándome otro alquiler lejos de allí. ¿Os imagináis lo que es trabajar online y tener al lado a alguien así, con la música a todo meter cada dos por tres cuando le viene en gana? Una pesadilla, vamos, y eso que la música en general me encanta...

En fin. Era lo que había y debía seguir trabajando, aun con todo mi golpe de malestar entre unas cosas y otras, así que me centré en el teclado y logré terminar los artículos más o menos a la hora de costumbre.

A eso de las siete, Mari Ángeles me envió un wasap queriendo saber si al final me había decidido a ir al Melody con ella y con Mariano, ese hombre con el que se veía de tanto en tanto y que tampoco era muy recomendable por su carácter, en mi opinión.

Me encontraba un poco flojilla de fuerzas, pese a lo cual, accedí, pensando que me vendría bien darme una buena ducha y salir por ahí un rato a despejarme la cabeza, que la tenía como una olla a presión.

Elegí unos vaqueros piratas claros, una camisa roja cortita y entallada que no había estrenado aún y unas sandalias altas, de esas que van anudadas a las piernas con cintas.

Había quedado con Mari Ángeles en que me encontraría con ella y con Mariano en el pub sobre las ocho y media. Al llegar, me encontré a mi amiga en la puerta fumándose un cigarro. Me dio un abrazo y me alabó bastante mi *outfit*...

—Yeahhh, mírala qué guapa que se nos ha puesto mi americana favorita—me miraba de arriba abajo —Pareces una Barbie, chica.

—Buah, tu americana favorita está hoy para que le den morcillas, como decís aquí en España, pero bueno...

—Pues quién lo diría, cielo. Por cierto, has hecho bien en seguir mi consejo dándote rímel azul en las pestañas. Te realza esos ojazos azules.

—Sí, jejeje. Estos ojazos que ya vienen bañados en Vispring, porque no te haces una idea de cómo los tenía de enrojecidos hace un rato. Entre la alergia y tantas horas que me he pasado sentada delante del ordenador, ni te cuento.

Mari Ángeles tiró el cigarro y empujó la puerta del local.

—Listo. Vamos para dentro que ya están empezando a tocar —me dijo.

—¿No ha venido Mariano contigo? —quise saber.

—Sí, está ahí en la barra pidiendo.

Nada más entrar, ya me fijé en aquel morenazo de mirada risueña. Era el cantante y bajista del grupo. Con su impresionante melena de rizos castaños, barbita, chaleco vaquero y unas botas tipo cowboy que llamaban muchísimo la atención, estaba colocado en el centro de sus compañeros, con el bajo atravesado en el pecho.

Melody no era un pub muy grande que digamos, pero, efectivamente, tenía una iluminación y una decoración de lo más original. A aquellas horas, ya contaba con bastante gente. Unos, acomodados en la barra con sus copas y otros, la mayoría, agolpados delante de los músicos.

El escenario estaba elevado a tan solo unos centímetros del suelo, delimitado por unos bonitos cortinajes burdeos y rematado por arriba con ondas entrecruzadas de la misma tela, como recreando el de un gran teatro. Una pasada, vaya.

Con nuestras copas en las manos, Mari Ángeles, Mariano y yo nos colocamos también allí en primera fila entre el público, que se contoneaba al compás de la música.

Tan buen rollo se respiraba por allí que saqué mi móvil para grabarles un poco y enseguida nuestras miradas se cruzaron. Juraría que incluso me sonrió, cosa que a mi amiga no se le fue por alto.

—Este ya te ha fichado —me dijo Mari Ángeles al oído.

No le respondí. Estaba centrada en la letra de la canción, una de las más famosas de Elvis Presley, pero como aquel grupo le daba a todos los palos, pronto sonaron los primeros acordes de otro célebre tema en español que enseguida identifiqué, sin imaginar que esa “Carolina” de M Clan también me iba a causar un disgustillo a mí, no solo al que la inventó.

—¡Qué guay! Mi canción —solté entusiasmada.

La chica que tenía a mi derecha me miró como sorprendida.

—Sí, es que yo también me llamo Carolina. Bueno, Caroline...—le expliqué, sin dejar de grabar.

—Ah, ¡¿sí?! —Pues venga, Caroline, *¡palante!*

La bromita de aquella chavala de acento andaluz me costó cara. No creo que lo hiciera con maldad, pero a aquel *¡palante!* le siguió un empujoncito por la espalda que me hizo perder el equilibrio y... ¡casi soy yo la que se come a Lucas!

Imaginad la escena. Como todo mi afán era mantener la integridad de la copa que tenía en una mano y el móvil que tenía en la otra, el cuerpo se me fue y tropecé con el entarimado del escenario.

Mi gozo a un pozo, señores, puesto que al final la copa fue a estrellarse en las flamantes botas plateadas de Lucas y mi móvil por poco sale volando. Y dando gracias de que no di yo también un bocazo y me rompí todos los dientes.

De repente, todas las miradas se centraron en esta que está aquí, que no sabía dónde meterse del bochorno que tenía encima. No obstante, el guapísimo bajista no le dio ninguna importancia al incidente, como si ya estuviese acostumbrado a este tipo de cosas en las actuaciones. Es más, pareció hasta hacerle gracia, porque me dedicó una simpática sonrisa e hizo un gesto como diciendo que no pasaba nada.

Y así fue, al menos para los demás, pues la música no cesó en ningún momento. Al concluir la canción, eso sí, una de las camareras de la sala acudió corriendo con la escoba y el recogedor para apartar todos los cristales de los pies de aquel pedazo de monumento humano que ya sí que debía haberme fichado... ¡Como para no hacerlo!

No le respondí. Estaba centrada en la letra de la canción, una de las más famosas de Elvis Presley, pero como aquel grupo le daba a todos los palos, pronto sonaron los primeros acordes de otro célebre tema en español que enseguida identifiqué, sin imaginar que esa “Carolina” de M Clan también me iba a causar un disgustillo a mí, no solo al que la inventó.

—¡Qué guay! Mi canción —solté entusiasmada.

La chica que tenía a mi derecha me miró como sorprendida.

—Sí, es que yo también me llamo Carolina. Bueno, Caroline...—le expliqué, sin dejar de grabar.

—Ah, ¡¿sí?! —Pues venga, Caroline, *¡palante!*

La bromita de aquella chavala de acento andaluz me costó cara. No creo que lo hiciera con maldad, pero a aquel *¡palante!* le siguió un empujoncito por la espalda que me hizo perder el equilibrio y... ¡casi soy yo la que se come a Lucas!

Imaginad la escena. Como todo mi afán era mantener la integridad de la copa que tenía en una mano y el móvil que tenía en la otra, el cuerpo se me fue y tropecé con el entarimado del escenario.

Mi gozo a un pozo, señores, puesto que al final la copa fue a estrellarse en las flamantes botas plateadas de Lucas y mi móvil por poco sale volando. Y dando gracias de que no di yo también un bocazo y me rompí todos los dientes.

De repente, todas las miradas se centraron en esta que está aquí, que no sabía dónde meterse del bochorno que tenía encima. No obstante, el guapísimo bajista no le dio ninguna importancia al incidente, como si ya estuviese acostumbrado a este tipo de cosas en las actuaciones. Es más, pareció hasta hacerle gracia, porque me dedicó una simpática sonrisa e hizo un gesto como diciendo que no pasaba nada.

Y así fue, al menos para los demás, pues la música no cesó en ningún momento. Al concluir la canción, eso sí, una de las camareras de la sala acudió corriendo con la escoba y el recogedor para apartar todos los cristales de los pies de aquel pedazo de monumento humano que ya sí que debía haberme fichado... ¡Como para no hacerlo!

Capítulo 2



No estuvimos mucho tiempo en el Melody, más que nada por tratarse de un martes y no poder una permitirse trasnochar tan alegremente, que luego viene el despertador con el alba a recordarle los excesos y le dan ganas de estamparlo contra la pared.

Pues bien, después de lo ocurrido, me pedí otro cubata, puesto que el mío... ya sabéis dónde terminó. Arpegios lejanos estuvo tocando sin parar como una hora y pico, momento en que sus integrantes decidieron hacer una pausa de unos quince o veinte minutillos para tomar unas cervezas y reponer pilas, antes de volver a subirse al escenario para continuar con la Jam.

Llegado el descanso entre pase y pase, seguí a Lucas con la mirada. El atractivo músico soltó el bajo y se fue directo a la barra con el resto del grupo. Allí saludó con bastante complicidad a un par de chicas que parecían esta esperándole.

Me pregunté si alguna de las dos sería su novia, lo cual no me hubiese extrañado, pues lo raro, a mi parecer, sería que un hombre así estuviese libre. En realidad, me preguntaba muchas cosas. No sabía su edad, no sabía si tendría otro trabajo aparte...no sabía nada de su vida.

Lo único que tenía claro era que no se me iba del pensamiento, por lo que empecé a contar las horas para volverle a ver el siguiente martes. Y basta que estés deseando que el tiempo pase rápido, para que parezca detenerse, ya sabéis a qué me refiero. Vamos, que se me hizo eterna la semana.

Llegado el día, llamé a Mari Ángeles para quedar de nuevo con ellos en el Melody, pero mi amiga tenía otros planes muy distintos...

—Lo siento, cariño, pero hoy va a ser que no —me anunció mi amiga.

—¿Y eso? —le pregunté un tanto decepcionada.

—Te cuento. Es el cumple de Mariano y tenemos pensado ir a cenar los dos solos a un italiano.

—Bueno, pero la Jam termina a las once y media o doce por lo menos, podríais pasaros después por allí a tomar algo y...

—No —me cortó de golpe—. Luego nos vamos del tirón a mi casa para seguir con nuestra particular sesión, tú ya me entiendes...

Claro que la entendía. Entendía a qué se refería, pero no lo que estaba haciendo con su vida, es decir, perdiendo el tiempo con alguien que no se merecía una mujer como ella ni de lejos.

Era algo que habíamos hablado muchas veces y que siempre desembocaba en lo mismo: Mari Ángeles era consciente de que aquella relación no iba para ningún lado, pero no se planteaba dejarle ni de coña porque estaba totalmente enganchada de aquel tipo separado que se creía por encima del mundo. Para colmo, tenía bastante fama de mujeriego. Y ya se sabe que cuando el río suena... pues eso.

El picaflor aquel, además, de bonito no tenía nada. Al contrario. Encima, se había permitido el lujo de dejarla plantada más de una vez a última hora, con excusas que no había quien se tragase.

Y ya el remate: le gustaba bastante empinar el codo. Muy completito él, vaya, pero, como ya he explicado, Mari Ángeles tenía un enganche tremendo con él y todo lo que se le trataba de advertir sobre Mariano caía en saco roto. Ella sabría lo que hacía...

r

—Pero bueno —continuó mi amiga—, que para coger el metro y plantarte en el Melody a ver a tu macizorro, tampoco necesitas tú a nadie...

l —Ay, no sé. No me gusta mucho salir sola.

—Mujer, que no te van a comer. Vas, te tomas algo y...a ver qué pasa, ¿no?

—Ya veré qué hago—le respondí queriendo zanjar la conversación cuanto antes para pasar al plan B, en vista de que no iba a conseguir nada.

—Venga, pues ya mañana me cuentas cómo te ha ido, guapetona. Que te diviertas —me deseó.

—Vale, tú también.

En cuanto le colgué, le mandé un wasap a Ana Belén, otra amiga, proponiéndole que me acompañase. A decir verdad, le escribí con poca fe de conseguirlo porque sabía que Ana Belén era bastante cuadriculada con el tema de los horarios y que eso de salir entresemana... como que no. Sin embargo, la suerte se posicionó de mi lado...

—¿Sobre qué hora sería, Caroline? —con aquella pregunta, ya vi la posibilidad de contar con ella.

—En torno a las ocho u ocho y media. ¿Te viene bien?

—Quizás un poco más tarde. Cuando salga de currar, quiero acercarme a ver a mi prima Adeli al hospital de Tres Cantos y no sé si me va a dar tiempo a estar arreglada para esas horas.

—¿Le ha pasado algo a tu prima?

—No se sabe muy bien aún. Le están haciendo pruebas, pero está ingresada y muy preocupada. Luego te cuento cuando nos veamos.

—Perfecto. ¿Nos vemos allí entonces?

—Sí, Caroline, ve tirando tú para allá, que ya llegaré yo. Te voy hablando por aquí...

—Muy bien, guapa. Pues hasta entonces.

—Chaito.

Ya tenía acompañante. Solo me faltaba decidir qué ponerme y que diese la hora en el reloj para salir pitando. Cómo sería la cosa que no me alcanzaron mis nervios ni para meterme en la boca del metro.

Pero no era solo por eso. El temor a dar un traspies y salir rodando por las interminables escaleras de la estación de la Avenida de América con los taconazos de vértigo que me había plantado me hizo cambiar de opinión a última hora y coger un taxi hasta la mismísima puerta del Melody.

Pagué al taxista, me estiré un poco el mini vestido de estampado de animal print y me bajé, a sabiendas de que Ana Belén aún no había llegado. Ya me advertido por wasap el retraso, así que no me quedó otra que entrar sola en el pub.

Aunque ya estaban todos los equipos montados en el escenario, la actuación no había comenzado aún. Enseguida divisé a Lucas en la barra, con el baterista del grupo.

Y si guapo le habían visto mis ojos la semana anterior, más guapo le vieron todavía ese día con aquella camisa blanca tipo ibicenca y los vaqueros grises que me llevaba. Para comérselo, os lo juro.

Justo cuando me dirigía hacia la barra para pedir, me sonó el móvil en el bolso. Era Ana Belén otra vez.

—Niña, ¿ya estás ahí? —por el tono de su voz, parecía bastante alterada.

—Sí, ¿por?

—Pues siento mucho decirte que no voy a poder ir.

—¿Por qué? ¿Te ha pasado algo? —le pregunté, temiéndome lo peor.

—A mí, no. Al coche. Le he reventado una rueda de un bordillazo, pero vamos... que se me ha quedado literalmente con la llanta pegadita al suelo.

—¿Y eso cómo ha sido?

—Nada, que con las prisas he cogido la curva de una calle a toda leche y aquí tengo el resultado. Encima, no te imaginas el susto que me he pegado. Parecía que había explotado una bomba. Por poco se me sale por la boca el corazón.

—Vaya, lo siento mucho. ¿Pero estás muy lejos de aquí?

—No es eso. La cuestión es que estoy esperando a los del seguro y tampoco sé lo que van a tardar en venir, por eso te digo que lo mejor será que no cuentes conmigo hoy. Yo también lo siento, Caroline.

—Nada, no te preocupes, lo importante ahora es que soluciones tu problema. Ya nos veremos en otra ocasión.

Y así fue que me vi compuesta y sola ya allí dentro. Por un momento, me debatí entre quedarme o dar media vuelta e irme por donde mismo había llegado, pero enseguida me decidí por lo primero, y es que Lucas, que me había visto entrar, me hizo un simpático gesto con los dedos a modo de saludo. ¡Me había reconocido!

A mí sí que se me puso a mil el corazón de repente. Además, sentí de golpe ese típico calorcillo que te sube a las mejillas cuando te ruborizas por algo. Estaba sola ante “el peligro”, pero lejos de achantarme, le devolví su propio gesto y enfilé con decisión hacia donde él estaba, procurando disimular mi nerviosismo. Me puse a su lado y le saludé con un simple “hola”.

—Hombre... que dabuti, otra vez tenemos por aquí a la dulce niña Carolina —esas fueron sus primeras palabras, acompañadas de una preciosa sonrisa de oreja a oreja.

Le miré sorprendida y le pregunté que cómo sabía mi nombre.

—Ah, ¿pero te llamas Carolina? —según lo dijo, Lucas soltó una carcajada.

—Sí... bueno, en realidad, me llamo Caroline.

—Qué puntazo, porque te lo he dicho en broma, acordándome de lo de la copa que me tiraste en las botas. Ya sabes lo que dice la canción... “el diablo está en mi vida...” —me tataré.

—Ya, pero yo no pretendo ser la ruina de nadie —le contesté con una agilidad mental tremenda, recordando otra frase del mismo tema.

—No te lo tomes a mal, preciosa, estamos de coña. ¿Qué te apetece tomar?

Me quedé bloqueada con lo que acababa de escuchar. ¿Me había llamado preciosa o era producto de mi imaginación?

—Eh —Lucas chasqueó los dedos delante de mis narices para que aterrizara—. ¿Te apetece tomar algo? —repitió, mirándome con ojos picarones.

—Una cerveza como esa tuya —le señalé el botellín de Judas.

Aquel bombonazo giró la cabeza hacia una de las camareras y levantó la mano.

—Laura, por favor, ponle una Judas a esta chica y adviértele bien advertido que ni se le ocurra tirármela hoy en las Convers, o la vamos a tener que echar de aquí.

La chica sonrió y él se volvió hacia mí y se echó a reír otra vez. Aunque a mí también me hizo gracia el comentario, de nuevo me puse roja como un tomate, lo cual provocó que se riesen con más ganas aún.

Laura me sirvió la cerveza. Lucas agarró la suya y la alzó.

—Venga, ya no te machaco más, Caroline. ¿Un brindis?

Chocamos ambos botellines en el aire y les dimos un trago.

—Por cierto, ¿de dónde eres? —me preguntó a continuación—, porque con ese nombre y ese acentillo...

—De Estados Unidos, de Colorado.

—¿Pero vives en Madrid o estás por aquí de vacaciones?

—Llevo cuatro años viviendo en España. El primero lo pasé en Córdoba y desde entonces estoy en Madrid.

—¿En Córdoba? —parecía sorprendido.

—Sí. Tengo algo de familia allí. Mi abuela materna es cordobesa.

—Qué curioso, mi madre también es andaluza, pero de Sevilla, aunque viven aquí. Por cierto, ¿hoy no han venido tus amigos?

—Iba a acompañarme otra amiga que no conoce esto, pero a última hora le ha surgido un contratiempo y...

No pude terminar de hablar porque Lucas echó mano al móvil y dio un salto del taburete.

—Perdóname, es que con la charla no me he dado cuenta de que ya se nos ha echado la hora encima. La obligación me llama, pero ahora dentro de un rato, cuando paremos, seguimos hablando si te apetece.

—Claro. Venga, ¡al lío!

Aquel guiño suyo antes de subirse al escenario ya me derriñó por completo. Qué niño tan mono, por favor, y qué simpático se le veía. ¡Lo tenía todo! Por supuesto, volví a grabarles, pero esta vez lo hice desde la barra.

En cuanto llegó el descanso, se vino para mí.

—Le has pillado gusto a lo de los vídeos, ¿no?

—Sí, jejeje.

—Pásamelos si no te importa. Siempre nos vienen bien para subirlos a las redes y esas cosas.

—¿Que te los pase cómo?

—Por wasap. Te doy mi número.

Buena excusa para un intercambio de teléfonos, pensé, pero me encantó su maniobra, como podréis imaginaros.

—Ya te he archivado, aunque aquí dentro apenas tengo cobertura. Te los mando luego, cuando vaya de camino a casa, ¿vale?

—Tranquila, a tu ritmo, preciosa.

Segunda vez que se refería a mí de tal modo. Cuando se lo contase a Mari Ángeles, iba a flipar tanto como yo.

—Hablando de redes, Caroline. Puedes seguirnos en face e insta. Somos “Arpegios lejanos banda”.

—No tengo redes—le confesé.

—¿En serio?

No sé por qué le extrañó tanto. Todavía hay mucha gente que rehúye de esas cosas por diversos motivos. En mi caso, sobre todo, por considerarlo un mundillo donde frecuentemente se tiende a desvirtuar bastante la realidad.

Aparte, me considero una persona tradicional que prefiere las amistades y cualquier tipo de relación de forma más directa, cara a cara, así como yo estaba tratando en ese momento con el guapísimo de Lucas... ¡¡Qué privilegiada me sentía!!

—Tranquila, a tu ritmo, preciosa.

Segunda vez que se refería a mí de tal modo. Cuando se lo contase a Mari Ángeles, iba a flipar tanto como yo.

—Hablando de redes, Caroline. Puedes seguirnos en face e insta. Somos “Arpegios lejanos banda”.

—No tengo redes—le confesé.

—¿En serio?

No sé por qué le extrañó tanto. Todavía hay mucha gente que rehúye de esas cosas por diversos motivos. En mi caso, sobre todo, por considerarlo un mundillo donde frecuentemente se tiende a desvirtuar bastante la realidad.

Aparte, me considero una persona tradicional que prefiere las amistades y cualquier tipo de relación de forma más directa, cara a cara, así como yo estaba tratando en ese momento con el guapísimo de Lucas... ¡¡Qué privilegiada me sentía!!

Capítulo 3



Después de todo, me alegré de haber entrado sola en el Melody aquella noche porque eso me permitió estar más a mis anchas paliqueando con él. Me hubiese encantado quedarme hasta última hora para ver qué pasaba, es decir, si Lucas se ofrecía a acompañarme a casa o algo así, pero en vista de lo que se prolongaba la actuación, tuve que echarme el freno.

Además, una vez que terminase la Jam Session, los chicos tendrían que empezar a recoger los instrumentos, los focos, los bafles, toda esa maraña de cables... ¡Que no, que no, que me iban a dar las tantas allí y no podía ser! Pero había algo más, y es que a una también le gusta hacerse la interesante de vez en cuando, que parece que eso da buen resultado, ¿no creéis?

En cuanto amaneció el día y me pareció que ya debía andar desayunando, llamé a Mari Ángeles.

—¿Qué pasa, guapa? Tú tan temprano...—tras ese “temprano”, le escuché un bostezo.

—Joooo, no me digas que te he despertado —le respondí bastante apurada.

—No, tonti, me he levantado cuando he escuchado a Mariano marcharse y ahora me iba a preparar el café.

—¿Entonces no has desayunado aún, Mari Ángeles?

—Mira, rubia, como te diría un argentino... cheeee, boluuuda, no me toqués las pelotas, que recién me levanté y ni me dio tiempo todavía de mirarme al espejo.

Me eché a reír. Mi amiga sabía que me hacía muchísima gracia que emulase a los argentinos, cosa que se le daba bastante bien, que todo hay que decirlo. Mucho tuvo que ver en ello su historia con Matías, un abogado de San Telmo afincado en Vallecas (otro que tal baila), con el que acabó como el rosario de la aurora.

—Pues baja ahora mismo, que te invito a desayunar en casa—le propuse.

—Claro... ahora mismito, con los pelos como una loca y en tanga nada más, ¿no?

—No, mujer, que te ve alguien así en el ascensor y sales en los periódicos. Ponte cualquier cosita mientras voy preparando la cafetera, anda, que quiero contarte lo de anoche en el Melody.

—¡Ah! ¿De manera que te fuiste sola al final, so bruja?

—Buahh, ahora te cuento la odisea con Ana Belén. Venga, vístete, porfi.

Mi amiga se alegró por mí al enterarse de lo sucedido, pero lo mejor vino cuando le conté que Lucas me había comentado que ese sábado por la tarde tocarían en la carpa de la pradera de San Isidro y que le gustaría que fuésemos a verles.

En esos días, Madrid se preparaba ya para la festividad de su patrón, por lo que se preveía un fin de semana a lo grande, con sus tradiciones y eventos para todos los públicos; conciertos y verbenas por doquier repartidos por diversos puntos de la capital, como Las Vistillas, la Plaza Mayor o la ya mencionada pradera.

—¡No me digas! —exclamó toda entusiasmada.

—Te lo digo. Y ahora dime tú que sí, porfi, dime que esta vez cuento con vosotros para verlos, o al menos contigo...

—Jajajaja, no lo dudes, porque de eso precisamente te iba a hablar yo también, que este año no me pierdo las fiestas. Y no solo vamos a ir el sábado a la pradera, sino que...

—¿Qué? —la corté, y es que me podía la impaciencia por saber lo que vendría a continuación.

—Nada, nada, mejor no te lo cuento aún. Ya lo verás cuando llegue el momento.

—¡Eso no se hace! —protesté—. Dime qué estás tramando...

—No. Se me ha ocurrido algo que creo que te va a gustar, pero prefiero que sea una sorpresa.

—¿Una sorpresa? ¿Para mí?

—Claro, guapa, no va a ser para el majete de tu vecinito el de las baquetas. Lo único que necesito saber es si tienes algo que hacer este viernes por la tarde.

—Depende de la hora a la que tenga que estar lista, aunque espero no terminar muy tarde de currar.

—Pues ya sabes, ponte las pilas desde que amanezca y prepara la cartera, guapa, que nos vamos de compras —es: fue la única pista que me dejó caer.

—¿De compras?

—Ha oído usted bien, señorita. Nos vamos de compras por la zona de la Gran Vía.

No quiso desvelarme ni un detalle más sobre lo que se traía entre manos, ni yo quise insistir. Preferí dejarme llevar, y de ese modo fue que me vi la tarde del viernes, después de patear un buen trecho por aquella famosa avenida madrileña, delante del escaparate de una tienda especializada en disfraces y vestimentas y complementos de flamenca, de ballet... y de chulapas, entre otras.

—¿Qué? ¿Te gusta la idea o no?

La miré un poco desconcertada.

—¿Perdona? ¿Me estás diciendo que vamos a vestarnos de...? —En lugar de acabar la frase, le señalé con un dedo a una pareja de maniquíes, ataviados de chulapos de los pies a la cabeza, detrás de los cristales del escaparate.

—Chica lista —me contestó mi amiga—. ¡Hale, vamos para dentro!

—¡Tú estás loca, Mari Ángeles!

—Sí, sí, mira quién habla. Como que tú estás muy cuerda. Anda, déjate ya de protestar y tira de una vez —me dio un empujón y casi me la pego contra el escalón de la entrada, lo que me hizo acordarme nuevamente de lo del primer día en el Melody.

No me podía creer lo que estaba haciendo. ¡Iba a comprarme un traje de chulapa para las fiestas! ¿Cómo iba a presentarme así delante de mi Lucas? Solo de pensarlo, se me ponían los pelos de punta, pero tampoco tenía elección. ¡Menuda era mi vecina cuando se le metía algo en la cabeza!

Incluso a la dependienta que nos atendió, una mujer de mediana edad, le hizo gracia el tema, y no porque no estuviese acostumbrada a vender toda clase de ropa folclórica a forasteros como esta que habla, sino por la cara de pasmo con la que salí del probador; enfundada con aquel vestido rojo de lunaritos blancos, el mantoncillo de manila sobre los hombros, el pañuelo atado bajo la barbilla, con sus correspondientes claveles en lo alto de la cabeza. Para completar el cuadro, los clásicos zapatos de tacón, de esos como para los trajes de sevillanas.

—¡¡¡Aaarggggg!!! ¡¡¡Jajajajajjaa!!! —Mari Ángeles se partía de la risa—. ¡Qué arte tiene la americana, señores!

¡Para engancharla por el codo y sacarla a bailar un chotis!

1

—¡Anda que no! —Intervino la vendedora—. ¡Poco guapa que va ella con ese traje y esos ojazos azules! Desde luego, ya te digo yo que pretendientes no te van a faltar, si es que aún estás libre...

—De momento está soltera y sin compromiso —le contestó mi amiga, antes de mirarme de nuevo y hacerme un guiño picaresco—. Ya me imagino yo a mi Caroline luciéndose por toda la pradera entre el gentío.

Me di la vuelta y me contemplé otra vez en el espejo del probador. Sonreí, y es que la imagen se me vino a la cabeza como un flash. Por unos instantes, fantaseé con un escenario más silencioso y sombrío pero igualmente concurrido, otras flores en el pelo y otro vestido mucho más elegante... blanco inmaculado. ¡Hasta ahí puedo leer Jajajaja.

—¿Y tú qué? —le dije—. A ver si resulta que voy a ser yo la única que se vista de chulapa...

—Tranquila, tranquila, que yo ya he fichado el mío.

Mari Ángeles escogió un vestido celeste de manga corta, también de lunares, y, para adornarse el pelo, un clavel blanco y otro rojo.

—¿Qué te parece? —Quiso saber mi opinión en cuanto se plantó el vestido—. ¿Te gusta o me pruebo el blanco con lunares morados?

—Me encanta, pero a mí me gusta más así —se señaló la cabeza—, con tres claveles, en lugar de dos. No sé, lo veo como más vistoso...

Mi amiga se echó a reír, aunque no entendí el motivo hasta que la propia dependienta se metió en la conversación para aclarármelo.

—Verás... porque ya veo que no estás al tanto del significado de las flores en el pelo, cuando la mujer se viste de chulapa.

Centré toda mi atención en su explicación.

2

—Cuando la chulapa está casada, se pone un par de claveles rojos en el pelo. Cuando está soltera, dos claveles blancos. Si está comprometida, suele llevar uno blanco y otro rojo.

—¿Y si es viuda? —la interrumpí.

—A eso te iba, criatura, que no me has dejado terminar—me sonrió—. En el caso de las viudas, lo normal es que lleven tres claveles: uno blanco y los otros dos... rojos. O sea, lo mismo que has elegido tú para tu pelo rubio.

Me tapé la boca de un manotazo y ellas estallaron en carcajadas. ¡¡¡Qué ignorante yo!!!

—Por eso te decía que pretendientes no te iban a faltar, si es que aún no has encontrado pareja —concluyó.

—¡Pero yo no soy viuda! Soy muy joven para eso, ¿no? —le solté.

—Y yo que me alegro, mujer, aunque por lo de la edad no lo digas. Ciertamente no sería lo más normal a tus años, pero hay de todo en la viña del señor. Y si no, que me lo digan a mí.

Mientras iba embalando nuestras compras, la mujer nos contó por encima que ella había enviudado a los treinta y cinco años, aunque en realidad, en su caso, quizás no estuviéramos hablando de una viuda por derecho.

Oficialmente lo era porque su marido llevaba más de veinte años desaparecido.

Aquí en España, pasados los diez años desde las últimas noticias habidas sobre una persona desaparecida, se procede a la declaración de su fallecimiento. Por ende, el cónyuge adquiere automáticamente la condición de viudedad.

Más tarde, Mari Ángeles y yo, cargando con nuestras correspondientes bolsas en el metro, comentaríamos su caso

—Vaya plan el de esa mujer, ¿verdad? —fue mi amiga la que abrió el melón.

—Ufff, qué horror. Debe ser complicado vivir con esa incertidumbre.

—Pues sí, Caroline. ¿Te imaginas que está la pobre un día tan tranquila en el sofá de su casa viendo telenovelas y él llama a la puerta?

—Yo me muero de la impresión—le respondí.

—¡Jajajaja! ¿Que te morirías? Pues fíjate tú cómo cambiarían entonces las tornas. Puestas así las cosas, pasarías de ser la viuda, a ser la muerta.

—Y viceversa. El tipo pasaría de ser el muerto, a ser el viudo.

—¡Jajajajaja! —Mari Ángeles daba palmas a la vez que se reía—. No estaba muerto, que estaba de parranda...—canturreó.

Con tanto cachondeo que nos traíamos, cuando quisimos darnos cuenta ya estábamos en el barrio. Es más, de chiripa no nos pasamos de estación.

Subiendo por las escaleras mecánicas, saqué el móvil del bolso para ver la hora. Eran las ocho y pico de la tarde todavía.

—Oye, ¿y si dejamos las bolsas en casa y salimos por ahí a tomarnos unas cervezas? —le planteé—. ¿O has quedado hoy también con Mariano?

—Con Mariano... eso quisiera yo —hizo como un gesto de lamento con los ojos—. La verdad es que teníamos planeado vernos esta noche, pero me ha escrito antes del almuerzo para decirme que se había olvidado de que tenía luego una quedada con los colegas y que lo sentía, que ya nos veríamos otro día.

Me reservé mi opinión. Preferí no decirle nada de lo que pensaba. Me daba una rabia tremenda que mi amiga, de tan buena como era, fuese tonta, pero ya os expliqué que todo lo que se le intentaba decir sobre su persona le entraba por un oído y le salía por el otro. Peor aún: a veces habíamos terminado discutiendo por esa misma cuestión, así que ya la dejaba por imposible porque estaba visto y comprobado que no me servía de nada intentar quitarle la venda de los ojos.

Mari Ángeles siempre le justificaba lo injustificable. Estaba ciega con ese hombre.

—Entonces no hay más que hablar. Lo que queda de tarde es para nosotras y a él ya le verás otro día—fue lo único que le dije en relación a Mariano.

Tampoco nos enredaríamos mucho por la calle, que tiempo tendríamos al día siguiente de desparramar por ahí por la pradera de San Isidro como las cabras de la Heidi y teníamos que estar frescas.

Mi amiga y yo subimos a casa, nos cambiamos las deportivas por otro calzado más adecuado y, tal cual, bajamos al bar de la esquina a tomarnos un par de cervezas y unas tapas a modo de cena.

Pese a todo, aquella noche me costó Dios y ayuda coger el sueño. No paraba de dar vueltas en la cama imaginándome el día siguiente minuto a minuto, sin contar con que muchas veces la realidad supera con creces a la imaginación...

Con tanto cachondeo que nos traíamos, cuando quisimos darnos cuenta ya estábamos en el barrio. Es más, de chiripa no nos pasamos de estación.

Subiendo por las escaleras mecánicas, saqué el móvil del bolso para ver la hora. Eran las ocho y pico de la tarde todavía.

—Oye, ¿y si dejamos las bolsas en casa y salimos por ahí a tomarnos unas cervezas? —le planteé—. ¿O has quedado hoy también con Mariano?

—Con Mariano... eso quisiera yo —hizo como un gesto de lamento con los ojos—. La verdad es que teníamos planeado vernos esta noche, pero me ha escrito antes del almuerzo para decirme que se había olvidado de que tenía luego una quedada con los colegas y que lo sentía, que ya nos veríamos otro día.

Me reservé mi opinión. Preferí no decirle nada de lo que pensaba. Me daba una rabia tremenda que mi amiga, de tan buena como era, fuese tonta, pero ya os expliqué que todo lo que se le intentaba decir sobre su persona le entraba por un oído y le salía por el otro. Peor aún: a veces habíamos terminado discutiendo por esa misma cuestión, así que ya la dejaba por imposible porque estaba visto y comprobado que no me servía de nada intentar quitarle la venda de los ojos.

Mari Ángeles siempre le justificaba lo injustificable. Estaba ciega con ese hombre.

—Entonces no hay más que hablar. Lo que queda de tarde es para nosotras y a él ya le verás otro día—fue lo único que le dije en relación a Mariano.

Tampoco nos enredaríamos mucho por la calle, que tiempo tendríamos al día siguiente de desparramar por ahí por la pradera de San Isidro como las cabras de la Heidi y teníamos que estar frescas.

Mi amiga y yo subimos a casa, nos cambiamos las deportivas por otro calzado más adecuado y, tal cual, bajamos al bar de la esquina a tomarnos un par de cervezas y unas tapas a modo de cena.

Pese a todo, aquella noche me costó Dios y ayuda coger el sueño. No paraba de dar vueltas en la cama imaginándome el día siguiente minuto a minuto, sin contar con que muchas veces la realidad supera con creces a la imaginación...

Capítulo 4



Mari Ángeles me había dicho de juntarnos a las doce del mediodía para tirar para allá, lo cual me parecía muy temprano, y más, considerando que hasta las siete de la tarde no empezaría el concierto de Arpegios lejanos. Pero mi amiga me convenció con toda clase de argumentos; que si teníamos que amortizar los trajes, que si los concursos, que si la limonada, que si las rosquillas, que si esto, que si lo otro y lo de más allá...

Total, que hacia la una y cuarto ya andábamos las dos por allí por Carabanchel. Era la primera vez que mis pies pisaban la pradera de San Isidro. Por cierto, hablando de pies... ¡qué rarita me veía yo con aquellos taconillos rojos, con su correa atravesada en el empeine! Y lo del lunar en la cara que me plantó mi amiga ya fue de traca.

No estaba yo nada convencida de ese detalle, de hecho, cuando le vi lo que pensaba hacerme, traté de impedirselo pero la muy persuasiva de Mari Ángeles se empeñó en pintármelo ahí en la mejilla izquierda.

—Deja, deja—le pedí, agitando la mano en el aire—, que ni que fuese yo la difunta Lola Flores esa.

—Déjame tú a mí que yo sé lo que hago —diciéndomelo, ya me estaba punteando la cara con un lápiz marrón de ojos—. Mírate ahora, so chinche. Así tienes más pinta de española, pareces mucho más castiza tú—me soltó al terminar.

Una vez más, se salía con la suya. En fin... ¿para qué discutir?

El día estaba precioso. No había ni una sola nube en el cielo, solo ese sol que, eso sí, picaba algo más de lo norma para las fechas en que estábamos todavía.

Y peor aún de lo que en principio parecía, porque el calor fue aumentando hasta el punto de que pronto tuve que soltarme un poco el nudo del pañuelo en la garganta porque me estaba agobiando con el sudor.

—¿Qué? ¿Una cervecita para ir refrescándonos el estómago, rubia?

—La veo y la doblo—le contesté.

—¡Mírala ella! ¡Qué rápido se está aprendiendo las expresiones de Mariano!

Cierto que esa era una de sus célebres frases, y yo, que ansiaba dominar el español a la perfección, incluyendo todo tipo de dichos, refranes, frases coloquiales y demás, ya me había adueñado de ella.

Mari Ángeles y yo nos pedimos unos botellines y un par de perritos calientes en uno de los puestos ambulantes de comida y nos sentamos en una mesa cercana a un organillero que no paraba de darle a la manivela del aparato sin descanso. Un chotis, otro chotis, y otro chotis... y venga más chotis...

Lo bueno, o lo malo, mejor dicho, vino cuando un chulapo de bastante edad, mellado y algo cojo se nos acercó. E tipo me miró, me sonrió y me tendió el brazo flexionándolo por el codo. A mí casi me da un telele al verle las intenciones...

—¿Me concede un chotis, señorita Marilyn?

¿Marilyn? ¡Encima! Aterrada, miré a Mari Ángeles, quien trataba de contener la risa como podía. Los ojos se le iban a salir de las órbitas a ella también.

’ —Venga, ¡que sí, Marilyn Monroe!, no le hagas el feo al hombre...

—¡Que yo no sé bailar esto! —alegué, tratando de escurrir el bulto.

—Da igual, da igual, yo te llevo —me respondió el otro, cortándome las alas.

—Eso, eso, tú síguele a él, que no es tan complicado, rubia.

Nada más decirlo, la hija de su madre se tapó la boca con la mano y giró la cabeza, estallando en unas carcajadas que ya no podía contener ni bien ni mal. El hombre también se echó a reír viéndola a ella y regalándome a mí, de paso, su paleta huérfana en todo su esplendor. Yo ya no sabía si llorar o reír también, pero no me quedó más remedio que levantarme de aquella silla de tijera y hacerle “el honor” al hombre. ¡Que fuese lo que Dios quisiera!

Para colmo de los colmos, la simpática de mi amiga echó mano al móvil y se puso a grabar la escena; el cojo, agarrado de mi mano, guiándome sobre un círculo imaginario a compás de las notas del organillo y pegando cojetazos, y yo... pidiéndole a ese mismo Dios que no me diera una coz con aquella otra pata suya (la más larga) que alzaba de tanto en tanto como Napoleón y que la música acabase pronto, para terminar cuanto antes con la pesadilla del olor a sudor que desprendía y del aliento a coñac que le salía por la boca. ¡Jeesús!

—Muchas gracias, muchas gracias, eh, señorita, muchas gracias—no paraba de decirme el individuo como si le

faltase un hervor, cuando por fin se acabó el baile más largo y angustioso de mi vida.

Para entonces, Mari Ángeles volvió a explotar en carcajadas.

—Jajajaja, mira, mira...—le dio la vuelta al móvil para enseñarme el numerito.

—Quita, quita, guarda eso que no quiero ni verlo y vámonos de aquí ahora mismo, no sea que aquí a tu primo le vaya a dar por querer repetir. Te juro por mi madre que entonces te va a tocar a ti bailar con él, como que yo me llamo Caroline.

¹ Riéndonos hasta saltársenos las lágrimas, salimos huyendo de allí y tiramos hacia la zona de las atracciones. El pulpo gigante, el barco vikingo, el canguro... no sabíamos por cuál decantarnos.

—¿Una vueltecita en la noria? —la propuesta era mía esta vez.

—Estás de coña, ¿no?

—¿De coña por qué? No me digas que te da miedo...

Por la cara que puso Mari Ángeles, sospeché que algo de eso había, pero la muy orgullosa no me lo confesó.

—Bueno, pues si hay que montarse en la noria, se monta y ya está. ¡Que no se diga!

Lo del numerito de mi chotis con el mellado se quedó corto, y es que el espectáculo suyo sí que fue digno de ver. En cuanto aquel cacharro se puso en marcha, mi amiga agarró bien el bolso con las dos manos como si se lo fueran a quitar y cerró los ojos.

Más tiesa que un palo en el asiento de nuestra cabina, Mari Ángeles no fue capaz de abrir tampoco la boca en ningún momento hasta que llegó la hora de bajarse. Lo gordo es que, pálida como la cera, cuando lo hizo, fue para advertirme que se encontraba muy mal y, acto seguido, soltar por esa misma boca hasta la primera papilla, delante de la gente que esperaba en la cola para subirse a la atracción.

Un buen rato le costó recuperarse del mareo a la pobre mía, pero afortunadamente la cosa no fue a mayores y el tiempo fue pasando, aproximándonos a la hora de la actuación de Arpegios lejanos, en el escenario principal del parque.

Por más que miraba y miraba entre aquella marea humana, no logré divisar a Lucas ni a ninguno de sus compañeros hasta la mismísima hora del concierto, momento en que aparecieron todos de golpe por detrás y la música empezó a sonar.

Allí estaba mi músico favorito, con vaqueros azules, una camiseta de los Rolling Stone y su melenón de tirabuzones recogido en una coleta alta para aliviarse el calor. ¡Qué pedazo de bombón, santo cielo!

A base de “empujones” y “codazos”, Mari Ángeles y yo nos fuimos abriendo hueco entre el gentío como pudimos y conseguimos colocarnos casi en primera fila. Ni que decir tiene, ya no le quité la vista de encima, pero Lucas, concentrado en lo suyo, tardó un buen rato en verme a mí allí en medio tan contenta.

Me miró fijamente varias veces, como si no pudiera creer lo que estaban viendo sus ojos: ¡la americana vestida de chulapa, señores! Me dedicó una de esas sonrisas suyas que a mí me dejaban K.O y me hizo un “guiño” musical del cual no me percaté hasta que Mari Ángeles me dio un apretón en el brazo...

—Eso iba por ti, rubia.

—¿El qué?

—“¿Dónde vas con mantón de Manila?...” —me cantó—. Ya sé que tú no la conoces, pero esa es la letra de esa cuñita que ha metido ahí entre canción y canción. Y qué puntazo también los demás, fíjate cómo le han seguido el rollo enseguida...

—¿Y por qué tiene que ir por mí?

—Porque te lo digo yo. Ayyy, hija mía, con treinta y dos años que tienes y lo ingenua que eres para algunas cosas. Ya verás como sí que iba por ti, ya me lo contarás.

Para no variar, el concierto estuvo de lo más animado, y es que Lucas era un tipo con muchas tablas en los escenarios. Había nacido para eso, estaba claro. Aparte, aquellos chicos tenían un repertorio muy bueno y muy variado con el que se llevaban de calle a todo el mundo (creo haber dicho ya esto con anterioridad).

Pero lo más emocionante para mí vendría luego, al terminar, cuando se bajaron y me buscó entre la gente. Mientras que el baterista y el teclista se quedaron para ir desconectando algunos cables, aquel morenazo, acompañado del guitarrista, se vino directamente hacia donde estábamos Mari Ángeles y yo, con intención de tomarse algo fresquito con nosotras. Los pobres traían las camisetas empapadas de sudor, aunque mi amiga y yo también teníamos los trajes curiosos en ese sentido. ¡Qué calor, la virgen!

No se me olvidará el abrazo tan cariñoso que me dio cuando me tuvo delante, como si nos conociéramos desde hacía un siglo.

—¡Heyyyy, al final habéis venido! —exclamó tan sonriente.

—Y como está mandado, ¿no? —saltó Mari Ángeles.

—Ya veo, ya veo. Estáis monísimas las dos de chulapas. Bueno, tú no conoces a José Luis, ¿no? —le dijo a mi amiga.

—No, no tengo el gusto —le respondió.

—Ni tú la conoces a ella —le corté yo —, aunque ya la has visto alguna vez por el Melody. Es Mari Ángeles, mi mejor amiga y vecina, como ya te comenté el martes.

Después de las respectivas presentaciones, nos pedimos unos cubatillas y estuvimos de cháchara allí en la barra, comentando el concierto y hablando un poco de todo. Lo típico del pasteleo, vaya.

Tampoco nos faltaron unas cuantas fotos a cargo de Mari Ángeles. Lo de mi amiga con el móvil es que ya era verdaderamente una relación enfermiza. Allá por donde íbamos, siempre teníamos que estar haciéndonos fotos por todos los rincones.

—Pero a mí no me subas al face ni al insta ni a nada de eso, ¿eh?, que ya sabes que no me gusta —le advertí como siempre.

—Que noooo, que ya lo sé. Uy, ¡qué pesada eres, Caroline!

En un momento dado, Lucas me pidió que le acompañase a la parte trasera del escenario para “enseñarme una cosa”. Miré a Mari Ángeles y, por su cara, conociéndola como la conocía, deduje lo que estaba pensando...

—Tira de una vez, mujer, que yo me quedo aquí con José Luis guardándote el cubata—según lo dijo, se echó a reír y contagió su risa al guitarrista.

Más ancha que larga, enfilé con “mi melenas” hacia el escenario, pero al alcanzar la trasera, Lucas me cogió del brazo y me condujo más allá, a una zona más alejada y menos concurrida.

Bajo un árbol enorme, me dio el primer beso de la tarde. Mejor dicho, de la noche, puesto que el sofocante sol de la jornada ya se había ocultado hacía un buen rato, dándonos por fin una tregua.

Recuerdo que la piel se me erizó de golpe al sentir el roce de aquellos labios tan carnosos sobre los míos, unos labios que se posaban y se retiraban como jugueteando, hasta que su lengua se abrió camino para enroscarse con la mía.

Cerré los ojos y me dejé llevar, pero cuando noté su mano deslizándose por mi costado, las mías se hundieron entre los tirabuzones de su nuca y fueron ascendiendo lentamente hasta llegar a la goma con la que tenía recogido el pelo.

No me pude contener, lo siento. Tiré suavemente de ella hasta soltarle la coleta. Abrí los ojos y le vi ahí, tan salvaje con esa melena suelta que... bueno, iba a decir una barbaridad, pero me la callo.

Lo que comenzó siendo un beso de lo más tranquilo y romántico dio paso a una tanda de besos desenfrenados, de esos que siempre te dejan con ganas de más y que, dicen, son capaces de quemar no sé cuantísimas calorías.

No podría describir la sensación. Estaba que no cabía en mí. Lo único que diré, puesto que se consumen precisamente por San Isidro, es que ¿quién querría rosquillas, ni listas ni tontas, teniendo a su alcance aquella boca tan dulce y salada a la vez?

r

o

Cerré los ojos y me dejé llevar, pero cuando noté su mano deslizándose por mi costado, las mías se hundieron entre los tirabuzones de su nuca y fueron ascendiendo lentamente hasta llegar a la goma con la que tenía recogido el pelo.

No me pude contener, lo siento. Tiré suavemente de ella hasta soltarle la coleta. Abrí los ojos y le vi ahí, tan salvaje con esa melena suelta que... bueno, iba a decir una barbaridad, pero me la callo.

Lo que comenzó siendo un beso de lo más tranquilo y romántico dio paso a una tanda de besos desenfrenados, de esos que siempre te dejan con ganas de más y que, dicen, son capaces de quemar no sé cuantísimas calorías.

No podría describir la sensación. Estaba que no cabía en mí. Lo único que diré, puesto que se consumen precisamente por San Isidro, es que ¿quién querría rosquillas, ni listas ni tontas, teniendo a su alcance aquella boca tan dulce y salada a la vez?

Capítulo 5



Cuando volvimos con Mari Ángeles y José Luis, los encontramos bastantes animados, como si entre ellos también hubiese saltado ya la chispa.

Al terminarnos la copa, los dos chicos ayudaron al resto del grupo a cargar los instrumentos en el furgón y después regresaron con Mari Ángeles y conmigo.

—¿Dónde están los demás? —quise saber.

—Comiéndose un bocata en la furgoneta para reponer fuerzas. Más tarde nos veremos con ellos —fue José Luis quien me contestó.

—Bueno, ¿qué?, ¿otra copichuela o nos damos una vuelta por ahí? —preguntó mi morenazo.

Miré a mi amiga con cara burlona...

—Eso, eso, ¿no me decías antes que te apetecía un viajecito en la noria, Mari Ángeles?

—Calla, calla, ni me lo recuerdes...

—¿Y eso? —le preguntó el guitarrista.

—Nada, nada, tonterías mías—no le dio más explicaciones, y es que le debió dar vergüenza contarle lo que le había pasado en aquel cacharro.

Al final nos quedamos por allí a tomar una segunda copa y poco más. Una copa para los demás, quiero decir. Lucas se pidió una cerveza sin alcohol porque tenía que conducir el furgón hasta Alcobendas. Allí vivían todos. De todas formas, ya planeamos el siguiente encuentro en el Melody antes de despedirnos.

Mi vecina y yo nos pillamos un taxi para volver al barrio. Nos daba una pereza enorme meternos en la boca del

metro después de todo el día montadas en los tacones, y es que, entre unas cosas y otras, nos dieron más de las doce de la noche por aquellos lares.

Los días posteriores hasta volver a ver a Lucas se me hicieron eternos, si bien tuve noticias de él el martes a mediodía, por wasap.

Él: Hola, *wapetona*, acabo de cerrar un bolo aquí en Alcobendas para la noche del viernes. Pensaba decírtelo luego cuando te vieses, pero te lo anticipo para que lo vayas teniendo en cuenta. Me gustaría que vinieras a vernos. Díselo también a tu amiga.

¹Yo: ¡¡Hooooola!! —No podía contener mi emoción—. Claro que sí, seguramente vayamos. Después me cuentas dónde es y todo eso.

Él: Perfecto, preciosa. Nos vemos más tarde.

Mi bombón me incluyó al final el emoji ese con los corazoncitos en los ojos. ¡La cosa pintaba muy, pero que muyyy bien! Eso sí, ese martes me tocaría volver sola al Melody porque Mari Ángeles ya me había advertido que había quedado con Mariano por la noche.

No había quien le quitase a aquel tipo de la cabeza. Una pena, porque mira que José Luis estaba bien también, y parecía tener interés en ella. En cualquier caso, yo a lo mío. Además, tantas ganas tenía, que ya no me importaba aparecer sola o acompañada por allí.

Ese día terminé relativamente pronto de trabajar porque, con las ansias de acabar cuanto antes con los artículos, no me levanté del ordenador ni para comer. Cuando lo cerré, me comí un sándwich de pie en la cocina y a continuación me fui directa para la ducha.

Me tiré casi dos horas encerrada en el baño, depilándome, untándome bien de body milk, planchándome el pelo y todas esas historias, aunque en el último momento cambié de opinión y, en lugar de salir con el pelo liso como las chinas, me hice unas ondas muy chulas en el pelo con la otra plancha.

Para esa ocasión, escogí una falda blanca corta con cremallera por delante, una camiseta de rayas marineras de media manga y unas sandalias azul marino, no muy altas pero favorecedoras, y allá que me fui rumbo al Melody.

Era temprano, por lo que no me extrañó encontrarme a Lucas en la puerta charlando con alguien, cuando aparecí por la esquina. Como si me hubiera oído desde lejos, giró la cabeza en ese preciso instante y me vio. Se despidió rápidamente de la persona con la que hablaba y avanzó hacia mí.

—¡Heeeey! ¡Qué chica tan bella! —así me recibió, con su característica sonrisa tan bonita.

—Tú también vienes muy guapo—le solté, correspondiendo a sus halagos.

Era cierto, pero vamos, que Lucas estaba guapo con cualquier cosa que se pusiese, puesto que aquel chico, aparte de ser guapo a rabiar, tenía un sexapil que le salía hasta por las orejas.

—Muchas gracias, rubita. Vamos, que empezamos en breve.

El bajista dio un par de palmas y luego me enganchó del brazo, tirando de mí hacia dentro. Me invitó a una cerveza y, apenas unos minutos después, se subió al escenario, dejándome sola hasta que llegara el descanso.

Todo iba bien, pero en un momento dado, poco antes de ello, apareció por la puerta la última persona que me hubiese imaginado en el mundo: mi querido vecinito Antonio. Y lo peor es que venía cargadito... ya se me entiende. Me di cuenta porque se le iba un poco el cuerpo y, según se iba acercando a la barra, me fije en aquellos ojos vidriosos y enrojecidos que traía.

Me di la vuelta para que no me viese. Tarde ya, pues mi vecino no solo me había visto, sino que tuvo la desfachatez de darme un par de toquecitos con un dedo por la espalda, como si fuésemos buenos colegas.

—Buenas noches, ¿no?

¿Se podía tener más cara?!

—Buenas —le contesté de lo más seca, y me aparté de allí.

o

Solo me hubiera faltado ya que pretendiese darme palique. Por suerte, enseguida terminó el primer pase. Lucas entró un momento al baño y luego se vino conmigo allí al extremo de la barra, por el lado más cercano al escenario.

Sin embargo, mi vecino no se cortó un pelo y se acercó a nosotros. Me quedé fría cuando le tendió la mano a Lucas y se presentó del tirón.

—Buenas noches, me llamo Antonio.

Lucas, siempre tan diplomático, le apretó la mano con total naturalidad.

—Yo soy Lucas, el bajista.

—Lo sé, lo sé. Y el que lleva la voz cantante, nunca mejor dicho —añadió y le sonrió con un cinismo que me revolvió las tripas —, por eso quería comentarte...

—Tú dirás —se anticipó Lucas.

—Verás, yo es que también toco la batería y me gustaría acompañaros en algún temita, si no os importa.

Mi chico le miró y volvió la cabeza como buscando a Toño, al baterista del grupo. Le hizo una señal con la mano. El chaval se nos acercó y Lucas les presentó.

—Pues nada —continuó Antonio —, que le estaba diciendo aquí a tu compañero que yo también le doy a la batería y que a ver si era posible subirme a tocar alguna cosilla, no sé, por ejemplo Sweet Home Alabama, Hotel California... o lo que sea, me da igual, yo os sigo.

Toño y Lucas se cruzaron las miradas. Supongo que estaban pensando lo mismo que había pensado yo al verle, es decir, que aquel individuo no estaba para nada. Un aprieto total, vaya, pero como las Jam Sessions del Melody estaban abiertas a las oportunidades a otros músicos, al final decidieron dársela a él también.

Por tanto, poco después de volver al escenario, le invitaron a subirse. Y por aquello de ser una de las canciones que el otro les había sugerido, comenzaron a tocar Sweet Home Alabama.

En honor a la verdad, he de decir que aquel indeseable defendió bastante bien la canción, a pesar de la borrachera que llevaba encima. Todo bien... hasta que llegó el final, que de tan entusiasmado que estaba aporreando con todas sus ganas los platillos a modo de remate, una de las baquetas se le escapó de las manos, dando unas vueltas en el aire que ni hecho aposta y rebotando en la cabeza de mi bombón, antes de terminar en el suelo.

El bajista de mis amores, al sentir el golpe, se llevó la mano a la nuca y se dio la vuelta.

—Lo siento, lo siento —se disculpó Antonio, con las manos juntas delante del pecho.

—Nada, nada, no te preocupes —le tranquilizó él, y soltó una sonrisilla como riéndole la “gracia”.

—¿Otra?

Ese “otra” se lo leí yo en los labios a mi vecinito, pero se quedó con las ganas de seguir tocando, y es que Toño, que había estado dándole unos tragos a su cerveza a pie de escenario mientras aquel individuo le hacía el relevo, le soltó en cuanto acabó la canción y se subió para volver a su puesto.

Aunque a Antonio no debió sentarle muy bien que le quisieran quitar tan pronto de en medio, no creo que lo que vino a continuación lo hiciera adrede, sino que fue producto del estado en que se encontraba; al levantarse de la banqueta, tropezó con el trípode del charles de la batería y lo volcó. No contento con ello, volvió a tropezar con

los platillos allí tirados en el suelo y él mismo terminó cayéndose en medio del escenario. ¡Qué bochornazo, señores!

Los chicos se quedaron de piedra y se miraron entre ellos. Fue Toño precisamente quien enseguida le ayudó a levantarse, sin soltarle del brazo hasta que se hubo bajado del escenario, en pos de que aquel fulano no la liase más todavía, según estaba.

Justo en ese momento, Sonia, la dueña del local, que se había percatado de todo desde la otra esquina de la barra, se fue para él y le invitó amablemente a salir de allí.

—¿Que me vaya de aquí? —Antonio se encendió de repente— ¿Me estás echando, niñata? ¿Pero quién coño te has creído tú que eres? —empezó a vociferar.

Lucas y Toño acudieron en su ayuda.

—Por favor, tengamos la fiesta en paz, ¿vale? —le pidió el baterista, procurando mantener la calma.

—¿La fiesta? ¡No tenéis ni idea de con quién estáis hablando! ¡La fiesta os la podéis meter todos por el culo! —les gritó, girándose ya para coger la puerta.

Así de educado era él, no es que yo lo diga. Por suerte, mi vecinito se resignó a marcharse, eso sí, jurando en arameo, y la función continuó como si nada hubiese ocurrido.

Para las personas que regentan este tipo de locales, al igual que para los músicos, no debe ser tan extraño. Quiero decir que tienen que estar habituados a encontrarse con numeritos así de vez en cuando. Así... y mucho peores. Pero para una resultan muy violentos. Al menos para mí.

Más tarde, a solas con Lucas, le explicaría quién era aquel tipo al que habían tenido que echar del Melody.

—Sí, ya me contaste que tenías un vecino bastante patoso que estaba todo el día dando por saco con la batería, ¿pero por qué no me dijiste que era él?

—Es que no me dio tiempo. ¿No te diste cuenta que en cuanto bajaste en el descanso se vino directo para a nosotros? Se lio ahí a hablar contigo y luego con Toño...

—Tienes razón, pero vamos... que si me lo llego a imaginar, lo mismo ese no sube a tocar con nosotros.

—Bueno, ya está. No creo que sea capaz de volver por aquí —no se lo dije muy convencida, la verdad.

—Espero que no, porque te aseguro que Sonia no le deja entrar. Y hablando de otra cosa, ¿vais a venir el viernes a Alcobendas entonces?

—¿Lo dudas? —le guiñé el ojo.

A Lucas se le iluminó la cara.

—¿Sabes qué? —me dijo—. A José Luis le ha molado mogollón tu amiga.

—Lo sé, pero...

—¿Qué pasa, Caroline?

—No, nada —preferí no decirle todavía ni pío del rollo que se traía con Mariano—. Bueno, intentaré que se venga conmigo el viernes, pero no te prometo nada.

El fin de fiesta aquel martes también tuvo su punto, y es que Lucas me insistió en que me montara con ellos en la furgoneta para acercarme a casa.

Ya en doble fila ante mi bloque, se bajó y me acompañó hasta dentro del portal. Allí, con las luces apagadas, nos metimos otra buena sarta de besos, más fogosos si cabe que los de la noche en la pradera de San Isidro, y es que en esa segunda ocasión, dimos ya total libertad a nuestras manos.

De ahí que él se marchase con un calentón de aquí te espero y yo subiera en el ascensor con las mismas y empezando a contar las horas para volver a verle la noche del viernes en su ciudad... ¡qué ganitas!

—Espero que no, porque te aseguro que Sonia no le deja entrar. Y hablando de otra cosa, ¿vais a venir el viernes a Alcobendas entonces?

—¿Lo dudas? —le guiñé el ojo.

A Lucas se le iluminó la cara.

—¿Sabes qué? —me dijo—. A José Luis le ha molado mogollón tu amiga.

—Lo sé, pero...

—¿Qué pasa, Caroline?

—No, nada —preferí no decirle todavía ni pío del rollo que se traía con Mariano—. Bueno, intentaré que se venga conmigo el viernes, pero no te prometo nada.

El fin de fiesta aquel martes también tuvo su punto, y es que Lucas me insistió en que me montara con ellos en la furgoneta para acercarme a casa.

Ya en doble fila ante mi bloque, se bajó y me acompañó hasta dentro del portal. Allí, con las luces apagadas, nos metimos otra buena sarta de besos, más fogosos si cabe que los de la noche en la pradera de San Isidro, y es que en esa segunda ocasión, dimos ya total libertad a nuestras manos.

De ahí que él se marchase con un calentón de aquí te espero y yo subiera en el ascensor con las mismas y empezando a contar las horas para volver a verle la noche del viernes en su ciudad... ¡qué ganitas!

Capítulo 6



Tal cual me imaginaba, Mari Ángeles no estaba dispuesta a acompañarme la noche del viernes al concierto de Alcobendas...

—Lo más posible es que quede con Mariano —se excusó.

—Pero no es seguro... ¿no?

—¡Ay, chica, de verdad! ¡No empieces, por favor! Hemos quedado en que a mediodía me dará un toque para ver qué hacemos.

—Vale, vale, tú misma. Tranquila, que ya no te digo nada más.

¿Para qué hacerlo? Esa era su vida; supeditada siempre a los antojos del señorito. Mi amiga era incapaz de hacer ningún plan por su cuenta, en tanto y cuanto vislumbraba la más mínima posibilidad de verse con aquel chulo de pacotilla.

Eso era siempre lo primero. Y si soy tan dura con los calificativos hacia semejante energúmeno, mis razones tengo, que para eso ya me contaba ella sobre la marcha las faenas de todos los colores que él le iba haciendo; desplantes y faltas de respeto por doquier que a mí me enervaban la sangre, pero que, sin embargo, Mari Ángeles terminaba perdonándole una por una.

Puestas así las cosas, cuando ya me había hecho a la idea de asistir sola al concierto, me acordé de Ana Belén y le di un toque a la hora de almorzar, pensando que tal vez le apeteciera venirse conmigo. En cambio, aquella otra ya tenía sus propios planes para esa noche con un grupo de amigos con los que solía salir los fines de semana.

—Vamos a cenar a un mejicano y después nos daremos una vuelta por ahí por La Latina a bailar bachata, tú sabes... Si me lo hubieras dicho antes...—se disculpó conmigo.

—Nada, nada, no preocupes. Tú a lo tuyo, chica. Se ve que hoy tampoco era el día, así que ya nos veremos cuando se tercie.

—Sí, pásatelo bien, Caroline.

—Tú también, guapa.

Me miré al espejo. No me vendría mal un retoque en las cejas y, ya puestos, una limpieza de cutis, que hacía tiempo que no me daba ese mimito en la cara, de manera que llamé a Tamara, la esteticista del barrio a la que siempre acudía.

—Buenas, niña, soy Caroline. ¿Tendrás un hueco esta tarde para mí por casualidad?

—¿Qué quieres hacerte, Caroline? —me preguntó.

—Las cejas y la limpieza de cutis, ¿puede ser?

—Pues sí, estás de suerte. Me acaban de anular una cita que tenía para dentro de un rato, a las cuatro. Bájate sobre esa hora y te dejo monísima de la muerte.

—¡Ay, qué bien, qué bien! Ahí estaré.

Acababa de terminar de trabajar y no tenía nada preparado para comer, así que tuve que improvisar. Me hice volando una tortilla a la francesa con atún y me comí un yogur de coco. A continuación, me metí en la ducha y me lavé el pelo.

Me puse unos vaqueros, una camiseta, las deportivas y salí pitando para el salón de belleza y peluquería, calculando los horarios mentalmente.

El concierto, en teoría, empezaba a las ocho de la tarde en un pub que, aunque había oído hablar bastante de él, no conocía. Es más, ni siquiera tenía muy claro dónde quedada, por más que Lucas había tratado de esmerarse dándome toda clase de explicaciones.

La cuestión era que tendría que coger un bus en el intercambiador de la Plaza de Castilla para llegar hasta Alcobendas y luego, ya en aquella localidad, ir preguntando o seguir la ubicación con el móvil. Un rollazo, vamos pero me hacía una ilusión tremenda aquella nueva “cita”.

Mientras me iba perfilando las cejas, le pregunté a Tamara si le daría tiempo de maquillarme también, algo que se le daba fenomenal.

—¿Y eso? ¿Tenemos fiesta hoy o qué?

A la chica le sobraba la confianza conmigo para hacerme ese tipo de preguntas, y es que yo ya llevaba bastante tiempo yendo por allí.

—Más o menos. Voy luego a un concierto—le respondí.

—¡Qué guay! ¿De quién?

—No, no se trata de ningún famoso. Voy a ver a un grupo de amigos que tocan en Alcobendas.

—Qué casualidad. Mi primo también toca esta noche allí con su grupo. Arpegios lejanos, se llama, no sé si te sonará.

—¿Arpegios lejanos?!—exclamé sorprendida—.A esos voy a ver precisamente... ¿Y cuál es tu primo?

—El más guapo, jajajaja. Lucas, el cantante—me contestó Tamara.

—No me lo puedo creer...

—¿Por qué? ¿Qué pasa?

—No, nada...

De momento, no era plan de darle explicaciones, me dije para mí, ni la chica se atrevió a preguntarme más, aunque supongo que debió imaginarse que algún rollito o algo así habría por ahí.

—Pues nada, dale recuerdos de mi parte. Ya vi el concierto anunciado en Instagram, y de no ser porque me toca a mí la peque este finde, yo también habría ido a verles.

Qué pequeño es el mundo, pensaba luego, cuando me dejó un rato a solas con la mascarilla puesta.

Hora y media más tarde, ya iba yo de camino a casa para cambiarme de ropa, con el cutis más suave que la piel de un bebé, mis cejas bien arregladas y perfectamente maquillada por la súper profesional de Tamara.

La verdad es que me costó lo mío dar con el local aquel donde actuaban. Dicen que preguntando se llega a Roma, y yo, que el sentido de la orientación lo tengo nulo, casi aterrizo en la capital italiana siguiendo las indicaciones del móvil.

Cuando entré en el pub, no vi a Lucas a simple vista. Me acerqué a los chicos, que estaban terminando de montar, y pregunté a José Luis por mi bombón.

—Creo que ha ido al baño un momento —me dijo.

—¿Y dónde está el baño?

Según solté la pregunta, me arrepentí, pensando en qué impresión de mujer tan asfixiante estaría dándole al guitarra. ¡Como si una, con la impaciencia, no pudiera esperar a que saliese!

—¿Y tu amiga? ¿Hoy tampoco viene? —me preguntó él.

—¿Mari Ángeles? Ha estado a punto, pero al final le ha surgido un contratiempo.

Todavía no me explico por qué me salió por la boca esa mentira espontánea, como queriendo disculparla.

—Mira, ahí viene tu chico, jejeje —José Luis me lo señaló, levantando un poco la cabeza.

Al girarme, le vi venir muy sonriente acompañado de un par de chicas y se me cayó el alma a los pies, no ya por el buen rollito que parecía tener con ellas, sino que al fijarme bien en aquellas dos, las reconocí. Eran las mujeres con las que estaba de cháchara en la barra, el primer día que fui al Melody.

Con ese agobio repentino tan tonto que me entró, me acordé de Mari Ángeles y maldije mi suerte por no tenerla a mi lado en esos momentos. ¿Qué hacía yo allí sola en la quinta puñeta?

Lucas les dijo algo e iba ya directo hacia el escenario para comenzar las pruebas de sonido, cuando me vio. Tengo que reconocer que la alegría se le notó a leguas. Se vino para mí y me dio un abrazo de los suyos, de esos que te dejan sin respiración.

—¡Pero qué preciosura de mujer! —me lo dijo, cogiéndome por los hombros y mirándome fijamente—. Me subo ya, que empezamos en nada. Luego te veo, bombón.

Me quedé pensando que a esta “preciosura” (tomé nota de la palabreja), le hubiera encantado haber llegado un poco más temprano y poder compartir un rato con él antes de que comenzara el concierto, pero las cosas sucedieron así.

Arpegios lejanos abrió el concierto con la canción “Nada que perder”, súper conocida por tratarse de la banda sonora de la serie “Los hombres de Paco”...

“Primero B de un bloque 3, rojizo, hay sirenas que no saben nadar...”

Al decir lo de las sirenas, me miró desde lo alto del escenario y me regaló uno de esos guiños suyos que me ponían a mil.

“... nada que perder, mírame reír, volveremos a salir...”

—¡Vamos, chicos!

Mi bombón apartó un momento las manos del bajo y alzó los brazos dando palmas, incitando a la gente agolpada allí delante a seguirle con las palmas para animar la función.

Yo fui de las primeras en imitarle, cantando a todo pulmón ese estribillo y sin quitarle la vista de encima. Lucas volvió a guiñarme el ojo al repetir lo de “volveremos a salir” y yo me puse más ancha que larga, sin acordarme ya siquiera de las otras dos, que seguían el concierto desde la barra.

A mitad de la segunda canción, me pareció escuchar el móvil, pero no me dio tiempo a cogerlo. Era Mari Ángeles ¡Qué oportuna!

l

—¿Qué te pasa? —le escribí simplemente, pues allí era imposible hablar entre tanta gente y con la música a tope.

—Buah... al final, estoy sola. ¿Ya has salido de casa?

—Estoy en Alcobendas.

l

—Entonces, nada, déjalo.

—Ok.

l

Sin más, guardé el móvil. Se lo tenía merecido. No quise preguntarle ni qué había pasado. Me lo imaginaba. Además, no era el momento. En ese preciso instante, terminó la segunda canción.

—¡Buenas noches, Alcobendas! —Era Lucas el que saludaba al público con el micro—. ¿Cómo estáis por aquí?

—Miraba a todas partes—. ¿Bien o qué?

—¡¡¡Síííí!!! —gritaron muchos a la vez.

—¡Así me gusta! Y bueno... esta canción que vamos a interpretar ahora se la quisiéramos dedicar a... ¿hay alguna chica por aquí que se llame Carolina?

Al escucharlo, me quedé fría, pero, al parecer, no era yo la única con ese nombre en el local.

—¡Yo! —chilló una mujer con aspecto de sudamericana desde el fondo, levantando la mano.

—¡Ahhh, muy bien! Ya tenemos una Carolina. ¿Alguna más?

Muerta de la vergüenza, me hice la sueca mirando hacia otro lado, pero el bajista no estaba dispuesto a dejarme escapar. Me miró.

—¿Y tú, rubita? ¿Cómo te llamas?

Por instinto, meneé la cabeza, como pidiéndole que se olvidara de mí.

A la par, sonó la batería. Comenzaba la canción y Lucas le hizo una seña a la Carolina morena del fondo, para que se acercase. La chica le hizo caso del tirón, mientras los acordes seguían sonando.

—Y tú también, ven acá—me pidió.

¡*Mamma mía*, me dije! Y cuando quise darme cuenta, ya estábamos la morena y yo subidas en lo alto del escenario, moviendo los esqueletos al son de la música.

—Carolina, trátame bien, o al final te tendré que comer...

Si conocéis ese célebre tema de M Clan, sabréis que es una de sus frases más repetidas. Y ya podréis haceros una idea de lo que suponía para mí estar escuchándosela de su boca, teniéndole tan cerca.

Yo sí que estaba como loca por comérmelo a él, pero para eso, antes tendría que quedarme bien claro quiénes eran aquellas dos chicas con las que le veía por segunda vez y que tampoco le quitaban ojo de encima, desde sus taburetes. Tonterías, las justas.

Aquella noche se lucieron también de lo lindo. No hicieron un par de pases como el Melody, sino uno solo que duró más de dos horas. Por lo visto, hacer el concierto del tirón o en dos tiempos no depende de ellos. Es el dueño del local de turno quien lo decide, en función de las circunstancias, es decir, según la gente que haya, lo animada que esté la sala y todas esas cosas.

Pues bien, al acabar, en lugar de ponerse a recoger los bártulos, los chicos se tomaron su descanso para echarse unos tragos.

—Una cervecita, ¿no, preciosa? —me preguntó mi bombón.

—*Of course* —le respondí en mi idioma natal, un idioma que, por cierto, Lucas dominaba bastante bien —, pero... una pregunta. ¿Esas dos chicas han venido contigo? —se las señalé.

Me miró con un gesto un poco burlón.

—¿Está celosilla mi rubia? —se rio.

—¿Yo? —no supe que contestar, me había dejado cortada.

—Anda, ven para acá, que te voy a presentar a mi hermana Eva y a la compañera.

Su hermana...ahí sí que me quedé ya cortada del todo.

;

—Una cervecita, ¿no, preciosa? —me preguntó mi bombón.

—*Of course* —le respondí en mi idioma natal, un idioma que, por cierto, Lucas dominaba bastante bien —, pero... una pregunta. ¿Esas dos chicas han venido contigo? —se las señalé.

Me miró con un gesto un poco burlón.

—¿Está celosilla mi rubia? —se rio.

—¿Yo? —no supe que contestar, me había dejado cortada.

—Anda, ven para acá, que te voy a presentar a mi hermana Eva y a la compañera.

Su hermana...ahí sí que me quedé ya cortada del todo.

Capítulo 7



Cuando por fin terminaron de recoger todo, Lucas me propuso ir a tomar algo a otro sitio.

—Muy bien, pero... ¿y si nos lo tomamos en Madrid? —le planteé yo.

—¿En Madrid? ¿Y por qué tenemos que ir hasta allí, con la de sitios que hay por aquí?

—¿Y por qué no, guapetón?

—Como prefieras, pero, en ese caso, tendré que tener cuidado con lo que bebo.

—¿Te piensas que te voy a envenenar o qué? —le bromeé.

—No, boba, jajajaja. Lo digo porque luego tendré que coger la carretera para volver aquí.

—Ah, bueno, tú por eso no te preocupes.

Quise crear un poco de expectación con esas palabras. Le miré fijamente para ver su reacción. ¿Estaría pensando que le ofrecía sutilmente quedarse en mi casa a pasar la noche? ¡Bingo! Pero como yo también tengo mi guasa, le corté el rollo rápidamente.

—Por lo de coger luego la carretera no te preocupes —continué—, que ya me encargo yo de no dejarte probar ni chispa de alcohol. Tú vas a estar a base de Bitter Kas por ahí, ¿ok?

—¿¡Será bruja!?! JAJAJAJAJA —se partía de la risa— ¡A base de Bitter Kas, dice!

—Tú riéte lo que te parezca, pero eso es lo que hay, que no quiero yo que te vayan a poner un multón por ir bebido en la furgoneta.

Como ya he dado a entender, mis intenciones eran bien distintas y me supuse que él ya debía saber cuáles eran.

Esa fue la segunda vez que me monté en la furgoneta, una cosa tan simple pero que se me antojó de lo más excitante.

A solas con el atractivísimo bajista de las melenas, montada en aquel furgón, mi cabeza no paró de fantasear durante el trayecto; tan pronto me lo imaginaba desviándose de la carretera para terminar devorándonos en cualquier descampado, como que aquello, en lugar de una furgoneta, era una autocaravana enorme en la que íbamos de viaje improvisado, a la aventura.

Cualquier opción me valía. Cualquier escena en la que estuviéramos los dos a solas para poder desfogarnos de una vez de esas ganas que nos teníamos me apetecía muchísimo. Y la oportunidad de oro nos llegó apenas un par de horas más tarde, después de echarnos un par de cubatillas en un chulísimo pub cercano al parque del Retiro. Mejo dicho, los cubatas me los tomé yo. Él tuvo que conformarse con una cerveza y después una triste Coca Cola.

Más que un pub, el lugar al que fuimos a parar era como una discoteca con dos plantas que, pese a ser relativamente temprano para ese tipo de sitios, estaba ya hasta la bandera de gente.

En aquel sitio tan cuco sonaba sin parar música de todos los estilos. Lucas y yo nos hartamos de bailar en medio de la marabunta de cuerpos sudorosos y empezamos con el calentón.

—¿Nos vamos? —le pregunté cuando me pareció que ya era buen momento para retirarse y seguir adelante con mis planes.

—¿Ya te has hartado de mí? —lo dijo de cachondeo, lógicamente.

—Qué tonto eres...anda, que te voy a invitar a una copa muy especial en otro sitio.

Digo yo que ya con aquellas palabras no necesitaría más para intuir a dónde íbamos exactamente, y la emoción se le reflejó de súbito en el rostro.

Una vez en casa, le pedí a Alexa que nos pusiera música suave de Sade y serví un par de generosos *gin tonics*.

LUCAS

-

Era algo que deseaba con todas mis ganas y que había proyectado en mi mente casi desde el momento en que conocí a la escultural Caroline; una mujer cuatro años mayor que yo, bonita como ella sola y con la cabeza muy bien amueblada.

Después de un buen rato hablando animadamente y besándonos apasionadamente en el sofá, Caroline se levantó y se perdió por el pasillo.

—Espera aquí, me pidió.

Desde el salón, escuché correr el agua de la ducha. Al cabo de unos quince minutos, se metió en su dormitorio y me reclamó...

—¿Vienes o piensas quedarte ahí toda la noche?

^aNo contesté. Me puse en pie y fui hacia allá despacio, recreándome de antemano en lo que me iba a encontrar y en lo que iba a suceder a renglón seguido. Al entrar en aquella coqueta habitación en penumbras, me la encontré ^rtendida en la cama, atravesada, con una pierna flexionada sobre el borde y un dedo en la boca. La imagen no pudo resultarme más sensual.

No dije nada, me desnudé lentamente sin dejar de mirarla y me tendí a su lado. Comencé a besarla de nuevo, retirándole un rebelde mechón de pelo que se le había alojado en la comisura de la boca.

Me tenía cardíaco perdido ya, por lo que empecé a mordisqueársela nerviosamente, saboreándola como si no hubiera un mañana. Le desabroché la camisa sin prisas y al fin pude contemplar su figura al desnudo en todo su esplendor, con esa preciosa piel blanca y suave como la seda.

Dirigí mi boca hacia su cuello y fui bajando despacio hasta aquellos pechos coronados por unos delicados pezones rosados que también besé y lamí a capricho, mientras Caroline se retorció de placer entre gemidos que me sonaban a verdadero canto erótico.

Lo tengo todo fresco aún en mi memoria, minuto a minuto.

Seguí lamiéndola por el vientre, hasta alcanzar su ombligo y su ingle derecha, en la que me detuve por un instante para estimularla, haciendo círculos sobre ella con la punta de la lengua.

De ahí pasé mis labios por encima de la vulva de la preciosa americana, para caer en su ingle izquierda y hacerle lo mismo. Bajé con mi boca por sus largas piernas, besándolas palmo a palmo y sintiendo que su excitación iba en aumento. Ese tono de sus gemidos...

Cuando noté su deseo de que me apresurase a penetrarla, le pedí que se diera la vuelta y me puse encima, rozándole con el pene sus perfectas nalgas y sin dejar de besarla por toda la espalda hasta llegar a su nuca.

Dicen por ahí que besar a un músico prolonga doscientas veces la vida. Si eso fuera cierto, aquella noche ya la hice inmortal, pero no quiero desviarme ahora del relato con pamplinas de esas...

Caroline se retorció de placer y los gemidos que le salían por la boca eran ya casi aullidos. En cambio, prefirió cambiar las tornas he hizo que fuera yo el que se tumbase, y boca arriba, sobre el colchón.

Mi princesa de cuento de hadas se subió sobre mí, arrastrando, al igual que yo lo hiciera, sus labios y sus manos por todo mi ser. Recuerdo sus uñas deslizándose por todos los recovecos de mi cuerpo y que no podía resistir las cosquillas que me estaba provocando.

No sé cuánto tiempo estuvo así hasta que se colocó perfectamente a la altura de mi miembro, permitiéndome al fin traspasar el umbral de aquel templo que me esperaba ya con las puertas abiertas de par en par; la máxima expresión de la femineidad de la bellísima americana por la que suspiraba hacía tiempo.

Os juro que hicimos el amor como locos, alternando la pasión con unas ansias salvajes sobre aquella cama que parecía que también iba a estallar en cualquier momento, a cuenta de nuestras embestidas.

Al acabar, exhaustos, nos abrazamos tiernamente y nos quedamos mirándonos, escuchando la sugerente canción de Sade que nos llegaba desde el salón; la misma que terminamos cantando flojito al unísono, sin dejar de abrazarnos.

Unos treinta o cuarenta minutos más tarde, volvimos a hacerlo con las mismas ganas y experimentando cosas nuevas que nos permitieron ir conociéndonos más a fondo en ese terreno.

Casi amanecía cuando el sueño nos rindió. Al abrir los ojos, deduje por el solazo que entraba por las rendijas de la ventana que debía hacer bastante que se había desperezado el nuevo día. Caroline, pegada a mi cuerpo, continuaba dormida como un tronco, pese a lo cual la felicidad le asomaba al rostro con una ligera sonrisa en los labios.

Tenía la bonita melena rubia revuelta y el cuerpo extendido, con la pierna derecha sobre uno de mis muslos. La contemplaba absorto, como si tuviera delante a la más bella diosa del Olimpo.

Pensé en ese momento que firmaría por amanecer siempre así durante el resto de mi vida, que teniendo a mi lado una mujer como aquella me cortaba ya la coleta.

Tales pensamientos se vieron interrumpidos de golpe cuando Caroline abrió los ojos y me dio los buenos días, mostrando ya una sonrisa mucho más ancha que dejaba a la vista su también perfectísima dentadura, blanca como la de los actores y todos esos famosos que se ven a diario en cualquier programa de la tele.

—Buenos días, preciosidad—le contesté, igualándole la sonrisa.

El beso que nos dimos a continuación fue el pistoletazo de salida para otra sesión de aquí te espero, y es que, como si nos hubiera sabido a poco, ambos sentíamos la necesidad de volver a amarnos sin medida sobre las sábanas.

Una vez concluido ese último episodio, Caroline se levantó de la cama y se encerró en el baño, aunque prácticamente no me había dado tiempo a echarla de menos cuando ya estaba reclamándome nuevamente.

— ¡Bombón! —exclamó de tal forma que me alarmó e hizo que me levantase de inmediato. — ¿Es que no vas a ducharte conmigo?

¹Con la pregunta, me temblaron las piernas, puesto que ese era otro de mis sueños junto a ella. Más de una vez había visualizado esa escena en mi mente, por lo que la respuesta me salió sola.

—Pues claro, reina mía, ¿acaso lo dudas?...

Aquel capítulo siguiente también fue sumamente especial para los dos; hacerlo bajo el agua de la ducha era algo así como pretender limpiar las huellas de un amor que había comenzado a fraguarse ya en la cama, pero avivando el deseo de más y más...

l
a

a

Una vez concluido ese último episodio, Caroline se levantó de la cama y se encerró en el baño, aunque prácticamente no me había dado tiempo a echarla de menos cuando ya estaba reclamándome nuevamente.

— ¡Bombón! —exclamó de tal forma que me alarmó e hizo que me levantase de inmediato. — ¿Es que no vas a ducharte conmigo?

Con la pregunta, me temblaron las piernas, puesto que ese era otro de mis sueños junto a ella. Más de una vez había visualizado esa escena en mi mente, por lo que la respuesta me salió sola.

—Pues claro, reina mía, ¿acaso lo dudas?...

Aquel capítulo siguiente también fue sumamente especial para los dos; hacerlo bajo el agua de la ducha era algo así como pretender limpiar las huellas de un amor que había comenzado a fraguarse ya en la cama, pero avivando el deseo de más y más...

Capítulo 8



Fue algo increíble. Y ya me hubiese gustado pasar el resto del día con él, pero Lucas también tenía sus obligaciones, y no solo relacionadas con sus ensayos, conciertos y tal.

Ese sábado era el aniversario de boda de sus padres y se había comprometido a almorzar con toda la familia en un restaurante del Pardo, de modo que no volveríamos a vernos hasta la noche.

Por tanto, esta que está aquí tenía todavía muchas horas de vacío por delante y poco que hacer. Sentada en el sofá, se me ocurrió darle un toque a Mari Ángeles para contarle lo mío y que ella me contase a mí qué narices le había pasado ahora con Mariano. Agarré el móvil y la llamé.

—¿Qué hace mi vecina favorita? —así comencé a hablarle cuando me cogió el teléfono.

—Tu vecina favorita está ya hasta el moño de todo, ¿sabes? —me respondió con un humor de perros.

—Pero supongo que eso no tendrá nada que ver conmigo, ¿no?

—Claro que no, Caroline, y lo sabes.

—¿Qué te ha pasado ahora?

—Si estás en casa, mejor bajo y te lo cuento cara a cara —me contestó con un hilillo de voz, a punto de echarse a llorar.

—Oye, estoy pensando otra cosa. ¿Te apetece que salgamos por ahí a comer y hablamos tranquilamente?

—No tengo muchas ganas de nada, la verdad.

—Pues aunque sea sin ganas, Mari Ángeles. Te vendrá bien airearte un poco. Anda, date una ducha, te pones un vestidín y nos vamos a dar una vuelta por la Vaguada o por donde sea y ya comemos algo por ahí. Invito yo.

—Bueno, pero dame un rato, que tengo unas pintas que dan miedo. Si te digo que ni siquiera he desayunado todavía...

—Tranquila, yo estoy en casa. Baja a buscarme cuando estés lista.

—Ok.

Mari Ángeles tardó más de una hora en aparecer. Traía los ojos enrojecidos e imaginé que se habría tirado media noche en vela. Eso o que se había hartado de llorar. Aposté por ambas cosas y luego supe que no me estaba equivocando.

Después de entrar en varias tiendas de ropa y de zapatos en aquel centro comercial del Barrio del Pilar, mi amiga y yo terminamos comiendo en uno de los restaurantes de la planta de arriba. Allí, más tranquilas ya, me contó la última de su Mariano...

—¿Te acuerdas de lo del otro día, cuando fuimos a comprar los trajes de chulapa, que te conté que me había dicho a mediodía que se había olvidado de que tenía una quedada con los amigos por la noche y que por eso no podía verme al final?

—Sí, sí, me acuerdo de aquello perfectamente.

—Pues al loro, mira tú quiénes eran sus amiguitos—ese “amiguitos” lo dijo con tonillo de ironía, como imaginaréis.

Mari Ángeles desbloqueó el móvil y se puso a buscar algo. Enseguida me mostró una foto en la que aparecía él muy sonriente con una tiparraca (bastante fea, por cierto), a la que tenía echado el brazo por el hombro. A ella también se la veía muy contenta. Parecía que estaban en una fiesta o algo así, aunque no reconocí el sitio.

—¿De dónde has sacado eso, chiquilla?

—¿Que de dónde lo he sacado? Espera un momento...

Mari Ángeles comenzó a teclear la pantalla, para enseñarme la página de face de un pub de la zona de Argüelles, de la cual era seguidora. Resultó que Mariano y la coco aquella no solo aparecían en esa foto. También se les veía en otras, la mar de acaramelados.

—Ahí lo tienes bien clarito, Caroline. ¿Lo ves? “Album, fiesta de la primavera. 104 fotos”. Esta es la última publicación de la página, colgada precisamente al día siguiente de aquella noche.

—¿Qué te puedo decir, Mari Ángeles?

—Nada, no me digas nada. Lo descubrí ayer de casualidad, cuando terminé de comer. Hacía varios días que no entraba en el face y, entre las últimas notificaciones, me encontré con este post. Te juro que me entraron ganas de vomitar del rebote que me pillé al verlos ahí.

—¿Y qué hiciste?

—¿Que qué hice? Pues mira, te lo voy a contar. De momento, por si acaso, me callé la boquita. ¿No te dije que a mediodía íbamos a hablar para quedar para la noche?

—Sí.

—Pues a las cinco de la tarde todavía no tenía noticias de él, así que le escribí para preguntarle. Se excusó con que no me había hablado aún porque no se sentía muy bien y no sabía si tendría cuerpo para verme luego.

—Qué cara, y encima estaba ahí callado como un zorro, esperando que le hablastes tú la primera para no variar, ¿no?

—Exacto, pero ya sabes que para mí eso es lo de menos. Esto es como lo de Mahoma y la montaña. Vamos, que no me importa ser yo la que tome siempre la iniciativa.

Y tanto que lo sabía, y que era tonta de remate, también, pero yo... calladita la boca.

—Bueno, ¿y cómo terminó la cosa?

—La cosa terminó mucho más tarde y mucho peor de lo que yo me esperaba, Caroline, aunque...

—¿Aunque qué? —suéltalo ya, que me tienes intrigada, chica.

—Que puestas así las cosas, no sé por qué me extrañó tanto lo que vi luego.

—¿Más fotos?

—Nada de eso, Caroline. Verás, como no se decidía y decía que lo mismo no se movía de casa, maqué un plan. Me arreglé y a eso de las ocho tiré para su casa.

—¿Pero sabía él que irías para allá?

—Noooo, nada de eso. Ahí estaba la gracia del tema. Te sigo contando. Justo al llegar al portal, salía alguien, por lo que no tuve ni que darle al telefonillo. Cogí el ascensor y llamé directamente al timbre de su puerta. El muy capullo se quedó blanco cuando me vio allí plantada en el felpudo.

En resumidas cuentas; Mariano, que, según ella, por su aspecto no parecía con intenciones de salir, le dijo que entrara y le ofreció una cerveza. Poco después, Mari Ángeles entró al baño y allí confirmó sus sospechas...

Los pelos cortos cobrizos en el suelo (iguales que los de la fea), el toallón de ducha colgado tras la puerta junto al albornoz de él, sumados a los discos para desmaquillarse, manchados del mismo carmín rosa fucsia que se le veía en la foto, fueron las pruebas de lo que se andaba cociendo a sus espaldas.

—¡Por eso el muy cabrón prefiere siempre venirse a mi casa en lugar de invitarme a dormir en la suya! ¿Te das cuenta? Así no tiene que molestarse siquiera en borrar las pistas. ¡Qué asco, de verdad!

—No sé qué esperabas, Mari Ángeles. Por lo que me cuentas, él te repite cada dos por tres que solo sois buenos amigos y que no tenéis ningún compromiso. O sea... que tenéis derecho a hacer por separado lo que os venga en gana...

—¡Lo sé, Caroline! Pero ponte en mi lugar. Es muy duro, porque una cosa es que tú te imagines que pueda andar tonteando por ahí con alguien más, aunque no quieras ni pensarlo, y otra es verle el careto en primera plana a ese alguien más, por no hablar de todo aquello que mis ojos vieron en el baño. Te vuelvo a decir que te pongas en mi lugar...

No, no podía imaginarme en su lugar, y es que ni en mis peores sueños podría yo tener una relación de ese tipo. Menos aún con un hombre que tampoco valía un pimiento físicamente y encima mantenía con ella la más chulesca de las actitudes. ¡Quita, quita! ¡Ni de coña!

—¿Y qué hiciste al ver todo eso?

—Nada de ponerme como una fiera, te lo garantizo. Yo tengo mucha más clase. Me acabé la cerveza disimulando como pude lo que tenía encima y le dije que me marchaba, que le dejaba tranquilo, porque encima no te creas que estaba nada entusiasmado por tenerme allí. Al contrario, no paraba de lamentarse de que le dolía el estómago, que tenía el cuerpo como revuelto, que si esto, que si lo otro...

—¡Qué tío más jeta, Mari Ángeles! Seguro que había quedado más tarde con ella y lo que quería era aburrirte para que te fueras cuanto antes de su casa.

—Ya te digo. Pero la jeta ya se le ha acabado, al menos conmigo, porque no quiero saber nada más de él.

—No es la primera vez que te escucho eso, y al final siempre vuelves a caer.

—Ya no, Caroline, te lo aseguro. Mira...

Me enseñó el wasap para que viese que le había bloqueado, al igual que había hecho con las llamadas.

—Bueno, ya es un buen paso. A ver si es verdad que te olvidas de una vez del chulo ese —no me corté ya a la hora de referirme a Mariano de tales maneras.

A mi amiga comenzaron a brillarle los ojillos. Estaba a un tris de echarse a llorar.

—Eh, nada de llantos, ¿vale?, que me apuesto el cuello a que él andará hoy por ahí tan contento.

—Fijo que sí. Con la tiparraca esa... o con quien le salga del... ¡¡uffff!! Iba a decir una barbaridad.

—Ni eso se merece, te lo garantizo. Escucha, esta noche actúan los chicos en Chueca. ¡Vente conmigo a verles!

—Pero tú habrás quedado con Lucas, Caroline...

—¡Anda, la otra! ¡No te fastidia! Claro que me veré con él y seguramente pasemos la noche juntos otra vez, pero hay mucho que disfrutar hasta entonces con el concierto. Venga, dime que sí, porfi. Además, me la debes...

—¿Sabes qué? Que sí, que me voy a ir contigo —Mari Ángeles se fue animando con mi propuesta. Vamos a ver qué se cuenta hoy José Luis.

a

— ¡Así se habla! ¡Esa es mi Mari Ángeles!

Como aún era temprano, nos dimos otro paseo por las tiendas. Yo me compré una camisa vaquera entallada chulísima que había visto en Mango al pasar, antes del almuerzo, y mi amiga acabó llevándose unas sandalias rosas de charol monísimas.

—Luego soy yo la de los taconazos—le dije mientras se las probaba.

—¿Has visto? Estas las estreno yo esta noche como que me llamo Mari Ángeles. No sé con qué ropa me las voy a poner, pero te puedo asegurar que van por delante al concierto.

—Luego subo contigo a tu casa, a ver qué tienes por ahí en el armario. A unas malas, con un vestido blanco o

negro y un bolso a juego, estarás fantástica.

—Un bolso a juego... pues mira, tengo de todos los colores menos rosa, precisamente.

—Pero yo sí, así que ya tienes bolso.

Me encantaba verla crecerse por segundos. Ya solo faltaba que se mantuviera en lo dicho respecto al indeseable d Mariano...

Lo pasamos bomba aquella noche en Chueca. De hecho, mi amiga, que al final se puso un traje negro súper sexy, mío también, terminó quedándose con el guitarrista de Arpegios lejanos. Digo esto porque Lucas y yo, después de tomarnos una cerveza al acabar el concierto, dijimos de retirarnos y ellos no parecían tener muchas ganas de arrancar aún, de modo que nos quitamos de en medio y les dejamos en el pub a su bola.

Y si la primera noche entre nosotros dos fue la caña, la segunda ya... para qué contar. La superó de largo. Supongo que mucho tuvo que ver en ello el hecho de que ya no éramos dos auténticos desconocidos en ese terreno.

Esa misma noche, Lucas me planteó lo del fin de semana en Chauen, un viaje que deseaba regalarme por aquel cumpleaños mío que estaba ya a la vuelta de la esquina.

Desde el mismo momento en que lo supe, empecé a soñar con aquel idílico rincón al norte de Marruecos, cerca de Tetuán. ¡Menudo detallazo el de mi bombón!

A mí también se me ocurrió una buena idea para sorprenderle a él...

negro y un bolso a juego, estarás fantástica.

—Un bolso a juego... pues mira, tengo de todos los colores menos rosa, precisamente.

—Pero yo sí, así que ya tienes bolso.

Me encantaba verla crecerse por segundos. Ya solo faltaba que se mantuviera en lo dicho respecto al indeseable de Mariano...

Lo pasamos bomba aquella noche en Chueca. De hecho, mi amiga, que al final se puso un traje negro súper sexy, mío también, terminó quedándose con el guitarrista de Arpegios lejanos. Digo esto porque Lucas y yo, después de tomarnos una cerveza al acabar el concierto, dijimos de retirarnos y ellos no parecían tener muchas ganas de arrancar aún, de modo que nos quitamos de en medio y les dejamos en el pub a su bola.

Y si la primera noche entre nosotros dos fue la caña, la segunda ya... para qué contar. La superó de largo. Supongo que mucho tuvo que ver en ello el hecho de que ya no éramos dos auténticos desconocidos en ese terreno.

Esa misma noche, Lucas me planteó lo del fin de semana en Chauen, un viaje que deseaba regalarme por aquel cumpleaños mío que estaba ya a la vuelta de la esquina.

Desde el mismo momento en que lo supe, empecé a soñar con aquel idílico rincón al norte de Marruecos, cerca de Tetuán. ¡Menudo detallazo el de mi bombón!

A mí también se me ocurrió una buena idea para sorprenderle a él...

Capítulo 9



Terminamos el desayuno en la cafetería del puerto de Algeciras. El tiempo apremiaba, por lo que pagamos lo consumido y apresuramos nuestros pasos hacia el ferry con dirección a Tánger.

Tras dos horas de viaje en taxi por las complicadas carreteras del norte del país, disfrutando de tan bellos parajes, llegamos a Chauen, ese apasionante pueblo entre montañas, con sus particulares y encantadoras calles de casas pintadas de azul claro.

Una vez en el modesto pero coqueto hotel del casco antiguo elegido por él, nos atendió una agradable chica de ojos oscuros y piel morena, ataviada con la típica vestimenta moruna. En cuanto nos dio las llaves, subimos a la habitación para dejar nuestros equipajes.

—Déjame que entre al baño un momento—le pedí.

—Claro, reina.

Transcurridos unos minutos, salí descalza, con el pelo recogido y unos mechones sueltos en cada lado de la cara, vestida únicamente con un tanguita de encaje y una finísima camisa de seda blanca, tan fina que insinuaba mis pechos desnudos.

Lucas me miró embelesado cuando comencé a danzar sensualmente por la habitación, moviendo las caderas con delicadeza. Poco después, me dejé caer en la cama.

—Hazme el amor, bombón —le dije con voz melosa.

Consumada ya nuestra primera “faena” entre aquellas paredes, volví a meterme en el baño para acicalarme un poco. Me puse un precioso vestido de flores que se ajustaba como un guante a mi figura y, a renglón seguido, bajamos a tomarnos un té, acompañado de unos dulces típicos.

Desde allí, emprendimos un buen paseo cogidos por la cintura, perdiéndonos por las tan bonitas calles del pueblo con su colorido singular.

—¿Dónde vamos? —quise saber.

—¡Ah! Es una sorpresa...—fue lo único me contestó.

—¿Otra?

—Tú déjame a mí...

Bajando por una calle cualquiera, Lucas se paró ante una puerta de madera bastante vieja y llamó con los nudillos. Yo no entendía nada. Una señora robusta nos abrió.

—*Salam Alaikum*—El saludo de él a la mujer me dejó boquiabierta.

—¡Jajaja! —me sonrió—. Solo sé decir eso en árabe, cariño.

Eso fue lo que me dijo. Sin embargo, a lo largo del fin de semana pude comprobar que se sabía un buen puñado de frases más en aquella lengua.

Pronto la costurera me mostró un extenso abanico de piezas de tela para que eligiese.

—Pero...Lucas... ¡¿y esto?! —le pregunté sin salir de mi asombro, volviéndome hacia él.

—Esto es justamente tu sorpresa. Quiero que te hagan una chilaba para llevarte a cenar esta noche a un sitio que te va a encantar.

—¿Dónde?

Mi chico me reveló el nombre del restaurante en cuestión y yo lo registré en mi cabeza procurando no olvidarlo. Ese dato sería crucial para lo que una tenía en mente...

—Decídase entonces —la costurera, impacientándose, habló ya en un perfecto castellano.

No era fácil elegir entre aquellas maravillas, pero terminé optando por una impresionante tela color turquesa con estampados florales y adornos dorados.

—Voy a tomarle medidas —me anunció la mujer y le ofreció a Lucas un té con bastante menta y azúcar, para que lo degustara mientras ella iba anotando los datos en una pequeña libreta —. Listo. Sobre las siete estará terminada

—nos comentó.

Nos extrañó un tanto, pues eran ya las doce del mediodía. Es decir, solo tenía siete horas por delante para hacerla, según su estimación. Aun así, salimos de la casa confiando en su promesa.

—De todas formas, tú tranquilo. Me ha traído también un traje divino que me podría poner si hiciera falta...—le conté.

Después de la siesta, a cierta hora ya de la tarde, le di un toque.

—Bomboncito, me parece que te deberías ir marchando hacia la casa de esa mujer para recoger la chilaba.

—¿No me acompañas?

—Prefiero esperarte aquí —le contesté tan solo.

¿A Lucas le faltó el tiempo para irse. Y eso era precisamente lo que yo pretendía ganar, enviándole a hacer aquel recado: tiempo a solas para dirigirme a sus espaldas al susodicho restaurante y poder ir preparando mi propia sorpresa para mi bajista.

Nada más entrar, me recibió Abel, el metre, un hombre alto, delgado, con una espesísima barba negra.

—Buenas tardes, señorita. ¿En qué puedo ayudarla?

¿

Le expliqué que volvería más tarde a cenar con mi pareja, quien debía haber hecho ya una reserva a su nombre, y que quería pedirles un favor especial.

—Dígame el nombre de él—me pidió el metre.

Cuando se lo dije, el hombre me confirmó que, efectivamente, tenía reservada una mesa en el mejor rincón de la sala.

—¿Hay algún problema, señorita?

—¡No, en absoluto! Es solo que me gustaría darle una sorpresa. Mire, soy bailarina (le solté esa mentirijilla) y quisiera bailarle la danza del vientre, si fuera posible, claro...

, —Por supuesto, será un honor igualmente para nosotros. No se preocupe, que todo estará preparado para entonces

Le entregué una bolsa con las cosas que iba a necesitar luego y me encaminé hacia el hotelito tan contenta, pensando cuánto íbamos a disfrutar ambos durante la romántica cena por mi cumpleaños.

Por suerte, Lucas aún no estaba de vuelta cuando llegué, si bien esa ausencia empezó a preocuparme al mirar el móvil y ver que eran cerca de las ocho. Bastante tarde, teniendo en cuenta que la costurera nos había asegurado tener lista la prenda a eso de las siete, pero poco me duró la preocupación, y es el pobre apareció enseguida. Venía algo sofocado por las prisas.

—Pues nada. Tal y como me temía, no la tenía acabada a la hora que nos dijo y me ha tenido ahí esperando con otro té que va a hacer que se me dispare ya el azúcar, jajaja, pero aquí la traigo por fin.

Al verla, me quedé pasmada. ¿Cómo era posible hacer semejante obra de arte en tan poco tiempo?, me pregunté.

—Bombón... ¡esto es una joya! Voy a probármela ahora mismo.

—Venga, estoy deseando vértela puesta.

Con ella dejada caer sobre el brazo, entré en el baño y tardé lo mío en salir, y es que lo hice totalmente arreglada ya. La chilaba me quedaba perfecta. Me veía genial con ella, mi melena recogida con maestría y los labios maquillados con un tono rojo pasión.

—¡Hey! ¡Pareces una verdadera reina mora! —exclamó entusiasmado al verme y me dio un abrazo súper cariñoso—. Vamos, preciosidad, que se está haciendo la hora.

Tiramos para el restaurante en un fabuloso coche con chófer que nos esperaba en la puerta, el mismo que, al verme, no pudo mostrarse más cortés...

—Un placer ofrecerle mis servicios, encantadora dama.

Correspondí a su cortesía dándole las gracias en español porque yo no tenía ni idea de árabe.

Una vez en el acogedor restaurante, el metre nos condujo a un saloncito reservado para nosotros dos exclusivamente.

—Qué bonito es todo esto—dejé caer disimulando, como si no lo conociese ya.

Pronto volvió el metre con la carta.

..

—¿Te gusta el cuscús, Caroline? —me preguntó mi bombón.

—Sí me gusta, pero pide lo que a ti te apetezca, cariño.

—Recomiéndenos usted—le pidió al metre, quitándose de encima la responsabilidad de elegir.

¹ En cuanto este se dio la vuelta con la comanda apuntada, me tomó la mano sonriéndome y propinándome un tierno beso.

La comida consistió en unos entrantes de cordero y pollo envueltos en una especie de hojaldres, con unas salsas para acompañar y una ensalada típica de la zona. Como plato principal, cuscú, también de pollo y cordero. Y para postre, dulces de miel con frutos secos.

En cuanto terminamos de cenar, le pedí que me disculpase un momento e hice ademán de levantarse, pero él se me anticipó y se levantó para retirarme la silla.

—¿Te ocurre algo?

—No, cariño, solo voy a retocarme los labios en el espejo.

En el preciso instante en que salí del baño, empezó a sonar la música y fui avanzando hasta mi chico moviendo la caderas al compás.

,

Me acercaba despacito, envuelta en aquella indumentaria propia para la ocasión, que incluía unos pañuelos de monedas que, con el movimiento, tintineaban sutilmente.

Llevaba la boca tapada con otro largo pañuelo que me llegaba a los pechos, embutidos en algo parecido a un sujetador del que colgaban unos cascabeles que sonaban también en perfecta sincronización con los compases de la música.

Estuve bailando en torno a él durante toda la canción. Cuando esta cesó, me senté en su regazo y le besé apasionadamente, entre los aplausos de los pocos comensales que habían presenciado mi actuación.

—Mi niña, ¡no tenía ni idea de que bailabas tan bien esto! ¡Esto sí que es una verdadera sorpresa!

Le conté que había estado bastante tiempo, durante mi adolescencia, en una academia de mi país en la que se impartían danzas de todo el mundo.

—¡Qué bueno! ¡Qué callado te lo tenías, granujilla!

Más tarde, llegando ya al hotel, mi romántico chico le pidió al chófer que detuviera el coche en un lugar al paso, donde había visto unas florecillas silvestres. Se bajó, recogió un puñado de varios tipos y las depositó en mis manos. ¿Podía ser más lindo?

Pues aún había más... Al entrar en el hotel, me percaté de la señal que le hizo a la recepcionista como queriendo cerciorarse de algo, a lo cual ella le respondió asintiendo disimuladamente con la cabeza. Yo estaba intrigadísima con todo aquello, pero no quise preguntar.

Eran las doce de la noche, una magnífica noche con una temperatura perfecta y una impresionante luna llena en su plenitud, coronando el cielo marroquí. Parecía que todos los astros se habían cuadrado para que la jugada nos saliese perfecta.

Al abrir la puerta de la habitación, pude escuchar ya una suave melodía de fondo, aunque no fue ese el único detalle que me llamó la atención. El dormitorio estaba alumbrado por una serie de velas estratégicamente colocadas por ciertos rincones. Aparte, la pálida luz de la luna que se colaba por las ventanas abiertas contribuía a la magia que se respiraba en el aquel ambiente con olor a incienso que manaba de una serie de varillas encendidas

Esparcidos sobre la cama, docenas de pétalos de distintas flores. Al lado de esta, en la mesilla de noche, una botella de champán enterrada en una cubitera con hielo, un platillo con unas apetitosas fresas y un pequeño bote de nata.

s

Le abracé y mi chico me besó con la misma pasión que de costumbre.

—Ponte cómodo —le sugerí—. Descorcha la botella y sírreme una copa.

A Lucas casi se le cae la suya de la mano cuando me vio aparecer casi desnuda, cubierta tan solo por un picardías rojo transparente, el pelo suelto y oliendo a mi perfume favorito de Loewe. Me coloqué de cara a la ventana un momento, para luego darme la vuelta e ir quitándome poco a poco la ligera prenda, que fue resbalando por mi cuerpo hasta caer al suelo.

A continuación, me acerqué en silencio a él, que me contemplaba sin pronunciar palabra tampoco, y me tumbé en la cama pidiendo guerra. Mi chico me tendió mi copa de champán, tomó un largo sorbo de la suya y el resto me lo fue derramando lentamente por los senos, humedeciéndolos y estimulando mis pezones, que se me pusieron en un santiamén como los pitones de un toro bravo.

Le agarré la cabeza y se la dirigí a mis pechos para que los lamiese y bebiera de ellos. Al contacto de su lengua, solté un gemido como un gatito. Después, Lucas repitió la misma acción del champán vertiendo un poco en mi ombligo y bebió de él.

Extasiada por el placer, me retorció sin dejar de gemir, excitándole a él aún más, si cabía. Mi chico fue bajando por mi vientre hasta llegar a las ingles. Besó sus alrededores, para invertir a continuación la marcha e ir ascendiendo hacia mi cuello, recorriéndome todo el cuerpo con la lengua.

Cuando las ansias le quemaban ya las entrañas y no pudo resistirlo, se me colocó encima y comenzó a cabalgarme con unos movimientos lentos que pronto dieron a paso a unas embestidas tremendas que culminarían en la explosión simultánea de ambos.

Tras una ligera pausa para recobrar la respiración, cogió una fresa, se la colocó entre los dientes y me la acercó a los labios. Entre los dos la mordisqueamos. Después agarró el frasco de nata y me untó un poco en los pezones, los cuales me lamíó a conciencia como un niño apurando el envase de unas natillas.

No contento aún, echó mano a un trozo de hielo y me lo puso en el vientre, consiguiendo que se me erizara de golpe hasta el último centímetro de piel. Buscó mi vagina, hurgó delicadamente con sus dedos por el interior, sintiendo mi euforia, mi humedad abriéndose paso hasta la salida...

Luego me roció el clitoris con un poco de nata y me la retiró también a lametones. Entré de nuevo en erupción y los gritos que acompañaron a ese segundo orgasmo debieron escucharse a kilómetros de allí.

Nos miramos, nos abrazamos y no tardamos mucho en quedarnos dormidos, con la luna y todas las estrellas del firmamento por testigos de tanta fogosidad sobre aquel lecho.

Nuestro segundo y último día en Chauen fue tan emotivo como el primero de principio a fin, pero como todo llega en esta vida, a nosotros nos llegó ir poniendo punto final a nuestro romántico fin de semana.

Con el tiempo justo ya, bajamos a la recepción, donde nos esperaba Amina, la muchacha que nos atendió desde el primer momento y que estuvo pendiente de que todo saliese a pedir de boca, con un lindo ramo de flores para mí en señal de agradecimiento. Queriendo corresponderla, saqué de mi maletín mi pañuelo de monedas y se lo regalé

—*¡Shukraan jazilaan, ghaly!* (muchas gracias, preciosa) —me contestó en su lengua.

En la puerta del hotel, nos esperaba el mismo coche de la noche anterior. Al verle, el chófer le entregó a Lucas un sobre que contenía un bonito pergamino en el cual podía leerse:

“En señal de gratitud por tan bonita actuación que nos hizo disfrutar junto a su amor, permítanos que la llevemos a usted y a él a su destino como se merece una artista de su talla, querida dama”.

Firmado, la dirección del restaurante.

Lucas y yo nos mirados atónitos ante tan exquisito gesto, mientras el amable hombre nos abría las puertas traseras del vehículo para que nos montásemos. En cuanto los hicimos, arrancó con dirección a Tánger...

;

a

;

a

Lucas y yo nos mirados atónitos ante tan exquisito gesto, mientras el amable hombre nos abría las puertas traseras del vehículo para que nos montásemos. En cuanto los hicimos, arrancó con dirección a Tánger...

Capítulo 10



Aquel viaje, nuestro primer viaje juntos, fue la caña; algo así como una especie de luna de miel, pues no pudo resultar más idílico.

Si tuviera que resaltar algún momento de ese fin de semana por Marruecos, me resultaría complicado porque todo fue muy bonito, pero me quedo con la cara de Lucas cuando me vio aparecer vestida con aquella indumentaria tan sugerente con la que le bailé la danza del vientre en el restaurante.

Lo que no sabía mi bombón, aunque algo le había dejado caer, era que los bailes latinos, como por ejemplo la salsa y la bachata, también se me daban de lujo.

Y quizás os extrañe si os digo que, además, domino algo el flamenco, que para eso me tiré cerca de nueve años acudiendo un par de veces por semana a la ya mencionada academia de mi tierra. Tiempo tendría de demostrarle todo lo que os estoy diciendo...

Cinco meses llevábamos ya saliendo. Cinco maravillosos meses entre conciertos y más conciertos por todos los rincones de la comunidad de Madrid, algo que a mí me chiflaba, puesto que la música en general me fascina.

Hablando de salir; mi amiga Mari Ángeles había terminado liándose con José Luis y también estaba muy contenta, por lo que casi siempre íbamos juntas a los conciertos. Digo casi siempre porque a veces no podía, al coincidirle con entrar de guardia de noche en el hospital en que trabajaba como enfermera.

Parecía que sí, que al fin se había olvidado de Mariano. ¡Menos mal! En cualquier caso, esa es su historia y le correspondería contarla a ella, no a mí. Yo sigo contándoos la mía...

Pues bien, de puro entusiasmo con mi relación, había ido dejando atrás una serie de cosas pendientes. La principal, viajar a Estados Unidos para ver a mi familia, algo que ya debía haber hecho hacía tiempo. No podía posponerlo más, máxime cuando a la semana siguiente operaban a mi padre de una hernia de disco, de manera que me senté en el ordenador y me puse a buscar los billetes de avión.

Le di bastantes vueltas al asunto, comparando precios en varias páginas de internet para las fechas que yo quería.

La ida con vuelta cerrada me salía algo más económica, pero, aun así, los precios estaban por las nubes.

Dudaba también sobre cuánto tiempo quedarme allí. En principio, pensé en diez o doce días, pero luego me dije que mejor alargar un poco mi estancia en Denver, habida cuenta del dineral que me iba a gastar en los billetes. Además, Dios sabría cuándo volvería una por allí, y es que América no está ahí a la vuelta de la esquina.

No obstante, también pensaba en mi Lucas. Sabía que le iba a echar muchísimo de menos y que, por muy a gusto que me encontrase con mi gente, iba a estar deseando volver a su lado. Y suponía que a él le ocurriría lo mismo.

Delante del ordenador, con el calendario del móvil abierto, al final decidí que me tiraría veintidós días con los míos. Veintidós por poner una fecha límite. Como si quería pasarme dos meses allí. ¡O un año!

Es lo bueno que tienen los trabajos online como el mío, que agarras tu portátil y puedes seguir currando desde cualquier parte del mundo, pero ya con lo de mi relación, iba a ser que no...

Esa misma noche, cuando nos vimos, le conté lo que tenía previsto y lo hice de un modo un tanto “pícaro” para verle la cara. Guasita (que no maldad) que también tiene una, como ya he dicho con anterioridad.

Para darle más chispa al asunto, puse cara de circunstancias para soltárselo, o sea, un tanto seria. Acabábamos de terminar de cenar en un bar de mi barrio.

—Lucas, tengo que decirte algo...

Dada mi seriedad, al pobre mío se le mudó también la cara, como intuyendo que lo que iba a escuchar a continuación no le iba a gustar mucho. Pese a todo, no abrió la boca, sino que esperó en silencio para ver qué pasaba.

—Me marchó a Estados Unidos —le espeté sin más, así sin anestesia.

Se quedó helado, con los ojos de par en par y la boca entreabierta.

—¿Que te marchas?! —preguntó al fin.

—Lo siento, he estado pensándolo y tengo que hacerlo...

e—¿Por qué Caroline?! ¿Eso es lo que yo te importo? —casi chilló.

En vista del impacto de mis palabras, me dio tanta pena que no pude prolongar más aquella farsa.

—Pero vuelvo enseguida, tontito mío—añadí rápidamente, sonriéndole ya.

—Uffff, ¡menudo susto me has dado, rubia! Casi se me sale el corazón por la boca.

—¿Tanto te hubiera dolido que me quitara de en medio?

—Creo que la pregunta sobra, ¿no? ¿Cómo te hubieras quedado tú si soy yo el que te suelto eso mismo?

Tenía todita la razón. A mí me hubiera dado algo, desde luego.

—Perdóname, ha sido una broma de mal gusto—me disculpé.

—Pero a ver si me entero, Caroline, ¿te vas o no te vas?

—Sí. Tengo que irme unos días —le expliqué—. Hace mucho que no veo a mi familia y, además, a mi padre le operan la semana que viene.

—¿Algo grave? —volvió a ponerse serio.

—No mucho, anda enredado con una hernia de disco desde hace un par de años y ya le ha llegado la hora de entrar en quirófano.

—Vaya, debe ser muy molesto. A un tío mío también le operaron de eso y las pasó canutas. No me refiero a la operación, que no fue para tanto, sino a los dolores que tuvo que aguantar hasta que le dieron cita para operarse.

—Sí, sí que es muy molesto, y ni te cuento cuando te ganas la vida con un trabajo físico como el suyo.

—Sí, ya me contaste que se dedica a la ganadería y esas cosas.

—Exacto, y en un rancho como en el que viven siempre hay mucho que hacer.

—Pobre hombre. Ojalá vaya todo bien. Y bueno, ¿cuándo te marchas entonces?

—Pasado mañana.

—Jo, qué pronto.

—Ya, pero no sabes qué trabajito para encontrar los billetes más o menos en las fechas que quieres. Cuesta todo

un ojo de la cara.

—Ya imagino. ¿Y cuándo vas a volver?

—Estaré por allí veintidós días. Poca cosa. Ya verás que en menos de nada estoy de vuelta —le dije, como quitándole importancia al asunto.

—Para la próxima me voy contigo, que lo sepas.

—¿En serio? ¿Te hubiera gustado acompañarme?

—He hecho unos cuantos viajes al extranjero, pero no conozco nada de Estados Unidos.

—Ya... o sea, que lo dices por eso... —le solté, un poco “chafada”.

—Y luego dices que el tontito soy yo. Anda que... Sabes de sobra que no, que no lo digo por eso. Claro que me gustaría conocer aquello, pero a lo que me refiero es a que me encantaría hacer otro viajecito contigo, que ya va tocando. Me da igual a donde sea.

Eso último me gustó más, y tiempo habría de llevarlo a cabo, fuese donde fuese, como él mismo dijo. Quizás más entrado el otoño, cuando ya tuviera un poco más despejada la agenda de conciertos, que menudo veranito llevarab aquellos cuatro, con los instrumentos de aquí para allá y pasando un calor de órdago.

Entre los preparativos del viaje y unas cosas y otras, no tuvimos tiempo de vernos hasta la tarde en que me marchaba. Lucas me llevó con la furgoneta al aeropuerto.

Como tenía que facturar mi maleta, salimos de casa con bastante antelación, tanta que al final nos sobró más de una hora, por lo que nos sentamos a tomar un refresco en una de las cafeterías.

Mientras que yo estaba más lánguida que una planta sin agua, él se mostraba bastante animado.

—¿Qué te pasa, reina? —me preguntó, dándome un cariñoso pellizquito en la barbilla—. Te veo un poco triste...

—Ainsss, nada, solo que te voy a echar mucho de menos, bombón —se me escapó un suspiro.

—Anda, no seas boba. Yo también te voy a echar de menos a ti, pero deberías estar contenta porque ya en nada vas a poder disfrutar de los tuyos.

—Lo sé. Aunque eso de en nada...

—Ya, ya sé que te queda un buen puñado de horas por delante. ¿Has cogido algo para leer y distraerte? —me lo preguntó, a sabiendas de que la lectura era otra de mis pasiones.

—Sí, mira...

Metí la mano en el bolso y le enseñé la última novela que estaba leyendo; un larguísimo *best seller* que llevaba por la mitad y que me tenía súper enganchada.

—Toma ya, pedazo de libraco. Antes de que te termines eso aterrizas en Colorado.

—Ya lo creo, porque lo más seguro es que me quede dormida en cuanto lo abra. He dormido fatal esta noche.

—¿Y eso por qué, nena?

—No sé, el calor...un mosquito que se me coló en la habitación y no paraba de dar zumbidos alrededor de mi oreja...

Era cierto lo que le contaba, aunque el principal motivo de mi desvelo me lo guardé para mí. La verdad es que mi cabeza no paró de dar vueltas en toda la noche. Tantos días sin verle... ¿Y si se enfriaba lo nuestro? ¿Y si conocía a alguna mujer cualquier noche por ahí en mi ausencia?

A los músicos les llueven las oportunidades de ese tipo sobre los escenarios, y más a uno tan llamativo como mi bajista, Solo de pensarlo, me llevaban los demonios, pero me reservé todos esos pensamientos.

Pronto llegó la hora de despedirnos.

—Ahora sí, bombón mío —le miré con cara de pena.

—Venga, reina, que tengas un buen vuelo y que se te haga cortito.

—Sí...

Lucas y yo nos besamos y nos abrazamos como si fuera ya nuestra última oportunidad en la vida.

—Pórtate bien, ¿eh? —le dije al separarnos.

—Buahhh, ya ves tú. Si llamas portarse bien a tocar y tocar y ensayar y ensayar, descuida, que me voy a portar

como un santo.

—¿Te he dicho alguna vez que estás como un cañón y que te adoro? —le sonreí.

—Nooooo—me guiñó un ojo y me sonrió también.

—Ea, pues ya lo sabes. Venga, besitos, rey—le lancé un beso al aire justo antes de girarme para pasar el control policial, con mis documentos preparados en la mano.

—Hasta pronto, preciosa. Vamos hablando.

La puerta de embarque la crucé ya con el corazón en un puño. ¡Me iba a la otra punta del planeta!

Y sí, el vuelo como tal no fue malote. Por fortuna, en aquella ocasión no tuvimos turbulencias ni nada por el estilo, a diferencia del viaje anterior, que fue una pesadilla en ese sentido. No quería ni acordarme.

Quien haya tenido que soportar un fenómeno de esos en las alturas entenderá mejor lo que digo. Aunque sabes que son cosas normales que ocurren en un avión, pasas una angustia tremenda allí encerrada.

‡ Lo peor fue el compañero de vuelo que me tocó en suerte. De aquellos tres asientos de mi hilera, yo ocupaba el que está pegado a la ventanilla, el tipo en cuestión el del centro y su mujer el otro.

Aparte de desprender un olor a sudor insoportable, aquel bigotudo y de pelo grasiento roncaba que daba miedo escucharle. Y no solo eso, sino que cada vez que se quedaba adormilado, con el cuello más flojo que un muelle de cuerda, su cabeza iba y venía de un lado a otro, llegando a apoyarse en mí más de una vez.

Con un apuro tremendo, le presionaba con mi hombro para que se fuera hacia el lado contrario. ¡Que le aguantase su mujer, no te digo!

En fin, son cosas que, asimismo, ocurren cuando viajas, ya sea en avión, bus o tren. En una de las ocasiones en que yo también me quedé dormida, soñé con Lucas.

Había viajado conmigo a Denver; un sueño propiciado quizás por aquellas palabras suyas de un par de días antes: “la próxima vez me voy contigo”. Soñaba que nos encontrábamos en el sofá en casa de mis padres viendo algo en la tele. Él estaba dejado caer sobre mí y yo le acariciaba cariñosamente la cara...

El sobresalto gordo vino cuando, medio adormilada aún, entreabrí los ojos. Entonces me di cuenta de que estaba acariciando al tipo rechoncho que tenía junto a mí y que, gracias a Dios, también dormía como un tronco en esos momentos, al igual que su mujer. ¡Casi me da un patatús!

¿Os lo imagináis? Solo hubiera faltado que se despertase antes que yo y me hubiera pillado en esas. Aquel tipo se hubiera pensado que estaba tratando de seducirle. ¡Qué palo, madre mía de mi vida!

Yo también traté de imaginar cuál habría sido su reacción en ese caso... ¡¡jajajaja!!

,

¿Os lo imagináis? Solo hubiera faltado que se despertase antes que yo y me hubiera pillado en esas. Aquel tipo se hubiera pensado que estaba tratando de seducirle. ¡Qué palo, madre mía de mi vida!

Yo también traté de imaginar cuál habría sido su reacción en ese caso... ¡¡jajajaja!!

Capítulo 11



En cuanto aterrizamos en el aeropuerto de Colorado y me bajé del avión, le mandé un wasap a Lucas anunciándole mi llegada sin ningún contratiempo. Luego me tocó esperar un poco hasta poder recoger mi maleta en la cinta transportadora.

Tras las puertas que mediaban entre los recién llegados y los familiares, me esperaba mi madre con Dory, mi hermana, y Ethan, mi pequeño sobrinito de cuatro años.

Al verme aparecer arrastrando el maletón, mi hermana, emocionada, se puso a dar palmas y saltitos y echó a correr hacia mí. Nos abrazamos largo rato, felicísimas las dos, y nos dimos no sé cuántos besos. E igual fue la primera toma de contacto con mi madre.

—Mi niña, mi niña Caroline, ¡pero qué guapísima que estás, hija mía! —no paraba de decirme—. Incluso has cogido un poquito de peso.

—¿Me ves gorda?

—No, hija, no. No estoy diciendo que estés gorda, solo que te veo mejor que la última vez que viniste por aquí, que te estabas quedando en los huesos a cuenta del Roberto ese...

Mi madre acababa de mencionarme a aquel otro hombre con el cual había tenido una relación a la que puse punto y final de forma drástica, meses antes de conocer a Lucas. Lo nuestro terminó de muy feas maneras, dado que me la estaba pegando y quería hacerme pasar por idiota.

De ahí que por aquel tiempo comiera muy poco y adelgazara bastante, aunque no hasta el punto de estar volviéndome anoréxica, como llegó a insinuarme ella en aquel viaje anterior.

—Tata, tata, ¿me has traído otro regalito? —me preguntaba mi sobrinito, tirándome del vestido.

—¡Pues claro que sí, mi vida! —me comía a besos a aquel pequeñajo de pelo rubio platino.

—¿Y qué es?

—¡Ah! Es una sorpresa, así que ya lo verás cuando lleguemos a casa—le respondí encogiéndome de hombros y con las palmas vueltas hacia arriba.

—Yo quiero verlo ya, yo quiero verlo ya—repetía.

Habida cuenta de que teníamos cerca de hora y media en coche hasta el rancho de mis padres, decidí abrir la maleta allí en el parking para darle el muñeco que le había comprado y que se entretuviera con él por el camino.

Mi padre no había podido venir al aeropuerto a recibirme porque andaba bastante dolorido aquel día con lo de la hernia. Además, una de las vacas andaba malucha y estaba pendiente de que llegara el veterinario a echarle un vistazo.

Con tanta charla, el trayecto se me pasó en un suspiro y al fin pude abrazarle a él también.

Mis padres... mi hermana... mi sobrinito... mi casa... mi dormitorio... el olor que salía de la cocina, a bizcocho recién hecho por mi madre... no puedo negar que sentía una inmensa alegría en esos momentos.

Después de colocar mi ropa y demás cosas en el armario, me di una buena ducha y salí a dar una vuelta por el rancho con Dory. Fuimos directas a las caballerizas, y es que también estaba impaciente por volver a ver a Leyenda, mi viejo pero precioso caballo negro.

—¡Heyyy! Le di unas palmaditas en el cachete. ¡Ya estoy aquí, amigo mío! Deja que me reponga un ratito y luego nos damos una vueltecita tú y yo por ahí, ¿vale?

Leyenda estiraba el cuello como asintiendo y levantaba y movía el labio superior, señal de que él también estaba contento por verme.

Minutos después, recibí el wasap de mi bombón.

Él: Me alegro mucho de que hayas llegado bien, princesa. Y ahora... ya sabes... a disfrutar de tus vacaciones.

Yo: Bueno, vacaciones...

Él: Tú me has entendido. Ya sé que tienes que seguir trabajando, pero seguro que estos días lo vas a hacer más feliz, ahí con tu gente.

Yo: Sí, eso sí—le envié uno de esos emojis sonrientes.

Él: Venga, pues ya me irás contando.

Yo: Sí, ya te voy hablando, bombón.

Procuraba hablar un poco cada noche (en horas de España) por wasap con mi chico. Todo bien, pero la primera vez que le escribí y no me contestó, me sentí bastante mal. Era un día entresemana y no tenían ningún concierto, por lo que no le vi la explicación.

Él: Perdona, reina —me respondió a la mañana siguiente—. Estábamos ensayando unos temas nuevos y nos dieron las tantas en el local. Supuse que ya estarías dormida y no te contesté para no despertarte.

Yo: Tú por eso no te preocupes, que a mí me da igual hablar contigo a la hora que sea —le contesté, tratando de disimular mi malestar.

Tres días más tarde, justo al día siguiente de la operación de mi padre, me encontré con la misma circunstancia y ya empecé a mosquearme.

Él: A ver, Caroline, te estoy diciendo que te quedes tranquila, que cuando me meto en el local con los chicos, me enredo y se me va el santo al cielo. Queremos tener preparados los temas cuanto antes, para incluirlos en el repertorio, y estoy bastante centrado en eso ahora.

No me apetecía discutir con Lucas, y menos encontrándome como me encontraba a miles de kilómetros, aunque no me encajaba en la cabeza lo que me decía. Para mí, él era mi prioridad, por lo que no entendía que yo no lo fuese también para él.

Ese mismo día, a media tarde (por el horario en Colorado), me sorprendió con una videollamada inesperada. Y yo que me hallaba en esos momentos en los establos ordeñando una vaca, con el pelo de aquella manera, las botas vaqueras, los tejanos y una camisa a cuadros llena de churretes, no sabía dónde meterme.

De hecho, a punto estuve de no atenderla. Ya le llamaría yo luego. No quería que me viese con semejantes pintas de granjera, pero al final me limpié un poco las manos con un trapo y coloqué el móvil en una repisa de madera que había a la entrada del establo. Deslicé el botón y me eché hacia atrás para que me viese de cuerpo entero.

—¡Aquí me tienes! —le contesté graciosamente, con las manos en la cintura. ¿Cómo me ves?

Solté una risilla y él hizo lo mismo.

—Guapísima, te veo tan guapísima como siempre, reina.

—Tú sí que eres guapo.

—Bueno, qué tal va todo hoy por ahí, rancherita linda. ¿Cómo está tu papi?

—Bien, va todo bien, muy molesto con las grapas, lógicamente, pero todo perfecto por ahora.

—Me alegro muchísimo.

—Gracias. Ya estoy desando volver...

—Yo también tengo muchas ganas de que vuelvas, reina.

Lucas se mostró tan cariñoso en aquella videollamada que pronto se alejaron los fantasmas de mi cabeza. Al fin y al cabo, quien más y quien menos tiene sus obligaciones, me dije, así que lo de los wasaps tampoco era tan importante.

Además, no todo el mundo está pendiente del móvil las veinticuatro horas del día. Sí, definitivamente, tenía que aprender a controlar esa vena celosilla que me afloraba de vez en cuando.

Supongo que en eso de los celos tuvo que ver algo mi relación con Roberto, pues yo no era así antes. Confiaba bastante en ese ex novio, hasta que empezó a darme motivos para ponerme en guardia.

El caso es que aquel funcionario se las ingeniaba para que nunca le pillase en un renuncio. En ese sentido, era astuto como él solo, pero como la mentira sale a relucir tarde o temprano, aunque me costó lo mío (hasta perder el apetito, como ya he dejado entrever), al final le pille in fraganti. Me estaba poniendo los cuernos con una tipa que él sabía de dónde había sacado.

Ahí se terminó todo. Y nada de segundas oportunidades ni pepinillos en vinagre, que como dicen aquí en España, muerto el perro, se acabó la rabia. Evidentemente, yo no lo maté, aunque ganas no me faltaron, pero mi venganza tuvo lo suyo...

Roberto llevaba viviendo un par de meses conmigo en mi pisito de Madrid, de modo que en cuanto me enteré de todo, en lugar de armarle un numerito, agarré todas sus cosas, se las empaqueté de cualquier manera y me faltó el tiempo para ponerle literalmente de patitas en la calle. Se lo dejé todo en el descansillo.

Todavía me parece estar viendo su cara a través de la mirilla, mientras llamaba como un poseso al timbre porque no podía abrir la llave cuando volvió de aquel misterioso “recado” después de trabajar, y es que yo había puesto

las mías en la cerradura por dentro para que no pudiese entrar.

—¡Abre, Caroline! ¡Abre de una maldita vez! —exclamaba, aunque sin alzar demasiado la voz para no alertar a los vecinos.

Pero mira tú por dónde, Antonio, el indeseable de al lado, sí que le oyó y salió para echar más leña al fuego. ¡Aparente era aquel!

—¡Qué bueno! ¿Mudanza improvisada, amigo? —le espetó al otro con todo su sarcasmo, al ver todas las cajas y bolsas de ropa por allí en medio—. ¿Necesitas que te eche una manita, o ya te las apañas solo?

—¡Tú cállate la boca, anormal! —le respondió Roberto de mala leche, sin calibrar con quién se enfrentaba.

—¿Anormal quién? ¿Yo?

Sin más, el petardo de mi vecino le arreó tal puñetazo en un ojo que por poco lo tira de espaldas. Como era de esperar, Roberto trató de defenderse alzando también el puño para golpearle, pero el ex militar lo esquivó echándose rápidamente a un lado y el otro pegó el piñazo en la pared.

—¡¡¡Joderrrr!!!! ¡Mi mano! —gritó como un loco.

Con semejante escándalo, Nati abrió enseguida la puerta.

—¿¡Qué está pasando aquí, por Dios bendito!? —con un valor que no sé de dónde sacaría, la mujer se interpuso en medio de aquellos dos corpulentos hombres.

|

—¡El pamplinas este, que tiene ganas de tangana hoy! —exclamó Antonio.

Roberto hizo además de abalanzársele otra vez, pero mi vecina empezó a chillar también, impidiéndoselo.

—¡Venga ya, hombre! ¡Arturo! —le gritó al marido, que se asomaba ya por la entrada del piso—. ¡¡Llama a la Policía ahora mismo!!

—¡Deja, deja, lo único que faltaba ya! —le pidió Roberto a Nati, y agarró un par de bolsas grandes y se las echó al hombro. Acto seguido, se dio la vuelta y salió corriendo por las escaleras, sin atreverse siquiera a esperar al ascensor.

—¡Eso, eso, corre y déjate de molestar más a la gente con los timbrazos, que no puede uno ni dormir la siesta tranquilo! —el de la batería le puso ya la puntilla.

¿Podía tener más cara? ¡Mira tú quién hablaba de molestias! En fin, que ese fue nuestro “fin de fiesta”. Y aquí lo dejo, que bastante me he desviado ya del tema.

Los días iban pasando allí en el rancho. Me levantaba todos los días tempranito y me dedicaba a trabajar concienzudamente toda la mañana para poder terminar sobre la hora de almorzar.

Las tardes las reservaba para ver a mis amigas y echar una mano con las tareas de los animales; vigilar que las reses siempre tuvieran agua, cepillar a los caballos...

En cuanto a Lucas, hablaba con él regularmente y estaba deseando que diese la hora de volver a tenerle entre mis brazos.

—Ya, mismo, que pasado mañana estás aquí, reina.

—Sí, aunque me va a dar pena despedirme de mi gente, la verdad, sobre todo de mi padre, que todavía anda bastante fastidiado.

—Normal, te entiendo.

—Pero estoy deseando comerte ya esos morritos...

—¡Jajajaja! Tranquila, que estos morritos están esperándote aquí. Eso sí, tengo una heridita en la comisura de la boca.

—¿Y eso?

—Nada, una calentura de esas que llaman, que te salen cuando estás bajo de defensas.

—Ummm... ¿Bajo de defensas tú? Vaya...

Lucas se echó a reír.

—Qué canallita eres, Caroline. Ya sé por dónde vas. Que me vaya preparando, ¿no?

—Además de guapo, listo como él solo, mi chico.

—Por cierto, ¿a qué hora llega el vuelo?

—A las once y media de la mañana. Vienes a recogerme, ¿no?

—Eso espero—me respondió.

—¿Eso espero?

—A ver, mujer, que sí que pienso ir a buscarte, lo que pasa es que mi madre tiene cita con el traumatólogo en La Paz a las diez menos cuarto y me ha pedido que la acompañe. Que la lleve yo, quiero decir.

—Ah...—le respondí un poco apagada.

—Pero que no te preocupes, reina, que en cuanto salgamos de allí la dejo en casa y voy del tirón a por ti. Espero no llegar tarde, pero ya sabes que las consultas médicas a veces llevan retraso y...

—Tranquilo. En ese caso, te esperaré tomándome algo.

—Pues lo dicho, preciosa. Nos vemos en breve...

El vuelo de vuelta a Madrid me resultó mucho más cómodo, básicamente por no llevar ningún pasajero en los asientos de al lado, con lo cual incluso me pude permitir acomodarme bien estirando las piernas sobre aquel par de plazas vacías.

Las últimas horas las pasé durmiendo como un lirón, hasta que me despertó la voz dentro de aquella cabina, anunciando que estábamos próximos a comenzar la maniobra de aterrizaje:

“Señores pasajeros, bienvenidos al aeropuerto de Adolfo Suárez Madrid Barajas. Les rogamos permanezcan sentados y con el cinturón de seguridad abrochado hasta que el avión haya parado totalmente los motores...”

¡¡¡Bien!!!

—A las once y media de la mañana. Vienes a recogerme, ¿no?

—Eso espero—me respondió.

—¿Eso espero?

—A ver, mujer, que sí que pienso ir a buscarte, lo que pasa es que mi madre tiene cita con el traumatólogo en La Paz a las diez menos cuarto y me ha pedido que la acompañe. Que la lleve yo, quiero decir.

—Ah...—le respondí un poco apagada.

—Pero que no te preocupes, reina, que en cuanto salgamos de allí la dejo en casa y voy del tirón a por ti. Espero no llegar tarde, pero ya sabes que las consultas médicas a veces llevan retraso y...

—Tranquilo. En ese caso, te esperaré tomándome algo.

—Pues lo dicho, preciosa. Nos vemos en breve...

El vuelo de vuelta a Madrid me resultó mucho más cómodo, básicamente por no llevar ningún pasajero en los asientos de al lado, con lo cual incluso me pude permitir acomodarme bien estirando las piernas sobre aquel par de plazas vacías.

Las últimas horas las pasé durmiendo como un lirón, hasta que me despertó la voz dentro de aquella cabina, anunciando que estábamos próximos a comenzar la maniobra de aterrizaje:

“Señores pasajeros, bienvenidos al aeropuerto de Adolfo Suárez Madrid Barajas. Les rogamos permanezcan sentados y con el cinturón de seguridad abrochado hasta que el avión haya parado totalmente los motores...”

¡¡¡Bien!!!

Capítulo 12



Según aterrizamos, desactivé el “modo avión” en el móvil y enseguida me entró el wasap de mi chico advirtiéndome que llegaría con un poco de retraso y pidiéndome que le esperase en la entrada de la terminal.

—Vale. ¡Ya estoy aquí, bombón!—le contesté tan contenta.

Lucas apareció apenas diez minutos más tarde con la furgoneta, algo sofocado, y se paró en doble fila un momento, aprovechando que no venía nadie por detrás.

—¡Qué mierda de tráfico, de verdad! —fue lo primero que me soltó, agarrándome la maleta para guardarla en el furgón.

—¡Ainsssss! ¡Mi niño!

Allí en pie le di un fuerte abrazo y me lancé de lleno a por esos labios que tanto me gustaban. Nos metimos un señor beso de los nuestros, un beso que se vio interrumpido de pronto por un coche que tuvo que pararse detrás de nosotros porque no le dejábamos pasar. Desde él escuchamos: “¡venga, parejita, dejad algo para luego!”

Nos partíamos de la risa al montarnos.

—¿Qué tal, mi niña? Por lo que veo, te ha dado bien el sol en el rancho, ¿eh?

—¿Has visto? —Me miré los brazos—. Vengo un poco morenita, sí.

—Ea, ¿ves? Y ya estás de vuelta. Parece que fue ayer cuando nos estábamos despidiendo ahí dentro. ¿Te acuerdas?

—No me lo recuerdes —le sonreí.

—Bueno, sabes que esta noche tocamos en San Sebastián de los Reyes, ¿verdad?

—Lo sé. Me lo dijiste ayer.

—¿Y qué? ¿Vas a venir o estás cansada?

—¿Cansada yo por qué?

—No sé, por el viaje, por lo del cambio de horario...

—*Don't worry*, que sabes que tengo cuerda para rato. Puedo ir esta noche a un concierto y también a tres, si se encarta. Además, es viernes, así que... mañana no hay despertador que valga. Ya dormiré.

—Vale, vale, como tú veas.

—Parece como si no tuvieras ganas de que vaya a veros, no sé...

—No digas tontería, reina. Sabes de sobra que me encanta verte delante del escenario, en primera fila.

—Y allí pienso estar, descuida, que tengo que escuchar esos temas nuevos. No me los pierdo ni borracha.

—Perfecto. Oye, Caroline, me gustaría comer contigo, pero tengo un montón de cosas que hacer a mediodía. Entre otras, pasarme a recoger un altavoz nuevo, que se nos ha estropeado uno de ellos y lo dejé encargado en la tienda. Me acaban de llamar...

—No te preocupes. Tú vete a lo tuyo, que yo tengo que deshacer el maletón ese y debería bajar a hacer un poco de compra porque antes de irme dejé la nevera pelada. Creo que no tengo ni un mísero yogur que llevarme a la boca.

—Genial, preciosa.

Era cierto que yo también tenía algunas cosillas pendientes. Aparte, estaba pensando en ir donde Tamara a que me arreglara un poco las uñas, que las tenía de pena. Desde aquel día que me hizo la limpieza de cutis y las cejas, no había vuelto a pisar por allí. No estaría de más que me las retocara también, pensé, pero cuando entré, vi que Tamara no estaba.

—Ha tenido que ir al pediatra con la niña. Vendrá luego a la tarde —me explicó la chica que trabajaba con ella.

—No importa, hoy me atiendes tú. Si tienes tiempo, claro, porque vengo sin cita.

—Sí, tranquila, termino la depilación que estoy haciendo y enseguida estoy contigo. Hasta dentro de hora y media no tengo a nadie más...

Más tarde, me puse de acuerdo con Mari Ángeles, con quien solo había hablado tres o cuatro veces durante mi estancia en Colorado. No por nada, sino que entre el trabajo, mi padre, los animales y esto y lo otro, tampoco es que me quedara mucho tiempo libre que digamos.

—Venga, pues a las siete tiramos para allá, rubia—me dijo mi amiga—. Estoy deseando verte.

—Muy bien. Yo también tengo ganas de verte a ti. Prepárate, que esta noche vamos a liarla.

—¿Liarla? —me preguntó Mari Ángeles extrañada.

—Es una forma de hablar, mujer.

—Ya, ya. No veas si estás aprendiendo bien el español, guapa. Venga, nos vemos a las siete.

Y allá que nos fuimos las dos a la hora concertada.

El local en que actuaban aquella noche era súper chulo. Tenía arriba una terraza con mesas altas y taburetes, y una gran carpa blanca, bajo la que tocaría el grupo.

Para no variar, aparecimos un ratillo antes de que empezaran, por lo que estuvimos tomando los cuatro una cerveza animadamente, si bien después, en el segundo pase, noté a Lucas un poco tenso.

;

Aquel día, como broche del concierto, estrenaron un conocido tema de Fito y los Fitipaldis que puso ya a todo el mundo en pie. En la terraza no cabía ni un alfiler para entonces.

“...me perdí en un cruce de palabras...”, “ahora sé que nunca volveré”... Con esta última frase, concluía también la canción.

Todo perfecto, hasta que, al bajarse del escenario, una chica de larga melena y grandes ojos verdes que parecía bastante bebida, avanzó hacia él. Yo ya me había fijado en ella antes. En ella y en su amiga, que iba igualmente cargadita de alcohol.

Habían aparecido por allí hacía rato y se habían quedado de pie al fondo de la terraza, entre el gentío que bailaba y daba palmas siguiendo la música. Y si digo que me había fijado en la tipa es porque se tropezó conmigo al salir del baño y casi se cae del pedo que llevaba en lo alto.

Continuó en lo que estaba. Como ya he explicado, en cuanto Lucas se descolgó el bajo y descendió del escenario, la otra se fue para él bastante cabreada.

—¡Tú! El del “ahora sé que nunca volveré” —le canturreó con un tonillo burlón totalmente—, sal conmigo a la calle ahora mismo, que tengo que hablar contigo.

Lucas se quedó blanco y no dijo ni pío.

—¡¡Que te estoy diciendo que salgas conmigo!! ¡¡Coño!! ¡¡¿Es que estás sordo?!!

Ante los gritos de aquella majarona, todo el mundo se quedó mirándoles. Mari Ángeles y yo también contemplábamos estupefactas la escena desde cerca sin atrevernos a intervenir, hasta que la tipa se le abalanzó como un gato y le enganchó por los pelos. Ahí sí que no me pude contener.

Yo también solté un grito y la enganché a ella por la espalda con todas mis ganas para quitársela de encima, pero claro, como la borrachina lo tenía bien pillado por los pelos, cuanto más tiraba yo de ella, más tiraba ella de los pelos de Lucas, quien lo único que hacía era tratar de abrirle el puño para que le soltase.

En esas, la morena se volvió violentamente hacia mí y me empujó.

—¿¡Y tú quién eres, tonta del bote!? ¡¡¿Quién cojones te ha dado a ti vela en este entierro?!! —me chilló, antes de arrearme un bofetón que no vi venir.

Como ya supondréis, se lo devolví sobre la marcha, pues una cosa era que Lucas no pudiera enfrentarse a ella por su condición de hombre (a la más mínima hubiera ido esposado para el calabozo) y otra que aquella se pensara que yo iba a quedarme quieta.

No sé cómo habría terminado tan desagradable numerito, de no ser porque apareció volando el portero del pub y se la llevó de allí como pudo, y es que la fulana estaba que se subía por las paredes y también se enfrentó a él.

—¡Déjame, calvo de mierda! —le espetó con todas las letras. Menuda lengua viperina tenía aquel bicho.

Como iba diciendo, el musculoso hombre se la llevó. Y, ya puestos, también a la otra, que había pasado olímpicamente de meterse en la tangana de su amiga, pero si la había estado alentado a que siguiera dándole caña a Lucas.

—¡Tonta del bote tú, so imbécil! ¡Y que sepas que soy su novia! —le grité ya desde cierta distancia, cuando vi que el portero se la llevaba escaleras abajo, enganchada por el brazo.

Aquella se volvió hacia mí con una maldad tremenda en los ojos.

—¿Su novia?! ¡¡¡Jajajaja!!! ¡Apúntate a la cola, estúpida!

Esas fueron sus últimas palabras hacia mí, antes de desaparecer de mi vista.

—Jooooder, Caroline —era Mari Ángeles la que me hablaba—. Hija, cuando me soltaste lo de que esta noche íbamos a liarla y te pregunté, me dijiste que era una manera de hablar, pero vaya tela la que se ha liado, sí.

—¿Ni que tuviera yo la culpa! ¡No te digo! —reconozco que me pasé con ella.

Por su parte, Lucas permanecía inmóvil en el sitio como una estatua, más callado que en misa y con la cara descompuesta. Yo tampoco estaba muy contenta que digamos.

—¿Se puede saber quién es esa tía? —le pregunté, bastante cabreada.

—Yo que sé, joder. ¡Qué loca, la virgen!

—Pero vamos a ver, Lucas, ¿que no la conoces de nada? —fue mi amiga Mari Ángeles quien le hizo esta última pregunta.

—No, no la conozco.

—Pues quién lo diría...—Mari Ángeles se la tiró bien tirada.

—¿Pero no habéis visto que va borracha perdida? No tenéis ni idea de lo que tenemos que aguantar en el mundo de la noche. Bueno, ya está, ¿vale? Vamos a relajarnos un poco, que falta nos hace.

Desde luego que nos hacía falta a todos, pero esta que está aquí ya no se quedó conforme. No podía creermelo que no la conociera y, con todo lo sucedido, enseguida los fantasmas volvieron a asaltarme la cabeza uno por uno.

Me acordé de aquel par de noches en Colorado que no me contestó los wasaps y cómo se había justificado con lo de los ensayos. Me acordé también de sus palabras de la mañana en la furgoneta: “¿vas a venir esta noche o estás cansada?” Incluso se me metió en el coco lo del retraso al recogerme. ¿Venía realmente de acompañar a su madre al traumatólogo o estaba con...?

Demasiadas dudas en lo alto como para estar de buen humor, de modo que cuando dio la hora de irnos de allí y Lucas me propuso pasar la noche conmigo en casa, le dije que mejor que no, que estaba cansada.

—Tú sabes, ya empieza a pesarme lo del cambio de horario...—se lo dije con cierto retintín, pues eso era justamente lo mismo que me había respondido él, a propósito de mi supuesto cansancio al aterrizar.

—Vale, reina, como prefieras.

Pues sí, lo prefería porque no sabía ni lo que tenía encima, así que en cuanto llegué a casa y me metí en la cama, me decidí a hacer aquello de lo que tantas veces había renegado: primero me abrí una cuenta de Instagram, luego otra en TikTok y, por último, en Facebook.

Lucas siempre decía que tampoco le hacía mucho caso a esas cosas desde hacía tiempo, que tan solo usaba ya las redes para anunciar conciertos y subir videos de las actuaciones de Arpegios lejanos y tal, por lo que supuse que por allí no iba a encontrar muchas pistas.

En Instagram, nada raro. En TikTok, tampoco. En cambio, tirando y tirando para abajo de su muro del Facebook, confirmé mis sospechas. Entre tantas fotos de tiempo atrás, le vi en cuatro o cinco con aquella loca que, por cierto tenía un melenón de rizos idéntico al suyo.

Eran fotos visibles para todo el mundo. En una, aparecían brindando sobre la barra de un bar junto a más gente. Luego, en un selfie, posaban haciendo morritos y con las caras bien pegadas. En otra, que a saber quién narices se la haría, directamente estaban besándose. ¡El que decía que no la conocía de nada! Tirando de hilos, di con el nombre de la susodicha: Lucía.

Maldije su estampa. La de él y la de ella. Me puse histérica y terminé echándome a llorar y aporreando con todas mis fuerzas la almohada, como si fuese la causante de mis penas.

Por eso no le vi con muchas ganas de que fuera a aquel concierto... Por eso no paraba de animarme en el aeropuerto cuando me iba, viéndome tan apagada... ¡Así me quitaba de en medio una temporadita, para alternar con la otra tan tranquilo! Y de ahí que él se mostrara mucho más relajado ante mi partida.

Por supuesto, eso justificaba también para mí lo de los wasaps no contestados hasta la mañana siguiente, aquel pa de veces, durante mi estancia en mi país. ¡Qué hijo de su madre! Solo de imaginármelo aquellas noches en la cama con ella, se me revolvía el estómago. Porque para mí, a las claras, estaría con ella. ¡Qué sinvergüenza!

Ni que decir tiene, me pasé la noche en vela, con un rebote de cuidado y pensando cómo abordar la situación. En un momento dado, estuve tentada de bajarme esas fotos y enviárselas del tirón y armársela bien armada, pero eso no era mi estilo...

Capítulo 13



Me levanté temprano, a pesar de que apenas había dormido. Tenía una rabia tremenda y una presión en el pecho que no me dejaba respirar. ¿Cómo podía haber sido tan tonta?

A Mari Ángeles le tocaba currar de mañana aquel sábado, por lo que no podía siquiera llamarla para desahogarme hasta que volviese por la tarde. No sabía qué hacer, pero lo que tenía claro era que no me apetecía tampoco pasarme todo el fin de semana encerrada en casa. Con eso, lo único que conseguiría sería agobiarme más.

Pensando por dónde tirar, me acordé de Tomás y Eloy, una pareja de amigos gays que vivían en Segovia, a los que hacía bastante tiempo que no veía. La última vez que hablamos, me lo echaron en cara. Se habían gastado un dineral en reformar completamente el piso y estaban deseando que fuese por allí para enseñármelo. Quizás era un buen momento para hacerlo, por lo que llamé a Tomás.

—¡Corazón mío! Dichosos estos oídos—ese fue su saludo.

—Sí, tienes razón, Tomás, estoy perdida...

—Y tanto, ¿pero qué te cuentas, niña? ¿Cómo va todo por los madriles?

—Bueno...

—Uyuyuyyy... me da a mí que tú no estás bien, ¿no?

—No, la verdad —le reconocí.

—¿Qué te pasa, bonita? ¿Algún problema con la familia? ¿El trabajo?

—No, no, no van por ahí los tiros.

—¿Entonces?

—Tomás, en realidad te llamaba para saber qué planes tenéis este fin de semana.

—¿Nosotros?

—Sí, claro.

—Pues nada en particular, Caroline. Eloy compró ayer unas paletillas de cordero para meterlas al horno y...

—¿Cordero? Qué bien os cuidáis...

—Pues nada, ya sabes. Si gustas... pero vamos, que como no te mande un táper por Seur, no sé yo, porque mira que te cuesta dejarte caer por aquí.

—Por eso precisamente os llamo.

—¿En serio? ¿Vas a venir?

—Si me invitáis...

—¡Pues claro, chiquilla! ¡Qué ilusión por favor!—por su tono de voz, se le notaba que verdaderamente le encantaba la idea— ¡Eloy! Mira lo que dice la americana, que viene para acá a vernos.

—¿Que sí? ¡Pues dile que ya está tardando! —le escuché a su pareja por detrás—. Ahora mismo me bajo a la carnicería a por otra paletilla de cordero.

—¿Le estás oyendo? —me preguntó Tomás.

—Le oigo, sí, pero dile que no hace falta porque no tengo apetito, que yo me apaño con cualquier cosilla.

—Déjate de tonterías, anda. ¿Sobre qué hora vas a venir?

—Esa es otra, Tomás, no tengo ni idea. Voy a tirar ahora en un ratillo para la Estación Sur de autobuses a ver los horarios y ya te voy contando, ¿vale?

—Muy bien, querida. De verdad, ¡qué alegría más grande nos has dado! Ya verás qué chachi nos ha quedado la casa.

—Sí, ya lo vi en las fotos que me mandaste.

—Pues te digo yo que las fotos no le hacen justicia. Además, hemos comprado...

—Tomás —le interrumpí—, luego lo veo todo, que ahora no quiero enredarme mucho con el teléfono.

—Es verdad, venga, ya me vas diciendo.

Me duché a la carrera, me vestí y me di unos cepillazos a la ligera en el pelo. Después, agarré una bolsa de deporte y metí algo de ropa al tuntún, el neceser y varios tangers (esa es una manía que tengo desde siempre, llevar siempre ropa interior de más).

Cuando estaba ya esperando a que subiera el ascensor, abrí la puerta de casa y entré a cambiar de bolso. Cogí otro más grande en el que me cabía el portátil. Aunque no tenía que trabajar, pensé que podría aprovechar el trayecto en el bus para ir echándole un vistacillo a los artículos que debía redactar el lunes.

Pero como está visto que cuanto más prisa tengas, peor, me tuvo que tocar la china. Tampoco es que tuviera mucha importancia el asunto. En una de las estaciones, el metro se averió, colapsando las vías, por lo que nos obligaron a todos los pasajeros a bajarnos de los vagones y salir a la calle para buscarnos la vida.

En mi caso, continuando en taxi hasta mi destino, dada la poca distancia que me quedaba para llegar a Méndez Álvaro. No me compensaba estar esperando ningún autobús interurbano.

Ya en aquella estación, tuve que esperar cerca de media hora sentada en un banco la salida del siguiente autobús con dirección a Segovia, un rato que se me hizo eterno.

Por contra, el trayecto hasta la ciudad de mis amigos se me pasó volando, y es que, con la cabeza apoyada en la ventanilla, dándome el solecito, y el cansancio acumulado, pronto me rindió el sueño y no me desperté hasta minutos antes de llegar.

Como no era muy largo, hice a pie el recorrido entre la estación de buses de Segovia y la Plaza de la Castellana, esa acogedora urbanización, cercana al famoso acueducto romano, en que vivían Tomás y Eloy.

Serían las dos y pico de la tarde, buena hora, pues Tomás me había dicho que no comerían hasta las tres por lo menos, que tranquila...

Tranquila... Si él supiera la angustia que tenía yo...

Solo con la recepción que me hicieron ambos, supe que había hecho muy requetebién en desplazarme hasta allí.

Mis amigos enseguida me mostraron su súper pisazo.

La verdad es que lo habían dejado de dulce, con aquel suelo de madera de roble, esa cocina con isleta central, el jacuzzi en uno de los baños... ¡Me encantaba!

Y aparte, aun tratándose de una planta baja, la vivienda era muy soleada porque tenía la altura más bien de un primero alto, al estar el edificio sobre una pendiente.

Tomándonos los tres un vinito en la cocina mientras terminaba de asarse el cordero y Eloy iba preparando una buena ensalada, empecé a relatarles lo que me había sucedido.

Eloy, que estaba de espaldas, soltó el cuchillo y se volvió hacia mí.

—¿Pero le has bloqueado así sin más, niña?

—Como te lo cuento. Ya está todo dicho entre nosotros.

—A ver, cariño—era Tomás quien me hablaba ahora—. Yo no quiero hacer de abogado del diablo, pero pienso que deberías hablar con él.

—¿Hablar de qué, Tomás? ¿Vosotros no decís que una imagen vale más que mil palabras? Pues mira...

Abrí el face para mostrarles las fotos, y cuál no sería mi sorpresa que, al hacerlo, me encontré con una solicitud de amistad. ¡Era de Lucas!

—No me lo puedo creer—dije en voz baja.

—¿Qué pasa ahora? —me preguntó Tomás.

—Pasa que hay que ser jeta. ¡Ahora pretende ser mi amigo por aquí!

—¿Ves, querida? Eso es porque el chaval está intentando dar contigo para arreglarlo. Si ha visto que no puede hacerlo por wasap, pues claro...

—¿Arreglarlo, Tomás? Yo ya pasé lo mío con Roberto, y tú lo sabes bien. No pienso aguantarle ni media a nadie más. De eso puedes estar seguro.

—Bueno, a ver, enséñame esas fotos que decías—me pidió.

—Voy, dame un segundo que...

En ese segundo, lo que hice fue bloquear a Lucas también por allí. A continuación, me puse a buscar y rebuscar entre sus cientos y cientos de fotos.

—No puede ser, no puede ser...

—¿Qué pasa, mujer?

—¡Que no las encuentro, Tomás! El muy zorrón las ha borrado de anoche a ahora. Hay que ser muy tonto para hacer esa maniobra tratando de cubrirse las espaldas. Si me ha enviado una solicitud de amistad es porque ha visto que me he abierto una cuenta, por lo que debiera imaginar que posiblemente yo también haya visto ya esas fotos.

—Lo que no entiendo es que las tuviera visibles para todo Cristo. Qué poco prudente se ha vuelto la gente con esto de las redes. ¿Y de ella qué sabes? ¿Es de Madrid también?

—Supongo que muy lejos no debe vivir, pero no sé casi nada de su vida, solo que se llama Lucía. Lo sé porque en una de esas fotos había seis o siete comentarios, casi todos ellos de mujeres.

Abrí el perfil de todas esas personas uno por uno y... ¡zas! Me encontré de lleno con el primer plano de la tiparraca. Lo que pasa es que no había más datos de ella ni ninguna publicación, me refiero a ninguna publicación abierta. Esa debe ser más lista y las pondrá para sus amiguitos solamente.

—Y a todo esto, ¿qué le decía en el comentario?

—Nada. Solo le había puesto unas manitas dando palmas.

—Mira, corazón, yo no quiero influir en tu decisión porque eso es cosa tuya, pero sigo pensando que, en lugar de estar en plan detective, deberías hablar con él y dejarle que se explique. Será que como yo soy partidario del diálogo hasta sus últimas consecuencias...

—Y yo te sigo diciendo que ya pasé lo mío con Roberto. De nada me sirvió el diálogo, me lo negaba todo por sistema, y al final... bueno, tú ya lo sabes, para qué voy a repetírtelo. No estoy dispuesta a perder el tiempo con las mismas historias.

—Bueno, eso también depende de lo que a uno le importe la otra persona, pienso yo —soltó Eloy, que seguía con su ensalada pero atento a lo que hablábamos.

—No, Eloy, no. No pretendas insinuar que Lucas no me importa. Te aseguro que le quiero con el alma y que estoy muy enamorada de él, pero yo también tengo mi orgullo y no pienso tolerar más cuernos. Hasta ahí podíamos llegar.

—Yo ya no te digo nada más, cielo—abrió la puertecilla del horno para controlar el cordero—. Esto ya está, así que vamos a dejar a Lucas un ratito y nosotros, a comer. Ummm... cómo huele esto.

Y mejor sabía aún. El cordero estaba para chuparse los dedos, al igual que el tocinillo de cielo que el propio Eloy había preparado también; un menú muy típico y sabroso por el que cualquiera hubiera dado su reino, pero que a mí me vino grande porque tenía el estómago cerrado.

Tuve que hacer un esfuerzo sobrehumano para no dejar mucho en el plato, y es que no quería hacerles ese feo.

Mis amigos se alegraron mucho al saber que mi intención era quedarme allí con ellos todo el finde. Quizás penséis que yo también tenía mucha cara auto invitándome de semejante manera, pero os aseguro que la confianza entre nosotros iba mucho más allá, por motivos que, de exponerlos ahora, me enredaría bastante, y no quiero desviarme del tema.

Siguiendo por donde iba; después del almuerzo, me tumbé en la cama del dormitorio que Tomás y Eloy me habían asignado. Seguía cansadilla y quería dar una cabezadita, pero antes de cerrar los ojos agarré el móvil para echarle un vistazo.

Tenía cuatro intentos de llamada de Lucas en el listado de llamadas “Recientes”, las mismas que no habían llegado a sonar porque ya me encargué bien de bloquearle también por allí cuando lo hice por wasap. Y hablando del wasap, tenía uno de Mari Ángeles que no había escuchado.

Ella: ¿Cómo estás, niña? Ya vi que te fuiste bastante apática anoche. En cuanto acabe de currar, te llamo y nos vemos si te apetece.

Yo: Gracias, Mari Ángeles, pero no estoy en casa. Me he cogido un bus y estoy en Segovia, en casa de Tomás y Eloy.

Solté el teléfono en la mesilla para descansar un poco, pero minutos después me sonó la notificación. Era ella nuevamente.

Ella: ¿Que estás en Segovia? No me lo puedo creer...

Yo: Pues créetelo.

y **Ella:** ¿Cómo es que te ha dado por ahí? Sabes que esta noche tocan en el barrio de Salamanca...

Yo: Pues me alegro por ellos. Yo paso.

Lo siguiente suyo fue el emoji ese con cara de espantado, pero no uno, sino media docena por lo menos.

Yo: Escucha, Mari Ángeles, ¿has salido ya del hospital? ¿Puedo llamarte?

Ella: Sí, sí, voy de camino a casa, pero llámame, porque te juro que no entiendo nada.

Mi amiga se quedó sorprendidísima al enterarse de todo lo que averigüé. Por su parte, me contó que había estado hablando con José Luis sobre el tema de lo de aquella bicho queriendo sonsacarle algo y que este le había dicho que no la había visto nunca, que no sabía quién era.

—Claro, ¿qué te va a decir él, Mari Ángeles? Date cuenta de que ellos son amigos y compañeros, por lo que no puede delatarle. Ellos se taparán unos a otros. Pero ya ves tú la maldad de Lucas, que ha borrado corriendo las fotos con la Lucía esa.

ⁿ —Madre mía, anda, cálmate un poco. Voy a entrar en la boca del metro y se me va a perder la cobertura, pero llámame cuando quieras.

Ella: ¿Cómo es que te ha dado por ahí? Sabes que esta noche tocan en el barrio de Salamanca...

Yo: Pues me alegro por ellos. Yo paso.

Lo siguiente suyo fue el emoji ese con cara de espantado, pero no uno, sino media docena por lo menos.

Yo: Escucha, Mari Ángeles, ¿has salido ya del hospital? ¿Puedo llamarte?

Ella: Sí, sí, voy de camino a casa, pero llámame, porque te juro que no entiendo nada.

Mi amiga se quedó sorprendidísima al enterarse de todo lo que averigüé. Por su parte, me contó que había estado hablando con José Luis sobre el tema de lo de aquella bicho queriendo sonsacarle algo y que este le había dicho que no la había visto nunca, que no sabía quién era.

—Claro, ¿qué te va a decir él, Mari Ángeles? Date cuenta de que ellos son amigos y compañeros, por lo que no puede delatarle. Ellos se taparán unos a otros. Pero ya ves tú la maldad de Lucas, que ha borrado corriendo las fotos con la Lucía esa.

—Madre mía, anda, cálmate un poco. Voy a entrar en la boca del metro y se me va a perder la cobertura, pero llámame cuando quieras.

Capítulo 14



El domingo, en lugar de quedarnos en casa como hiciéramos el día anterior, salimos de “excursión” por iniciativa de Tomás. Los chicos estuvieron debatiendo entre ellos a dónde ir y al final se decidieron por llevarme a Pedraza.

A mí, que aparte de no conocer nada de los alrededores de Segovia, seguía con mi erre que erre interno, lo mismo me daba tirar para un lado que para otro.

—Eso sí —les advertí antes de salir—, tampoco podemos liarnos mucho, que luego tendré que coger el bus de vuelta a Madrid.

—Buahhh... si Pedraza está ahí al lado, como quien dice. Y a todo esto, digo yo una cosa, cariño, ¿tú no te has traído el portátil? —me preguntó Tomás.

—Sí, ¿por?

—¿Y qué prisa tienes por irte? Esta es tu casa, lo sabes.

—No es por prisa...

—Pues por nosotros no tengas ningún apuro, ¿eh? No tienes por qué irte esta noche. Ni mañana. Es más, te puede quedar unos diitas con nosotros. ¿Verdad, Eloy? —miró a su pareja.

—A mí no me tienes que preguntar nada. Eso se da por descontado. Lo que tú decidas, bien estará—esto último me lo decía ya a mí.

—Bueno, yo os lo agradezco mucho, pero aún no lo tengo claro. De momento, vámonos y, según vaya sucediendo el día, ya os diré después qué hago.

—Muy bien. ¡Hala! Arreando, que es gerundio.

Acurrucado entre murallas, a unos cuarenta kilómetros de Segovia, Pedraza es un pueblo pequeñito pero que tiene su mucho encanto. No en vano está considerado como uno de los más bonitos de España.

Como curiosidad, destacar que la única forma de acceder a él es a través de la puerta de su muralla, de la misma forma en que se hacía siglos atrás, lo que le da ya de entrada un ambiente medieval muy atractivo para cualquiera.

Con la Sierra de Guadarrama al fondo, esta bonita villa de casonas de piedras, que también cuenta con una iglesia románica y su propio castillo, se engloba también entre las mejores villas medievales del país.

—Bonito, ¿verdad? —llegó a preguntarme Tomás mientras paseábamos por sus calles empedradas.

—Es como de cuento, sí señor.

—Pues mira, ahí precisamente —señalaba el castillo— se han rodado bastantes cosas. ¿Tú no has visto la serie de “Isabel”?

—¡Ay, sí! Hace ya bastante tiempo, pero sí que la vi.

—Entonces te sonará todo esto.

—Es verdad, ¡qué chulada!

—Y más que te va a gustar el sitio donde vamos a comer. Ya me lo dirás luego.

Comer... Si ellos supieran las poquitas ganas que tenía yo de llevarme nada a la boca... y es que por mucho que los pobres se empeñaran en tenerme distraída, Lucas no salía de mi cabeza.

¿Qué estaría haciendo? ¿Qué pensaría él también? El que yo estuviera tan cabreada no quería decir que le hubiera olvidado de la noche a la mañana.

Quieras o no y actúes como actúes, los sentimientos no son tan fáciles de erradicar de un día para otro, y menos aún en mi caso, con todo lo que aquel hombre me había hecho sentir durante los meses compartidos.

No podía evitar acordarme también de las muchas cosas bonitas que habíamos vivido... de nuestra primera noche... de la cantidad de veces que me había dedicado la canción de M Clan sobre los escenarios... de la ilusión con que preparó aquel viaje a Chauen como regalo por mi cumpleaños... de aquel domingo en el río de La Pedriza... de aquel otro en el lago de la Casa de Campo... del tren de la Fresa hacia Aranjuez...

Y otras tantas y tantas sorpresas de las suyas; demasiados recuerdos enternecedores como para borrarlos del tirón

: de mi mente, pero lo que había era lo que había.

El sitio donde terminamos comiendo los chicos y yo tampoco tenía desperdicio; un formidable restaurante con terraza-jardín, donde servían los tradicionales platos de cocina castellana. En aquella casona antigua de vigas de madera y mesas vestidas con mantelerías de un blanco immaculado, ellos se encargaron de elegir por los tres. Para mí, la comida era lo de menos en ese momento.

De entrante, pidieron una ensalada de perdiz escabechada y unos pimientos rojos asados con ventresca. Luego, sopa de picadillo y medallones de ciervo en salsa cazadora. Como postre, el típico ponche segoviano, algo que no había probado nunca pero que me encantó y me zampé entero, pese a mis pocas ganas de abrir la boca.

A la hora de pagar la cuenta, saqué la cartera del bolso con intención de invitarles, pero mis amigos se negaron rotundamente.

—¡Quita! ¡Guarda eso ahora mismo! —Tomás me dio un golpecito en la mano.

—Por favor, dejadme que os invite. Ayer me invitasteis vosotros en vuestra casa.

—Eso no cuenta—soltó Eloy—. Además, estás en nuestro territorio. Cuando bajemos nosotros a Madrid, ya nos invitas allí si quieres.

—¿Le has escuchado, Caroline? —con esas palabras, Tomás buscaba poner fin la polémica.

—Lo he escuchado. Pues ya sabéis. Por allí os espero. Me debéis una visita, chicos.

—¿Y ahora qué? ¿Un cafelito en Prádena? —propuso Tomás.

—¿Está muy lejos de aquí?

—En absoluto. Está a un tiro de piedra.

—¿A un tiro de piedra? —pregunté, extrañada por la expresión.

Mis amigos se miraron y sonrieron.

—Ya veo que no lo has escuchado nunca. Quiere decir que está bastante cerca. —me aclaró Tomás.

—La verdad es que no, que es la primera vez que lo oigo, pero tomo nota.

—Qué arte, chiquilla. Pues eso, ¿qué distancia puede haber desde aquí, Eloy? Serán unos doce o trece kilómetros nada más, ¿no?

—Más o menos. En un cuarto de hora en coche nos plantamos allí —le respondió aquel.

—Genial, vamos entonces —dije.

—Lo mismo, con suerte, hasta podemos ver la Cueva de los Enebralejos —Eloy miró el reloj.

Ese segundo pueblecito segoviano también tenía su puntillo. Y sí, sí tuvimos la oportunidad de adentrarnos en aquellas fantásticas cuevas de stalactitas y stalagmitas. Ahora bien, pasé algo de frío dentro de aquellas galerías que también incitaban a soñar, y es que una, allí dentro, trataba de imaginar cómo sería la forma de vida de los antiguos habitantes de la zona, miles de años atrás.

A Lucas le hubieran encantado, pensé al salir de aquel paraíso natural. Como veréis, para bien o para mal, lo tenía en mente en todo momento.

La tarde iba cayendo, por lo que después del café en la terraza de un bar de las inmediaciones del ayuntamiento, decidimos ir tirando hacia Segovia.

—¿Entonces qué? ¿Te vuelves para Madrid o te quedas con nosotros?

La pregunta de Tomás me hizo dudar por unos instantes. A decir verdad, me encontraba muy a gusto con aquella pareja, pero no tenía sentido prolongar mi estancia en su casa.

Aunque sabía que me lo ofrecían de todo corazón, ¿qué pintaba yo el lunes en Segovia? Tanto el uno como el otro tenían que trabajar, Tomás, en la oficina del BBVA donde estaba de encargado, y su pareja, como funcionario en el ayuntamiento.

—De verdad que os lo agradezco, he disfrutado muchísimo de vuestra compañía, pero será mejor que me vaya ya para Madrid.

—Como tú veas, Caroline.

Era mi Tomás, al que más cariño tenía de los dos, y no es que no quisiera a Eloy, que también, pero entre las amistades siempre hay una predilecta y en este caso yo me inclinaba por aquel calvito mío que había sido mi mayor confidente y mi mejor asesor en todos los avatares, antes de conocer a Mari Ángeles.

Mi amistad con ella también surgió de pura casualidad. Solo la conocía de vista, pues nos habíamos cruzado y saludado más de una vez en el portal o en el ascensor, pero no empezamos a hablar hasta aquel mediodía en que coincidimos en la panadería de debajo de casa.

Cuando fue a sacar la cartera para pagar su compra (una simple barra de pan), Mari Ángeles se dio cuenta de que no la llevaba en el bolso. La pobre no paraba de buscar y rebuscar, poniéndose nerviosa.

—Si yo juraría que la llevaba...—le decía a Ana, la panadera.

—No te preocupes, mujer, ya me lo pagarás mañana.

—Si no es ya por eso, es que como haya perdido mi cartera me da algo—se la veía muy apurada, lo cual era bastante lógico.

No me lo pensé dos veces. Saqué un par de euros de la mía y los puse sobre el mostrador.

—Toma, cóbrate lo mío y lo de ella—le pedí a la chica.

Mari Ángeles se giró y me miró.

—Ay, muchas gracias, vecina. Ahora en cuanto llegue a casa me bajo a dártelo.

—Tranquila, que un euro no me va a sacar de pobre —le contesté.

Pero dicho y hecho, porque mi vecina del ático subió a su casa y llamó a mi puerta a renglón seguido, con el euro en la mano. A partir de ahí fuimos cogiendo cada vez más confianza, hasta llegar al punto que ya habéis visto.

De nuevo me he vuelto a ir por las ramas, pero no he podido evitarlo...

Pues nada, estábamos en que me iba ya de regreso a Madrid. Mis amigos me acompañaron a la estación. Más que eso, pues no se movieron de allí hasta el mismísimo momento en que el autobús arrancó y se puso en marcha.

Domingo por la tarde... Si de por sí esa franja horaria del fin de semana ya es tediosa para mucha gente, cuando se tiene una pena en el alma como la que yo tenía entonces, la cosa se multiplica por diez. Digo por diez por decir algo, claro. ¿Cómo se pueden medir esas cosas?

Procuré distraerme un poco por el camino, enviando solicitudes de amistad por face e insta a gente de mi entorno más íntimo, como Sharon, Amy o Amelie, sin olvidarme de mi hermana, que era una entusiasta total de las redes : se pasaba todo el día publicando y compartiendo cosas.

¡Quién me ha visto y quién me ve!, me dije para mis adentros. Al final, yo también había entrado por el aro, aunque también pensé que el meterme en aquel mundillo paralelo había sido circunstancial y que no me engancharía a él.

Y lo mismo estáis pensando, y con razón, que para no haber entrado nunca en ese tipo de aplicaciones, las manejaba con bastante soltura, pero todo tiene su explicación.

Aunque es cierto que nunca me había dado por ello, me había tocado escribir algún que otro artículo relacionado con esos temas. De ahí que hubiera tenido que informarme en profundidad sobre sus entresijos metiéndome en San Google. Estas cosas funcionan así. Todo es información compartida...

Entre pitos y flautas, cuando quise aparecer por casa eran cerca de las diez de la noche. Como me fui directa para adentro sin encender la luz de la entrada, no vi aquel trozo de papel tirado en el suelo de la entrada hasta bastante después, cuando ya había sacado las cosas de la bolsa de deporte e incluso había hecho la cama y arreglado un poco el dormitorio, pues me había largado el día anterior dejándolo todo manga por hombro.

Iba para la cocina a coger un poco de jamón york y me lo encontré allí detrás de la puerta. El papel no era muy grande, sino algo así como un cuarto de folio y estaba doblado por la mitad.

Intrigadísima, me agaché a recogerlo y... ¡chantatachán! ¿Qué diréis que era? Apuesto por que os lo imagináis. Claro que era una nota que me había dejado Lucas, pero lo que no sospecháis es lo que ponía...o quizás también, pero ni de coña se os pasará por la cabeza la grandísima metedura de pata suya, escrita con todas las letras al final del mensaje...

“Tenemos que hablar. Por favor, llámame, Lucía”

A todas luces, aquello debía tratarse de una mala jugada de su subconsciente, porque me dije que eso no podría haberlo hecho a posta de ninguna de las maneras, pero para mí lo único que contó ya era justamente eso: que tenía muy presente a aquella tipa. Pues nada... ¡Que hablase con ella!

Lo cuento ahora como el que no quiere la cosa, pero la realidad era bien distinta. Con aquella nota, Lucas lo único que había conseguido era inyectarme de golpe otra buena dosis de veneno en las venas.

Y ya, para completar la noche, mi querido vecinito dándole sin parar a la batería, tocando las canciones más cañeras de AC/DC y los Escorpions. En su estilo, vaya.

A ese también me entraron ganas de abrirle la cabeza...

y

2

1

)

Capítulo 15



LUCAS

-

La mañana siguiente al concierto en San Sebastián de los Reyes, en cuanto me desperté, se me vino al pensamiento el follón que me había armado Lucía allí delante de todo el mundo.

Por supuesto que la conocía, y bien, pero si lo negué categóricamente, mis razones tenía. Caroline, mi chica, era una mujer adorable en todos los sentidos, más allá de la cuestión meramente física. Mi rubita no solo tenía una cara preciosa y un cuerpo de escándalo. Además, era trabajadora, culta, inteligente, educada, sensata y, para más inri, bailaba y cantaba como los ángeles. En fin, que tenía todo lo que cualquier hombre que se precie desearía en su compañera.

Pero... y aquí viene ese “pero” que me obligó a soltar esa mentirijilla, también tenía un puntillo celoso al que yo le tenía. En más de una ocasión habíamos tenido algún roce a cuenta de esto. Y os garantizo que yo no le daba ningún motivo para ponerse celosa, creedme.

Es verdad que a los músicos se nos acercan muchas mujeres con ganas de ligoteo, no lo niego, pero desde que conocí a Caroline, yo ya no tenía ojos para ninguna más. Procuraba esquivar siempre diplomáticamente los “lances” de otras chicas, que casi nunca me faltaban al bajarme de los escenarios, al igual que les ocurría a mis compañeros.

La música es muy poderosa y también tiene ese imán. Si no, que me digan a mí si es envolvente, que cuando me encierro en el local para ensayar con ellos, la cabeza se me va con las notas del bajo y se me pasan las horas muertas sin darme cuenta, como si no existiera el mundo.

Esta circunstancia precisamente había dado lugar a alguna que otra “aspereza” entre Caroline y yo, durante su estancia en Colorado. Parecía no entender que siempre he querido lo mejor para ella, y que si aquellas dos noches en que vi sus mensajes ya tardísimo y no se los contesté hasta por la mañana, lo hice por no interrumpir su descanso, pues sabía que se levantaba bastante temprano para currar y que luego arrimaba a base de bien el hombro en el rancho para ayudar a su padre.

Entendía su cansancio y tan solo quería respetar sus horas pertinentes de sueño. No había más, pero aunque se lo expliqué tal cual lo hago ahora, me quedé con la sensación de que no se quedó muy convencida. De ahí que en los días sucesivos estuviese más atento que nunca al móvil, sin despegarme de él (si os cuento todo esto, es para que entendáis un poco mejor el pánico que me entró cuando la otra apareció en escena tan inoportunamente. No tuvo peor día para hacerlo).

No podía ser. No se puede estar así, y me dije que, a su vuelta, cuando tuviésemos tiempo de charlar tranquilos, le expondría que necesitaba que confiase plenamente en mí para que nuestra relación prosperara. No es que estuviésemos mal ni mucho menos, todo lo contrario, pero las cosas, como son: fundamentalmente, lo nuestro iba bien a costa de estar uno siempre en tensión. Eso tampoco me parecía justo...

El viernes, cuando mi rubita llegó al aeropuerto, casi me estrello por el camino con la furgoneta. Entre el temido retraso de la consulta, el dejar a mi madre en casa, el caos del tráfico madrileño hasta enganchar la carretera hacia el aeropuerto... pues eso, que se me echó el tiempo encima y veía que no llegaba. Aparte de estar ansioso ya por verla, no quería hacerla esperar.

Y como al perro flaco todo se le vuelven pulgas, el día se me enredó ya por completo. No solo tenía que ir a recoger el baffle a la otra punta de Madrid. También tenía que pasarme a media tarde por el local donde tocaríamos, pues el dueño, agobiadísimo, me había comentado que tenía unos problemas con el sistema de iluminación de la terraza, que había que solucionar cuanto antes.

Tuve que resolver otras cuestiones más que omitiré para no extenderme mucho, pero os diré que aquel viernes no tuve tiempo ni de comer.

Y si complicado había sido el día, el final ya fue el colmo, con la aparición repentina de Lucía y de su amiga Lola tan mala como ella. Cuando, subido al escenario, las vi aparecer poco después de empezar el segundo pase, me descompuse entero y, a partir de ahí, me costó lo mío no perder la concentración.

Desde la distancia ya percibía sus provocaciones. Sabía que en cualquier momento me la iba a liar y no me equivoqué.

Tiempo atrás, había mantenido una relación con Lucía que se acabó definitivamente un par de meses antes de conocer a Caroline. Y digo definitivamente porque lo mío me costó también quitármela de encima y que me olvidase, o eso creía yo, que me había olvidado y que no me iba a molestar nunca más... Bastante lo había hecho ya en el pasado.

No puedo negar que a ella también la quise mucho en su momento, de ahí que aguantara a su lado algo más de un año, con la esperanza de que cambiase. Pero no hubo manera.

Lucía era la antítesis de Caroline. Bebía mucho más de la cuenta, fumaba como un carretero (no solo tabaco) y

llevaba una vida de lo más desorganizada en todo y por todo.

s

Su casa era un auténtico caos. Los trabajillos sueltos que pillaba (y que apenas le daban para comer) le duraban un suspiro, debido a su irresponsabilidad; malo todo esto cuando estás solo, pero cuando tienes una cría de tres años a tu cargo, la cosa ya es de juzgado de guardia.

Aparte de todo lo dicho, Lucía solo pensaba en fiestas y más fiestas en plan bestia. Y para poder pegarse las juergas que se pegaba hasta que no quedaba un solo garito abierto ya en Madrid, solía dejar a su niñita a cargo de sus padres o de cualquier amiga que se prestase a ello. Yo no podía seguirla en aquel desmadre de vida.

Cuando la dejé, lloró, pataleó...en fin, un drama total, y es que decía que me quería mucho y que estaba dispuesta a cambiar por mí. Lo de siempre. Yo dudaba que lo hiciese si no lo había hecho ya. El caso es que no dejó de insistirme hasta que, un par de semanas después, logró que le diese una segunda oportunidad.

Lejos de enmendarse, fue a peor en todos los aspectos, por lo que, sintiéndolo mucho, un día, después de una faena gordísima que me hizo, le dije que se terminó la historia. Que ya podía llorar más que Jeremías, que conmigo se le había acabado el cuento.

Había sido una persona nefasta en mi vida y quería olvidarme por completo de su existencia, por lo que, después de dar aquel paso definitivo, incluso borré todos nuestros vídeos y fotos, tanto en el móvil como en las redes, donde había colgado cientos y cientos de ellos. Imaginaros todos los que tenía, pues habíamos estado juntos más de un año, como ya he dicho.

Pero ahí no quedó la cosa. La gota que colmaría el vaso estaba por llegarme todavía, y es que aquella energúmena en su ira, se vengó de mí días después de la forma más vil que podía hacerlo: poniéndome una denuncia falsa por malos tratos. Una denuncia por malos tratos... a mí... ¡¡¡Encima!!! ¡Con lo que le había aguantado!

Casi me da un infarto, aunque aquello, como es natural, no prosperó. Lucía tendría que demostrar ante un juez la sarta de barbaridades que había soltado por su boca y, claro, no tenía ni una prueba de nada.

En la denuncia constaba que le había roto en dos trozos una flauta nueva, que la insultaba constantemente... Hasta se atrevió a decir que le había llegado a dar cierta noche tal puñetazo en la cara que estuvo varios días con un moratón en el pómulos izquierdo (la realidad es que se había caído en el baño y se dio contra la cisterna del pedo que llevaba en lo alto, lo que le provocó ese moretón en la mejilla)

Leyendo todas esas injurias, solo me faltó darme un cabezazo contra la pared. ¡De locos! Si algún día se me ocurre insultar a una mujer o levantarle la mano, solo pido que me maten directamente. En cambio, ella sí que me había faltado el respeto en varias ocasiones, con insultos que prefiero reservarme porque siento hasta vergüenza ajena recordándolos. Y no solo fueron insultos...

Pues bien, en vista de que aquel numerito de la falsa denuncia tampoco le sirvió de nada, debió resignarse al fin y se quitó de en medio. No volví a saber de ella... hasta esa noche, el mismo día en que volvió Caroline tan ilusionada por verme.

a

¡La mierda de la coincidencia!

Entendía que mi chica estuviese molesta, pues se vio envuelta en una movida gorda sin comerlo ni beberlo, por salir en mi defensa. Entendía que se mostrara un poco fría. Entendía hasta que prefiriese dormir sola aquella noche, aunque yo estuviera deseoso de pasarla con ella. Podía entenderlo todo, menos lo que hizo conmigo.

No lo descubrí hasta que, aún en la cama, abrí el wasap para darle los buenos días. Necesitaba saber cómo estaba, ansiaba verla, ir a buscarla cuanto antes para echar juntos el día... Y nada de eso fue posible porque me encontré con que me había bloqueado.

Intenté llamarla, pero tampoco hubo manera. Insistí varias veces a lo largo del día con las llamadas, y nada. Su teléfono estaba muerto.

No me lo podía creer ni bien ni mal. Eso no me podía estar pasando a mí. ¿¡Por qué, Dios mío?!

Salté de la cama, me vestí a la velocidad del rayo y tiré volando para Madrid con la furgoneta, sin tomarme ni siquiera un café. Iba de camino a su casa con un dolor de cabeza tremendo y con el corazón en un puño, acordándome de la otra y maldiciéndola para mis adentros.

Caroline no me abrió la puerta. Llamé al timbre no sé cuántas veces, pero mi esfuerzo fue en vano. Pegué a la oreja para ver si escuchaba algún ruidito dentro, algún indicio de que estaba allí, pero nada.

Con la esperanza de que saliera tarde o temprano, me senté en las escaleras del piso de más arriba, desde donde no se me viese, presto a abordarla para hablar con ella.

Cogí el teléfono y la volví a llamar, pero más de lo mismo. Por distraer un poco la cabeza mientras esperaba, abrí el face y...me encontré con su foto y su nombre entre tantas "Personas que quizás conoces". Caroline se había abierto una cuenta, lo cual me extrañó muchísimo porque detestaba lo de las redes, pero ahí estaba.

Inmediatamente, le envié una solicitud de amistad, aunque sin ninguna esperanza de que me la aceptara, visto lo visto. Su perfil estaba completamente vacío. Me puse a revisar el mío; los vídeos que nos mandaban nuestros seguidores e iba colgando... los post anunciando las fechas de los conciertos, las fotos con muchos de ellos, con el grupo, con mis amigos, con mi hermana, en fiestas de cumpleaños...

Y así fue como me encontré con algunas fotos de Lucía que se me debieron pasar por alto en su día. Creía haberlas borrado todas. No quería nada que me la recordase, por lo que eliminé de inmediato esas tres o cuatro

fotos sueltas en que aparecía conmigo.

De repente se me encendieron las luces. Solo tuve que sumar dos más dos para dar con la pieza que me faltaba en el rompecabezas. Caroline ya tenía cuenta de face y yo tenía ahí en mi muro algunas fotos con la otra, configuradas como “Público”.

Noté cómo se me subía la sangre a la cabeza. ¡La que se había liado por semejante estupidez! Ahora entendía un poco mejor el rebote de Caroline. Lo hice mal. Debiera haberle explicado sobre la marcha quién era aquella tipa a la que se llevaba el portero escaleras abajo, borracha perdida, y no mentirle diciéndole que no la conocía de nada.

Volví a llamar a su puerta, con el mismo resultado. La casa permanecía en silencio absoluto. ¿Dónde se habría metido?

Estaba desesperado y no sabía ya qué hacer. Necesitaba hablar con ella para explicárselo todo. Lo único que se me ocurrió fue dejarle una nota, pero no tenía con qué hacerlo. Recordé que debía tener algún boli por la guantera de la furgoneta, así que bajé a la calle a buscarlo. Encontré también un albarán antiguo entre los papeles.

Lo recorté y me quedé con el resto del folio en blanco. Con ambas cosas en la mano, volví a subir. Estaba atacado de los nervios. Me apoyé en un escalón para escribir aquella escueta nota, la doblé y, sin más, se la metí por debajo de la puerta.

“Necesito hablar contigo. Por favor, llámame, Caroline”. Porque había puesto Caroline, ¿no?, me pregunté. Por un momento, me asaltó la duda, y es que el coco me iba a estallar. ¡Qué locura!

Traté de calmarme un poco. Fuese cuando fuese, vería mi nota y quizás se ablandara. Además, me quedaba todavía otro palillo que tocar: explicárselo todo a Mari Ángeles y pedirle que intercediese por mí.

,

A esas horas, debía estar aún tan tranquila en casa de José Luis, pero ya la vería luego por la noche en el concierto que íbamos a dar en el barrio de Salamanca, puesto que la amiga de Caroline tampoco se perdía ni uno desde que empezó a salir con el guitarrista de mi grupo.

Desafortunadamente, no la vi tampoco esa noche porque no pudo venir, y es que le tocó cubrir el turno de guardia nocturna de una compañera que se había accidentado, según me contó José Luis.

Harto de lo que aquella sinvergüenza de mi ex había provocado con su aparición, el domingo le puse una denuncia por acoso, relatando punto por punto lo acontecido. Lo mío sí era real. Tenía testigos de lo que decía.

Que la denuncia prosperase o no, eso ya estaba por ver, pero yo hice lo que me pedía el cuerpo: darle su merecido a ver si de ese modo seguía a lo suyo y me dejaba vivir en paz a mí de una vez.

e

,

1

)

1

a

,

Capítulo 16



Aquel domingo, poco después de tirar la nota de Lucas a la basura, recibí la llamada de Alfonso, uno de mis jefes. Me extrañó un tanto, no solo por ser domingo, sino por la hora...

—Buenas noches, Caroline.

—Buenas noches.

—Sé que es un poco tarde, discúlpame. ¿Te pillo en mal momento?

—No, no te preocupes —le contesté, intentando animar el tono de voz para que no se me notase la ira contenida.

—Te comento. Mañana comienza un congreso en Sevilla sobre periodismo digital, donde se expondrán seis nuevos proyectos muy interesantes. Me preguntaba si estarías dispuesta a asistir.

—¿En Sevilla? —le pregunté alarmada.

—Sí, en Sevilla. ¿Por qué? ¿No estás en España?

—Sí, bueno... en realidad, acabo de volver, como aquel que dice.

—Bien. He pensado en ti y en Montse. Creo que sería una buena oportunidad para vivir de cerca las últimas tendencias en comunicación. El congreso empieza mañana a las cuatro de la tarde y termina el miércoles a mediodía.

—Ya...

Después de ese “ya”, me quedé en silencio.

—¿Estás ahí, Caroline?

—Sí, sí, perdona.

—Ah, vale, pensé que se había cortado.

—No, sigo aquí, Alfonso.

—Me da la sensación de que no te ha hecho mucha gracia la idea. Si es así, me lo dices y no hay ningún problema que no estés obligada a nada.

—No, no, de verdad.

—Pues eso, que quería saber si estabas dispuesta a ir. Ya he hablado también con Montse y me ha dicho que sí, que encantada.

—Y yo. Cuenta conmigo también, Alfonso.

—Vale, pues en un rato te mando por mail el billete del AVE. He esperado hasta última hora para hablaros a las dos porque estaba pendiente de las plazas, me refiero al congreso.

—Estupendo, será una bonita experiencia.

—Pues no se hable más. Confirmo también las reservas del hotel y ahora os paso toda la información.

—Muy bien. Y muchísimas gracias por acordarte de mí, Alfonso.

—De nada. Ya sabes cuál es mi lema. A los buenos trabajadores hay que cuidarlos e incentivarlos.

—Gracias de nuevo por tus palabras, Alfonso.

Esperé impaciente la entrada de su mail con los billetes y demás. Había escuchado hablar de Montse muchas veces, pero todavía no le había visto la cara a aquella catalana residente en la capital, que también estaba muy bien mirada en la empresa.

Me esperaban otros tres días fuera de casa, en una ciudad que no había pisado nunca, con una completa desconocida y la cabeza atolondrada, pero no podía decirle que no a Alfonso. Por otro lado, sería algo muy positivo, y es que siempre está bien acudir a ese tipo de congresos, pues en la práctica se traducen en algo así como cursos de reciclaje.

Tocaba ponerse en marcha de nuevo, aunque no me pensaba llevar el maletón con el que viajé a Colorado, lógicamente. Serían solo tres días, de manera que tendría que revisar bien el armario para ver qué meter en la otra maleta más pequeña.

Al final, me costó cerrarle la cremallera, lo que suele pasar cuando te pones a guardar zapatos, bolsos de repuesto a juego con la ropa, neceseres y tal. Las planchas del pelo tuve que meterlas en el bolsillo de fuera porque no me entraban ya entre la ropa.

^l, Hablando de pelo... me miré al espejo y pensé que me hacía falta un buen recorte en las puntas. A la vuelta, me pasaría por donde Tamara para que me cortase un poco la melena.

En aquel mail, Alfonso me había enviado el teléfono de Montse para que nos pusiésemos en contacto. Aquella mujer con la que viajé en el AVE resultó ser de mi misma edad y bastante simpática.

La periodista catalana no paró de hablar en todo el camino... que si su marido, que si sus dos niños, que si su madre... Y cuando se interesó por mi vida personal, le dije que estaba soltera y sin ningún compromiso.

No tenía ninguna gana de contarle mi historia, por lo que mi turno lo pasé hablándole de mi reciente viaje a Colorado, de la universidad en que estudié la carrera, de los motivos que me llevaron a instalarme en España y cosas de esas; cosas personales también pero menos íntimas.

La verdad es que la experiencia en el sur fue fantástica, y no solo por el congreso en sí. Los ratos libres, Montse y yo los dedicamos a recorrer los rincones más emblemáticos de la ciudad. Sevilla... ahora entiendo por qué atrae tanto turismo de todos los rincones del planeta.

Me llamó muchísimo la atención, por ejemplo, la cantidad de asiáticos montándose en coche de caballos en la plaza de la catedral, dispuestos a disfrutar de lo mejor del centro, en ese original medio de transporte. Que digo yo que las vueltas en calesa serían por el centro, vaya. No creo que aquellos cocheros terminasen el recorrido en Tarifa.

Por otra parte, Alfonso tuvo el detalle de alojarnos en uno de los mejores hoteles de la capital andaluza. Como digo, fue un viajecito muy guay en todos los aspectos, aunque mi cruz seguía llevándola por dentro.

ⁿ La vuelta a Madrid resultó peor, me refiero al viaje en aquel tren de alta velocidad, puesto que tuve que salir corriendo al baño para vomitar en un par de ocasiones. Además, estaba un poco mareada.

—Qué pena, mujer, con lo bien que iba todo—se lamentaba Montse.

—Dímelo a mí.

—Se pasa muy mal, pero yo, afortunadamente, soy muy dura para vomitar. Que yo recuerde, no he vuelto a vomitar desde los embarazos de mis hijos.

Sus palabras me cayeron como un jarro de agua fría por lo alto, y es que yo tampoco era de vomitar.

—Debe haber sido la ensaladilla que hemos comido antes de los boquerones, Montse. Estaba muy rica, pero la noté un poco ácida.

—Cierto, a mí me ha pasado igual, pero vamos... que yo estoy bien.

No, no hay motivos para alarmarse, me dije, queriendo apartar esa posibilidad de mi mente. Lucas y yo siempre habíamos tenido cuidado. Además, hacía ya cerca de un mes desde la última vez que nos acostamos.

De vuelta ya en Madrid, pedí cita en el salón de peluquería y estética de Tamara. Me la dieron para el día siguiente a las cinco de la tarde. Cuando me vio aparecer, mi esteticista de confianza me saludó más cariñosa que de costumbre.

—Ya era hora de que te dejaras caer por aquí, guapa—me soltó a continuación—, que no hay quien te vea el pelo, y nunca mejor dicho.

—Y que lo digas. Mira qué desastre —me agarré un mechón, mostrándole las puntas abiertas —, como que hace un siglo que ni me doy la mascarilla hidratante.

—Tranquila, verás qué pronto arreglamos eso. Pasa por aquí, corazón.

Tamara me condujo hasta el lavacabezas, esa especie de mueble, en teoría, diseñado para un lavado cómodo, pero que a mí se me antoja como un instrumento de tortura china que te provoca un dolor de hombros y cervicales de aúpa. En cuanto empezó a lavarme el pelo, me espetó aquello...

—Me ha dicho un pajarito que estás saliendo con mi primo.

—¿Un pajarito? Querrás decir un pajarraco —me salió tal cual, aunque no pude ver la reacción de su cara porque la tenía a mis espaldas.

—¿Por qué dices eso, mujer? Lucas es muy buen chaval, pero mira, que no ha sido él quien me lo ha contado.

—¿Y entonces?

—Me he enterado por mi prima Eva. Bueno, de eso ya hace algún tiempo, pero como hace tanto que no vienes po

aquí, no hemos tenido ocasión de hablar.

—Y poco hay que hablar al respecto, Tamara.

—Perdona, hija, no quería meterme donde no me llaman.

—No, perdóname tú por ser tan arisca —le pedí. Ella no tenía culpa de nada —, pero esa información ya no es real.

—Ahhh, vaya. No sabía que lo hubierais dejado —me contestó, sin dejar de frotarme con ímpetu el cuero cabelludo.

—Ahora ya lo sabes, Tamara.

—No sé qué habrá pasado entre vosotros, pero la verdad es que es una pena, porque ya te digo que Lucas es un buen chico. Tendrá sus faltas como todo el mundo, que no te digo yo que no, pero...

’ No la dejé terminar la frase. Lo hice yo.

—Pero le gustan mucho las mujeres —le solté, con un tono más seco nuevamente.

—A ver, Caroline, Lucas es un hombre, pero no es un ningún putero. Perdón por la palabra, hija, que se me ha escapado.

—Pues quién lo diría, porque mientras salía conmigo, andaba enredado con otra.

—¿Con otra? —Tamara frenó sus manos en seco.

—Como lo oyes. Una tal Lucía, con el pelo así largo de tirabuzones como él.

—¿¿¿Lucía???! No, no, eso no puede ser cierto.

—Lo es. No te estoy mintiendo.

Mientras terminaba de lavarme, le relaté todo lo sucedido en el último concierto y Tamara me habló largo y extenso sobre aquella borrachuza. Por ella supe que habían estado juntos un tiempo, pero que la historia había terminado de muy malas maneras...

—Ya te digo yo que mi primo, después de lo de la denuncia, dijo que aquella mujer estaba muerta y enterrada por él. Es más, por lo que me contó mi tía Irene, andaba diciendo que como se atreviera a volver a molestarle, él mismo iba a ir a comisaría para ponerle una denuncia. Con eso te lo digo todo.

Yo estaba flipando con lo que mis oídos escuchaban.

—Tú no sabes que una vez incluso le metió mano —siguió contándome.

—¿Ella?

—¡Hombre, claro! Lucas sería incapaz de levantarle la mano a una mujer, te lo puedo garantizar. Ya te digo que tendrá sus faltas, pero esa no, y la de mujeriego, tampoco.

—¿Y qué es lo que pretende ahora? ¿Seguirle amargando la vida? Tenías que haberla visto, Tamara. ¡Por narices quería sacarlo a la calle para hablar con él! Y como no se salía con la suya, le cogió por los pelos y se puso a darle tirones. Y la amiga con la que iba también es para echarle de comer aparte. Encima, la animaba gritándole que le arrancara todos los rizos.

—¿Una rubia con la melenita corta y rellenita?

—¡Esa, esa! —le respondí.

—Buahh, la Lola. Otro veneno igual que ella. A esa lo que le pasa es que le gusta mucho la farlopa también.

—¿Farlopa?

—La coca, la cocaína, Caroline. Disculpa, es que a veces se me olvida que estoy hablando con una americana, pero que demasiado bien hablas el español, hija.

—Gracias.

—De nada, corazón. Al César, lo que es del César, como siempre digo, y te insisto en que Lucas es un hombre formal y no estaba liado contigo y con ella a la par. Pongo mi mano en candela por él. Es más, por lo que tengo entendido, estaba enamorado de ti hasta la médula, según mi prima. Tú sabes que ellos dos se tienen mucha confianza.

—Sí, eso lo sé.

—Bueno, pues ya sabes también lo que hay. Lo que hagas en adelante, ya es cosa tuya, aunque yo que tú no le

adejaría escapar. Si ese ha sido el motivo de vuestra ruptura y si tú también le quieres a él, debieras replanteártelo. Y ya sí que no te digo más.

—Lo que no entiendo es por qué me dijo que no la conocía de nada y por qué tiene todavía fotos con ella en su face. Mejor dicho, tenía hasta hace unos días.

—Ahí me has pillado. No lo sé, Caroline, pero yo no le daría tanta importancia a unas simples fotos. A fin de cuentas, todos tenemos un pasado y Lucía forma parte del pasado de Lucas.

En ese momento, agarró ya las tijeras y me las puso sobre el pelo.

—¿Por aquí está bien? ¿O lo quieres un poco más corto?

—Un poco más largo, Tamara, solo quiero que me recortes las puntas para saneármelas.

,

Mi cerebro también necesitaba un buen saneado, me dije.

dejaría escapar. Si ese ha sido el motivo de vuestra ruptura y si tú también le quieres a él, debieras replanteártelo. Y ya sí que no te digo más.

—Lo que no entiendo es por qué me dijo que no la conocía de nada y por qué tiene todavía fotos con ella en su face. Mejor dicho, tenía hasta hace unos días.

—Ahí me has pillado. No lo sé, Caroline, pero yo no le daría tanta importancia a unas simples fotos. A fin de cuentas, todos tenemos un pasado y Lucía forma parte del pasado de Lucas.

En ese momento, agarró ya las tijeras y me las puso sobre el pelo.

—¿Por aquí está bien? ¿O lo quieres un poco más corto?

—Un poco más largo, Tamara, solo quiero que me recortes las puntas para saneármelas.

Mi cerebro también necesitaba un buen saneado, me dije.

Capítulo 17



Salí de la pelu un poco desconcertada con todo lo que había escuchado, pero deseosa de arreglarlo antes de que fuese demasiado tarde. Ahora bien, ¿cómo debía proceder? ¿Le desbloqueaba y le hablaba directamente, diciéndole que todo había sido un mal entendido?

Solo de pensarlo, me avergonzaba de mí misma. Iba a dar la impresión de una quinceañera con eso del ahora te bloqueo, ahora te desbloqueo... Me acordé de Tomás y Eloy, de aquello del diálogo hasta las últimas consecuencias.

Necesitaba ayuda porque estaba hecha un lío. Necesitaba otros puntos de vista, el consejo de alguien de confianza y qué mejor que mi amiga Mari Ángeles en esos momentos. Ella lo había vivido todo de primera mano.

Últimamente, andábamos un poco desconectadas por las circunstancias. Mari Ángeles, doblando turnos a causa de la baja repentina de una compañera, y yo, con el viajecito a Segovia y luego a Sevilla, a renglón seguido.

Según mis cálculos, debían quedarle como dos horas para terminar de trabajar, por lo que le envié un wasap.

Yo: “Por favor, en cuanto llegues a casa, ven a verme. Tenemos que hablar”.

Mi amiga me contestó inmediatamente.

Ella: “¿Ocurre algo, Caroline?”

Yo: “Tengo que contarte algo importante, pero prefiero hacerlo en persona”.

Ella: “No me dejes intrigada. Dime al menos de qué se trata. Me tienes preocupada”.

Yo: “Es sobre Lucas”.

Ella: “Ah, vale. Tranquila. En cuanto llegue, voy derecha a verte, rubia”.

Así fue. Mari Ángeles apareció en mi casa sin pasar por la suya. Me abrazó y me dio un cariñoso beso.

—Pues ya estoy aquí. A ver, cuéntame.

—Ya sé quién es la tipa esa.

—Bueno, algo ya averiguaste por el face. Lucía se llamaba, ¿no?

—Sí, y de poco más pude enterarme... hasta hace un rato, que fui a la pelu.

—Aaaamiga, con razón decía yo que te veo muy bien peinada.

—Mari Ángeles, escúchame, por favor. Tengo que hablar con Lucas, pero no sé cómo hacerlo.

—Hija mía, pues es bien fácil. Coges el teléfono y le llamas.

, —Tú lo ves así de sencillo, pero yo no. Ni te imaginas el apuro que me da. He metido la pata hasta el fondo.

—Espera, espera, espera... porque creo que me estoy perdiendo algo. ¿De qué te has enterado ahora?
¿

Se lo conté todo.

—Ya te dije yo que me daba a mí que por ahí debían ir los tiros, Caroline. Esas fotos que viste eran de hacía tiempo, por lo que me contaste.

—Lo sé. No había ninguna más de estos meses que hemos estado saliendo, pero entiéndeme tú también, Mari Ángeles. ¡No iba a ser tan tonto de estar conmigo y seguir publicando fotos con ella! Lucas me había mentido diciéndome que no la conocía de nada y luego descubrí que la conocía y bastante bien. Partiendo de esa base, ya desconfías de todo.

—Ya, pero mira lo que te digo, Caroline, lo hecho, hecho está, así que ahora lo único que queda es buscar la solución. Habla con él, seguro que tiene una explicación para actuar como lo hizo y seguro que cuando tú le expliques por qué le bloqueaste, también te entiende. Hablando se entiende la gente, chica.

—¿Dices que mañana tienen concierto?

—Lo tienen, pero es privado.

—¿Privado?

—Claro, guapa. Ya sé que desde que estás con él no se ha dado ningún caso, pero esta gente también da conciertos a gente con dinero que quiere música en directo para sus celebraciones.

—Sí, es verdad, en alguna ocasión me ha hablado de eso.

—Lo de mañana es un cumpleaños en un chalet en Algete, de un amigo íntimo de Toño, el baterista.

—¿Y tú vas a ir con José Luis?

—Cuando me lo propuso, le dije que no porque me daba corte, pero cambié de opinión en cuanto me contó que también iban Sara, la mujer de Toño, y Elisa, la novia de Alberto...

—O sea, que tú también vas por delante...

—Pues sí, chica, qué quieres que te diga. Esta gente se lo tiene muy bien montado. Primero van a hacer una barbacoa en el jardín y luego... ¡música, maestro! Por lo visto, son treinta y tantas personas, sin contarnos a todos nosotros.

—Ya...

—Eh...no te me vengas abajo. ¿Qué pasa? ¿Quieres venir, Caroline?

—¿Y cómo me presentó yo allí con toda mi cara?

—¿Te digo una cosa, rubia?

—Dime.

—Que el que no arriesga no gana, es así de simple. Además, estoy segura de que a Lucas le va a dar mucha alegría verte, sea allí o en el mismísimo infierno. José Luis dice que está fatal, que lleva unos días como un zombi

De imaginármelo, se me caía el alma.

—Mari Ángeles, habla con José Luis, coméntaselo, a ver qué piensa él—le pedí.

—¿Qué piensa de qué?

—De que yo aparezca por allí por sorpresa con vosotros.

—Vale, ahora en un rato le llamo y luego te cuento. Rubia, tengo que subir, que estoy deseando quitarme los tacones y darme un agua. Hablamos después, ¿te parece?

—Me parece bien. Venga, y gracias por todo.

—Las gracias para los curas —me sonrió.

Mi amiga me llamó más tarde. Al parecer, a José Luis le pareció bien la idea y se prestaba al juego, es decir, sería nuestro cómplice. Por su boca, Lucas no se enteraría de nada... hasta que me viese allí.

¿Cómo actuaría al verme? Según José Luis, se le veía decaído, lo cual no implicaba necesariamente que tuviera que alegrarse al verme. Entendería que él también estuviera dolido.

La inquietud me comía por dentro. Había quedado con mi amiga y su chico a las ocho de la tarde del día siguiente para ir a Algete, es decir, tenía todavía casi veinticuatro horas por delante para comerme el coco tratando de imaginarme su reacción.

Si pudiéramos ver de antemano el resultado de las cosas por un agujerito, cuánto sufrimiento nos ahorraríamos a veces...

Un concierto privado. Una macrofiesta de amigos. Supuse que aquello, más que un concierto, terminaría siendo algo más informal, como una mezcla de karaoke y Jam Session. Quiero decir que era bastante posible que a más de uno le diese por subirse al escenario para agarrar el micro.

Pensándolo, se me ocurrió una idea, pero todo dependería de cómo se fueran sucediendo los hechos, del ambiente del buen rollo con aquellos desconocidos...

Ya en el coche, de camino al chalet, se la revelé a José Luis y a Mari Ángeles.

—¿En serio, Caroline? —el chico me miraba por el espejo retrovisor, como si no diera crédito a lo que estaba oyendo.

—Y tan en serio. ¿No va la cosa de sorpresas? Pues toma más sorpresita.

Con la llegada del guitarrista, ya estaba completo el grupo. Para entonces, Lucas, Toño y Alberto tenían casi todo

montado sobre aquel escenario improvisado en un rincón del jardín.

Juanjo, el anfitrión, nos recibió súper cariñoso.

Enseguida divisé a mi bombón allá al fondo, de espaldas, sobre uno de aquellos barriles a modo de mesas, distribuidos por todas partes. Estaba tomándose una cerveza, charlando con otros tres chicos que yo, evidentemente, no conocía de nada.

—Mírale, ahí le tienes —me dijo Mari Ángeles.

—Estoy atacada—le respondí y, de tan nerviosa que estaba, me oculté un poco tras ella.

—¿Qué haces, boba? Venga ya, no seas tonta.

Me agarró y me echó por delante. Justo en ese instante, Lucas se volvió... y me vio.

Se quedó como una estatua con el vaso en la mano. Yo también frené en seco, bloqueada de golpe.

Nos miramos sin movernos ninguno de su sitio, durante unos segundos que a mí me parecieron una eternidad. Fue uno de los momentos de mayor incertidumbre de mi vida. Uno de los dos tenía que dar el paso (nunca mejor dicho) y... lo hice yo.

Avancé despacio hasta mi chico. Cuando le tuve frente a frente, le solté: “aquí estoy, ¿no querías que hablásemos?”

Lucas, que me miraba alucinado perdido, me abrazó con una ternura indescriptible.

—Mi Caroline, mi Caroline —me repetía en voz baja al oído.

—Aquí la tienes, cariño. Estoy contigo...

—Pellízcame para demostrarme que no estoy soñando.

Me separé y le miré. Le brillaban los ojos.

—No, tontito. No estás soñando. Y venga, vamos, que yo no he venido a amargarte ninguna fiesta...—le hice un gesto picarón.

—No me hables, no me hables, que no me quiero acordar.

—Nada, olvídalo, tiempo tendremos de hablar.

—A ver...¿qué quiere tomar esta chica?—oí a mis espaldas, en ese preciso instante.

Me di la vuelta. Era Juanjo.

—Una sin, si puede ser.

—¡Marchando una sin para la rubia!

Aquel simpático chaval, tiró hacia el mini bar del jardín para servírmela, dejándome de nuevo a solas con Lucas.

Mi bombón me cogió de la mano y me acercó al grupo. Aún faltaba gente por llegar. Me fue presentando a algunos de ellos, a los que él conocía. Los demás, se fueron levantando uno a uno para presentarse por sí mismos.

El olor a choricitos y pinchitos asándose en la barbacoa me fue abriendo el apetito. Esa noche sí que comí con ganas. La tormenta de mi cabeza iba quedando atrás.

Cuando aquella cena al aire libre iba llegando a su fin, los chicos se subieron al escenario y comenzaron a tocar. Tal y como yo pensaba, no faltó quien pidiera subirse también para cantar, algunos a dúo con Lucas y otros en solitario, haciéndole el relevo. La gente estaba súper animada, cantado a coro los estribillos, bailoteando por allí con sus copas...

A mitad de la función, José Luis cogió el micro para anunciarme. Era algo con lo que yo contaba, si bien habíamos planeado que pareciese cosa suya, puesto que a mí me daba muchísimo corte pedir turno para cantar.

—Bueno, gente, ahora nos gustaría que subiese con nosotros una chica que hay por aquí —posó sus ojos en mí—, pero que es un poquito vergonzosa.

Los invitados se miraban unos a otros, como intrigados.

—Nuestra amiga tiene una voz de escándalo que nos os podéis perder, ¿queréis escucharla?

—¡Sí! ¡Sí! —gritó la mayoría.

—Caroline, por favor.

Al oír mi nombre, Lucas también me miró con cara de pasmo total. De sobra sabía la vergüenza que a mí me daba cantar en público. De hecho, viendo que ya no me podía echar atrás, se me subieron los colores a la cara y me empezaron a temblar las piernas. Estaba como un flan, pese a lo cual, avancé con paso decidido intentando disimular mis nervios.

En la canción que yo había elegido (José Luis sabía de cuál se trataba), como casi siempre, la música comienza antes que la letra. Pero como los otros tres no sabían qué pretendía cantar, comencé a hacerlo *a capella*, esperando que, al reconocerla, me siguieran.

—*“I call you when i need you, my heart’s on fire...”*

Pasada esa primera frase, fueron entrando todos los instrumentos para acompañarme. Y yo, afortunadamente, me fui relajando a medida que avanzaba con mi particular versión de “The best”, ese famosísimo tema de Tina Turner que tiene un estribillo tan pegadizo...

—*You’re simply the best, bettther tan all the rest...*

Por supuesto que él era el mejor para mí, mejor que el resto...

Aunque miraba a la gente, veía de reojo que mi bombón, dándole al bajo, no me quitaba ojo de encima.

No quiero pecar de prepotente, pues no lo soy para nada, pero lo cierto es que cuando terminé de cantar, me llovieron los vítores. Aplausos, silbidos...

Aquella gente, incluso me pedía a gritos que cantase otra, pero eso sí que no. Yo no quería ningún protagonismo en aquella fiesta. Menos aún, subida al escenario. Les tocaba a los chicos continuar...

Al oír mi nombre, Lucas también me miró con cara de pasmo total. De sobra sabía la vergüenza que a mí me daba cantar en público. De hecho, viendo que ya no me podía echar atrás, se me subieron los colores a la cara y me empezaron a temblar las piernas. Estaba como un flan, pese a lo cual, avancé con paso decidido intentando disimular mis nervios.

En la canción que yo había elegido (José Luis sabía de cuál se trataba), como casi siempre, la música comienza antes que la letra. Pero como los otros tres no sabían qué pretendía cantar, comencé a hacerlo *a capella*, esperando que, al reconocerla, me siguieran.

—*“I call you when i need you, my heart’s on fire...”*

Pasada esa primera frase, fueron entrando todos los instrumentos para acompañarme. Y yo, afortunadamente, me fui relajando a medida que avanzaba con mi particular versión de “The best”, ese famosísimo tema de Tina Turner que tiene un estribillo tan pegadizo...

—*You’re simply the best, better than all the rest...*

Por supuesto que él era el mejor para mí, mejor que el resto...

Aunque miraba a la gente, veía de reojo que mi bombón, dándole al bajo, no me quitaba ojo de encima.

No quiero pecar de prepotente, pues no lo soy para nada, pero lo cierto es que cuando terminé de cantar, me llovieron los vítores. Aplausos, silbidos...

Aquella gente, incluso me pedía a gritos que cantase otra, pero eso sí que no. Yo no quería ningún protagonismo en aquella fiesta. Menos aún, subida al escenario. Les tocaba a los chicos continuar...

Capítulo 18



Nos acostamos a las tantas. Serían ya cerca de las cinco de la mañana cuando quisimos llegar a casa, y es que el del chalet de Algete no fue un concierto normal y corriente.

Los chicos estuvieron tocando cerca de tres horas (al final, en plan pachangueo total) y la celebración continuó después con la tarta con las velas para Juanjo, las copas, las charlas... Lo normal en una fiesta de ese calibre.

Lo pasamos francamente bien, la verdad. No olvidaré aquel cumpleaños, pues para mí, además, supuso la reconciliación con mi bombón. Estábamos ya bastante cansados al caer en casa de esta que está aquí, lo cual no quitó para que hiciésemos el amor hasta saciarnos. Teníamos que recuperar el tiempo perdido.

Todo perfecto. Ahora bien, a eso de las nueve y pico de la mañana, me desperté al levantarse Lucas para ir al baño. Desde allí le escuché protestar...

—¿Será posible esto? —decía, con voz de mosqueo.

—¿Qué ocurre? —le pregunté desde la cama, medio adormilada aún.

—¿Que qué ocurre? ¿Es que no lo escuchas, Caroline?

Lo cierto es que desde el dormitorio no escuchaba nada extraño, por lo que yo también me levanté y me dirigí al baño. Pronto entendí a qué se refería.

—¿Ves lo que te digo? Este tipo no respeta nada ni a nadie. Le da todo igual —me encogí de hombros.

—Pues yo creo que ya va siendo hora de que alguien le ponga las pilas. Ahora mismo voy a cantarle las cuarenta...

—Déjalo, por favor, es un tipo muy agresivo.

Os imagináis de qué se trataba, ¿no? Ya teníamos ahí a mi querido vecino dándole a las baquetas a todo trapo. Me acuerdo perfectamente de que en ese momento estaba tocando el “Highway to hell” de AC/DC. Y encima, sin cascos, a juzgar por el volumen.

—No, déjame tú a mí, que a este le bajo yo los humos.

No conseguí persuadirle de su idea. Mi chico se vistió rápidamente y llamó a su puerta, mientras yo me quedé en la entrada del piso un poco agobiada. Lucas tuvo que llamar varias veces, pero el impresentable aquel no le abrió hasta que la canción terminó.

—¡Vaya! ¡Qué sorpresa! —exclamó Antonio al verle—. Mira tú quién tenemos aquí, al Tarzán del Melody. ¿Qué se te ofrece? ¿Necesitas un baterista nuevo para el grupo o qué?

—¡Déjate de leches! ¡Es sábado y son las nueve de la mañana!

—¿Y qué?

—¡¿Cómo que y qué?! ¡Que ya podrías aprender a respetar a la gente, que tiemblan hasta las persianas con el escándalo!

—¡¿Y tú quién coño eres para decirme lo que tengo que hacer en mi casa?! ¡¿Eh?! —pasó en segundos de la ironía absoluta, a ponerse ya como un auténtico villano (lo que era, en realidad).

—¿Que quién soy? ¡Soy el que vive aquí al lado! ¡Y aquí no hay quien duerma! O paras ahora mismo o llamo a la policía del tirón.

—Ahhhhh... vaya. O sea, que tengo nuevo vecinito músico y no me había enterado. Pues nada, bienvenido. Cuando quieras que toquemos unos temitas juntos, me lo dices y pasas, ¿ok?

A mi chico no le dio tiempo de contestarle, pues el otro le cerró en las narices de un portazo que debió escucharse hasta en Sebastopol.

—¡Anda a cagarla ya, hombre! —le escuché gritar ya, a través del tabique que separaba mi pasillo del suyo.

Justo en ese instante, salí y agarré del brazo a Lucas.

—Entra, por favor—le pedí—. Ya te he dicho que con este individuo no hay quien pueda.

—Pues que se vaya preparando, porque si quiere guerra, la va a tener. Este no me va a amargar a mí la vida.

—¿A ti? —le miré un tanto perpleja.

Lucas no me respondió. Se limitó a guiñarme un ojo.

—Venga, cálmate, bombón. Voy a preparar el desayuno, ¿quieres?

—Vale, reina. Me vendrá bien un café cargadito.

—A mí también. Hemos dormido nada y menos.

Mientras tostaba las rebanadas de pan a baja temperatura en una sartén (el tostador se me había estropeado casualmente el día anterior), Lucas se dio una ducha rápida.

—¿Qué? Te has dado cuenta, ¿no? —me preguntó en cuanto apareció por la cocina.

La verdad es que no sabía a qué se refería.

—¿Cuenta de qué?

—Mira que pronto se ha olvidado tu vecino de los AC/DC.

—Ostras. Tienes razón. Ya no se le escucha...

—Como se suele decir, no hay mejor defensa que un buen ataque. A los tipos como este hay que plantarles cara, en lugar de acobardarse uno y dejarles hacer lo que les dé la real gana.

—Lo que pasa es que él sabe con quién puede y con quién no. Al de abajo le tiene algo más de respeto, pero a mí me ha tomado por el pito del sereno.

—Pues todo eso se le va a terminar, te lo garantizo. A partir de ahora va a aprender a respetarte a ti también como al que más.

El desayuno ya estaba listo sobre la bandeja. Mi chico la cogió y nos fuimos para el salón a tomárnoslo.

—¿Has captado lo que te acabo de decir, rubita mía?

—Que me va a respetar, ¿no?

—Eso mismo, porque cada vez que le escuche se la pienso liar...

—No sabes lo que estás diciendo, Lucas. Ahora, porque ha coincidido que estás tú aquí, pero a ese, cualquier momento del día le vale para empezar a dar por saco.

—Veo que sigues sin entender lo que quiero decir.

—Creo que me estoy perdiendo, sí.

—¿No escuchaste lo de que era el vecino de al lado?

—Sí, claro que lo escuché. Y supongo que hasta los vecinos de enfrente lo habrán oído.

—¿Y qué te parece? —mi bombón me sonrió pícaramente.

—Espera, espera... que creo que ya lo voy pillando.

—Pues te ha costado, ¿eh?

—¿Me estás diciendo que pretendes...?

Lucas no me dejó acabar la pregunta.

—Eso mismo.

Volvió las palmas de las manos hacia arriba e hizo un gesto como diciendo: “pero dependerá de ti”. Mi chico me estaba proponiendo venirse a vivir conmigo a aquel piso. Me quedé muda de repente, y no porque no me apeteciera, sino por lo inesperado de su planteamiento.

—¿Te has quedado muda, Caroline? —se llevó una mano a la boca y se mordisqueó el dedo índice.

—Perdona, es que me has pillado totalmente desprevenida, pero... ¡claro que sí, bombón! ¡¡¡Me encantaría!!!

—Ea, pues no hay más que hablar. Ya puedes ir haciéndome hueco en los armarios —me dedicó una sonrisa de oreja a oreja.

—¡Guay! ¡Qué ilu! —no podía reprimir mi emoción.

El sábado no había podido empezar de mejor forma, obviando lo de la discusión, a cuenta de la sesión de batería de aquel pajarraco.

Lucas acababa de exponerme su deseo de convivir conmigo. No obstante, mientras desayunábamos, también me habló de otra cosa que debía quedar clara entre nosotros antes de dar ese paso.

Mi chico me recalcó cuánto me quería y lo enamorado que estaba de mí, pero, y aquí viene el “pero” de esta cuestión, también me dijo que debía aprender a controlar mis celos para evitar futuros malos rollos y malentendidos entre él y yo.

Le entendí mucho mejor cuando me explicó los motivos que le llevaron a negarme que conocía a Lucía, allí delante de todo el mundo; los mismos que dieron paso a tantas conjeturas en mi cabeza.

No, Lucas no estaba en la cama con nadie esas noches, mientras yo me encontraba en Colorado. Ni pretendía quitarme las ganas de que acudiese a aquel concierto. Ni ella tenía nada que ver en lo del retraso a la hora de recogerme en el aeropuerto. Su aparición al finalizar en aquel pub de San Sebastián de los Reyes había sido totalmente providencial.

—Te garantizo que si ese numerito me lo forma un mes después de tu regreso, no te habría mentido. Digo un mes por decir algo.

Y le creí. Me ponía en su pellejo. Quizás yo hubiese hecho lo mismo, pero las cosas habían ocurrido como habían ocurrido y ya no se podía cambiar ni un punto ni una coma del guion. Ya estaba todo aclarado, tanto por su parte como por la mía.

En cuanto al fallito con lo de la nota, escribiendo su nombre en aquel papel en lugar del mío, terminó provocando las risas entre nosotros.

—Pues te juro que lo pensé en cuanto metí el papel por debajo de la puerta —me comentó—, pero tú figúrate si la tenía presente, que incluso había tenido una pesadilla con ella aquella noche. ¡Como para no meter el patazo con los nombres! No sabes la maldad que puede llegar a tener la desquiciada esa.

—Lo que no entiendo es cómo pudiste aguantarla tanto tiempo. Qué horror...

—Tonterías que se hacen cuando uno está enamorado —fue su respuesta—, pero ya está, ¿vale?, no quiero seguir hablando de ella. ¡Atrás, Satán! Hizo una cruz con los dedos.

Le prometí que en adelante iba a confiar plenamente en él. Podía hacerlo. Mi bombón estaba ansioso por venirse a vivir conmigo, ¿qué más prueba de amor necesitaba?

Ese mismo día, Lucas comenzó a traerse ropa, mientras yo iba haciéndole “hueco en los armarios”, tal cual él mismo me había dicho. Y no solo en los armarios, como comprenderéis. También en el zapatero, en las estanterías y en el mueble del baño, en la terracita...

Liada con esas faenas, inevitablemente, se me vino al pensamiento Roberto, mi ex, y es que me acordaba de cuando me vi en la misma situación con él; dejándole espacio entre lo mío para que pudiera instalarse allí.

Con Roberto, la cuestión fue muy distinta. Al principio, todo iba bien en la relación, pero con el tiempo, las cosas fueron cambiando.

Empecé a notarle más distante conmigo, como abstraído, si cabe la palabra. Se liaba por las noches con el wasap en la cama, argumentando siempre que hablaba con compañeros sobre temas de trabajo (menuda excusa tan mala). Comenzó a volver mucho más tarde de la oficina casi a diario, justificándose con lo mismo...

A mí, en suma, todo aquello me estaba oliendo ya a chamusquina, por lo que uno de esos días que me advirtió que volvería tarde del trabajo, decidí que tenía que averiguar de una vez, a costa de lo que fuese, qué estaba pasando.

Y no penséis que me había dicho de retrasarse un poco, como en otras ocasiones. Si su hora habitual de regresar era las tres menos algo de la tarde, aquel día me dijo que no le esperase hasta por lo menos las siete o las ocho, que tenía muchos expedientes pendientes de revisar y que desde la oficina se marcharía a hacer un recado. No se molestó siquiera en inventarse dicho recado. Un recado... así sin más, punto pelota.

Bueno, pues aquel viernes (me acuerdo perfectamente del día de la semana), cogí el coche y tiré para la oficina de INEM en que trabajaba Roberto, calculando el tiempo de llegar antes de que, a las dos, cerrasen al público.

Aparqué el coche en las inmediaciones y me bajé. No me quise acercar mucho para que no me viese, pero me puse en una esquina desde la que podía controlar las puertas.

Minutos antes de cerrar, apareció una chica pelirroja bastante emperifollada, con unos tacones que la delataban al caminar. Telita con la escandalera que iba armando. “Esa debe llevar las tapas bien desgastadas”, pensé.

La tipa esperó frente a la puerta hasta que fueron saliendo todos los empleados, Roberto incluido, a eso de las dos y diez. Aquella pelirroja le abrazó según le vio. Yo también pude ver desde mi “escondite” el beso que se dieron en continuación. ¡Le había cazado!

r

Ahí no quedó el asunto, como es natural. Mi pareja y la llamativa pelirroja echaron a andar cogidos de la cintura por aquel laberinto de calles de la zona de Azca, mientras yo les seguía discretamente a cierta distancia.

1

Sospeché que irían a comer en cualquier restaurante del susodicho centro financiero de Madrid, pero me estaba

quedando corta en mis pensamientos, pues sus intenciones eran otras muy distintas.

^sSin soltarse de la cintura, se dirigieron directamente a un famoso hotel de por allí, cuyo nombre prefiero no dar, pero muchos sabréis a cuál me refiero.

Cuando les vi subir por los escaloncitos de acceso a la recepción, hasta náuseas me entraron. Di media vuelta y me fui para casa hecha una furia. El resto... ya lo sabéis.

e

l

e

l

quedando corta en mis pensamientos, pues sus intenciones eran otras muy distintas.

Sin soltarse de la cintura, se dirigieron directamente a un famoso hotel de por allí, cuyo nombre prefiero no dar, pero muchos sabréis a cuál me refiero.

Cuando les vi subir por los escaloncitos de acceso a la recepción, hasta náuseas me entraron. Di media vuelta y me fui para casa hecha una furia. El resto... ya lo sabéis.

Capítulo 19



Cuatro o cinco días después de que Lucas se instalase en mi casa, ocurrió algo con lo que tampoco contábamos ninguno de los dos.

Recuerdo que aquella mañana ya me había levantado mal, y no porque no hubiese dormido bien. Al incorporarme en la cama, sentí como un ligero mareo que me obligó a quedarme sentada unos minutos, con la espalda apoyada en el cabecero, antes de atreverme a poner los pies en el suelo.

Mi chico dormía tan tranquilo y no quise despertarle porque se había quedado viendo una película aquella noche y se acostó a las tantas, pero yo debía ponerme en marcha para empezar a escribir como de costumbre. Cuando noté que estaba un poco mejor, fui a la cocina a prepararme el desayuno.

Como siempre, me tomé un zumo de naranja, un café con leche y un par de tostadas con mantequilla y mermelada, aunque me costó terminarme el pan, cosa rara en mí, pues suelo levantarme con bastante apetito. Luego, a lo largo del día, ya como con moderación, pero el desayuno es sagrado para mí.

En cuanto me senté a escribir en el ordenador, me sentí el estómago revuelto y noté que las letras me bailaban en la pantalla. El desayuno me había sentado como un tiro. De hecho, terminé vomitándolo todo.

Al escucharme vomitar allí encerrada en el baño, Lucas se despertó y vino corriendo.

—¿Qué te ocurre, reina? —me preguntó alarmado.

—Nada, nada. Tranquilo. El café, que me lo he puesto muy cargado y no me ha caído bien —le contesté, omitiendo lo del mareo al despertarme—. Vuelve a acostarte, anda, que ya estoy mejor.

Mi bombón volvió a la cama, pero ya no logró coger el sueño. Se levantó, se preparó su desayuno y se lo tomó sentado a mi lado, mientras yo seguía con el artículo que tenía recién empezado.

No le hubiese dado mucha importancia a aquel episodio del vómito, de no ser porque un par de días después me encontré en las mismas, con la diferencia de que logré soportar las náuseas sin llegar a echar el desayuno por el

wáter.

Tres veces ya en tan poco tiempo... Me acordé del primer episodio de vómitos en el AVE regresando de Sevilla y de las palabras de Montse, y comencé a inquietarme. ¿Cabía realmente alguna posibilidad de que estuviese embarazada? No paraba de darle vueltas a la cabeza.

Es cierto lo que ya os he comentado acerca de que Lucas y yo éramos bastante cautelosos en ese sentido, pero... Igual de cierto era que llevaba unos días de retraso con la regla, a lo cual tampoco le había dado mucha importancia porque mis reglas nunca habían sido regulares. Me bajaban cuando les daba la gana.

Es más, a día de hoy, sigo sin saber qué es eso de la puntualidad como un reloj, de la que hablan la mayoría de las mujeres.

Por otro lado, estaba lo del disgustazo que había tenido por aquellos días, y ya se sabe que el factor psicológico también influye a veces en estos temas. De ahí que estuviera tranquila, pero con lo de las náuseas tan seguidas, empecé a preocuparme en serio.

No obstante, me callé la boca y no le comenté nada a mi bombón para no agobiarle a él también. Para salir de dudas, lo tenía tan fácil como bajar a la farmacia y comprarme un test de embarazo.

Aproveché a hacerlo en un salto, mientras mi chico se fue a hacer algo de compra a uno de los supermercados que teníamos en el barrio. Tenía tiempo de sobra para bajar y subir sin que se enterase.

En cambio, no pude hacérmelo al regresar, pues leyendo las indicaciones de aquel test, vi que lo recomendable era hacerlo con la primera orina de la mañana, de manera que lo escondí en un cajón para que Lucas no lo viese y continué trabajando.

Ni por esas desconectó mi cabeza. Pasé un día de angustia que para mí se quedó. La mañana siguiente, en cuanto me desperté, me encerré en el baño y me lo hice, siguiendo las indicaciones al pie de la letra. Apenas un par de minutos más tarde, apareció la sentencia. Mis ojos no daban crédito a lo que veían.

Con aquel stick de plástico en la mano, comencé a temblar como no os podéis hacer una idea. La cosa estaba bastante clara. Algo había fallado y ahí teníamos el resultado; un positivo bien visible, en forma de rayitas verticales rosas...

El corazón se me aceleró. Iba a ser madre. Mejor dicho, íbamos a ser padres. Ahora, a ver cómo se lo tomaba Lucas. Mi primer impulso fue contárselo a Mari Ángeles. Coloqué aquel cacharrito sobre la encimera del lavabo y le envié la foto que le hice, a renglón seguido, sin más más ni más menos.

Mi amiga me contestó enseguida.

—¡¡¡¡Caroline!!!! ¿Eso es tuyo? —sus palabras venían precedidas por el emoji ese de la cara de susto.

—Lo es.

—¡Santo cielo! ¿Pero eso cómo ha sido? ¿Lo sabe ya Lucas!? —las preguntas se le amontonaban.

—No, todavía no sabe nada, ha bajado a hacer la compra, aunque no creo que tarde ya en llegar. ¿Tú cómo lo ves?

—¿Cómo veo el qué, Caroline? ¿Qué quieres decir?

—El resultado se ve bien claro, ¿verdad?

—¡Hombre! No hace falta ponerse unas gafas para verlo mejor, no. Estás embarazadísima, niña, perdona que te lo diga.

—Ya, pero como estas cosas fallan a veces...

—No, querida mía. Pueden fallar a la inversa en alguna ocasión. Quiero decir que alguna vez puede dar negativo cuando la mujer está embarazada de muy poco tiempo, pero como el test dé positivo, di tú que ya puedes ir buscándole el nombre al cachorrito.

—No te imaginas cómo estoy ahora mismo. No sé si llorar o reír, Mari Ángeles.

—Me hago una ligera idea, no te creas. Pero nada de llorar, guapa. Que todo fuese eso en la vida, mujer.

—Oye, te dejo ya, que está entrando Lucas.

—¿Qué tal, mi niña? —me preguntó mi bombón desde la entrada.

—Bien, bien, aquí...

¿Cómo decírselo? Estaba segura de que él también se iba a quedar en shock al enterarse, pero no podía esperar ni un minuto. Me podía la impaciencia y se me ocurrió algo para írselo metiendo poco a poco, a ver cómo lo digería...

—Bombón, ven un momento, porfa—le pedí.

—Voy. Dame un segundito, que guardo los yogures y el pollo en la nevera.

—Vale, vale, tranquilo.

Mientras lo hacía, busqué rápidamente en la galería de archivos de wasap una foto de mi hermana Dory con mi sobrinito Ethan, que ella me había enviado la semana anterior.

?—Mira qué mono está mi niño, ¿a que sí?...

—Qué gracioso, tiene una cara de trastillo que no veas.

—No creas, lo parece, pero la verdad es que es más bueno que el pan.

, Deslicé el dedo por la pantalla y le mostré la siguiente foto, en la que aparecía también Oliver, el marido de mi hermana. En aquella otra, él le tenía subido en sus hombros. Se le veía el orgullo y la felicidad en el rostro.

—Mírale qué contento con su peque, jejejeje —le miré—. ¿Te imaginas a nosotros tres así, Lucas?

—¡Anda! ¿Y por qué no?

—¡Y yoooo que me alegro! —le solté alzando el tono de voz, emulando al conocido YouTuber catalán, AuronPlay.

Mi chico se echó a reír con aquella salida mía.

—¡¡¡Jajajaja!!! Qué bueno. Cómo se nota que estás harta de ver vídeos del cachondo mental ese, ¿eh? ¡Y yoooo que me alegro! —repitió él.

—Bien, bien, pues yo me alegro de que te alegres, porque nosotros vamos a ser los próximos en posar así—volví a mostrarle la foto de mi hermana con mi cuñado y mi sobri.

—Claro, mujer, algún día tendremos un niño.

—Ya te digo, y ya podemos ir poniendo crucecitas en el calendario cuando quieras...

Con esas últimas palabras, a Lucas se le mudó la cara por completo.

—¿Qué estás diciéndome, reina?

—Te estoy diciendo eso mismo que estás pensando —ya no titubeé.

Me saqué el stick del bolsillo y se lo enseñé.

—Aquí tienes el motivo de mis vomitonas de estos días atrás.

Lucas lo cogió y lo miró fijamente, como el que está tratando de descifrar un jeroglífico.

—A ver si me entero. ¿Estas rayas quieren decir que estás embarazada, Caroline?

—¡Bingo! Me lo he hecho mientras tú comprabas.

Mi chico se puso en pie, entrelazó las manos y comenzó a dar vueltas por el salón.

—Un bebé... un bebé —empezó a decir.

Yo no sabía cuál iba a ser su siguiente reacción y comencé a temerme lo peor.

—Se nos ha colado, Lucas. Te aseguro que yo también estoy impactada.

—¡¡Qué fuerte, Caroline!!

Después de soltar aquello, mi chico estalló en carcajadas y se acercó a mí. Me cogió de la mano.

—Ven, levanta.

Me puse en pie y Lucas me dio el abrazo más tierno de toda su vida, con la cara pegada a la mía.
a

—¡Ay, mi niña! Que se me ha convertido ella en un huevito Kinder de repente, jejejeje.

Me eché a reír con su ocurrencia. ¡Yo, un huevo Kinder sorpresa! Me partía de la risa. El también rompió a reír hasta saltársele las lágrimas.

—Pues nada, como se dice suele decir, bienvenido a casa, ¿no?

—O bienvenida —puntalicé yo, mucho más relajada ya.

—Tienes razón. Y si estaba escrito así, por algo será, pero te digo una cosa, ¿eh?

—¿Qué? —le pregunté, un tanto inquieta de nuevo.

—Que si la sorpresita que llevas ahí dentro —me señaló el vientre— tiene una colita entre las piernas... el nombre lo decido yo. ¿Está usted de acuerdo, señorita?

Volví a reírme.

—Ahhhh, vale, vale, me estabas asustando —le respondí.

—¿Asustando por qué, reina mía?

—Ainsss, no sé. Es que ni sabía cómo contártelo, te lo prometo, porque ya te digo que yo también me he quedado fría cuando he visto aparecer esos palitos rosas en el test.

—Qué tontita eres. ¿Qué te pensabas? ¿Que me iba a enfadar? Esto es cosa de dos.

—Hombre, tanto como enfadarte... tampoco, pero...

—Pero nada, Caroline. Es cierto que ninguno de los dos nos lo esperábamos, pero si viene en camino, habrá que irse poniendo las pilas ya, digo yo.

—¿A qué te refieres con eso de las pilas?

—Que habrá que ir mirando ropitas, una cuna, un carrito... todo eso, ¿no?

—¡¡¡Ainsss!!! ¡Que te como esa boca!

Y lo dije y lo hice, pues le di un beso que me salió de lo más profundo de las entrañas. Minuto a minuto, mi bombón y yo nos íbamos ilusionando a la par con la idea de ser papás, aunque tuve que explicarle que aún era demasiado pronto para pensar en esas compras.

Si por él hubiese sido, ese mismo día ya habríamos ido de tiendas para ir mirando cositas para nuestro bebé...

e

Capítulo 20



-
LUCAS
-

Nuestra relación iba perfectamente. Más que eso; mejoraba día a día. Tengo que reconocer que el impacto que me causó la noticia de que iba a ser padre fue gordo, pues no contaba con ello, pero enseguida me hice a la idea y me encantó, la verdad. Ambos estábamos ilusionadísimos, e incluso barajando ya nombres de ambos sexos.

Si era un varón, yo me encargaría de la elección, como le anuncié. Si era hembra, el nombre lo escogería mi chica

En lo referente al embarazo, quitando las consabidas náuseas matutinas del principio que a ella no le faltaban, todo marchaba también a la perfección. En cambio, un mes después, Caroline comenzó a sangrar una mañana al levantarse de la cama y se asustó muchísimo.

—No puede ser, Lucas, ¡no puede ser! —me decía angustiadísima.

—Vístete, que ahora mismo nos vamos al hospital. Y tranquilízate, que ya verás que no pasa nada.

Intentaba infundirle ánimos, aunque ni yo mismo me creía lo que le decía. Aquello no pintaba bien, no me parecía normal, y más tarde, la doctora que la atendió por urgencias nos corroboró lo que temíamos, mediante la ecografía que le hizo.

—Usted ha sufrido un aborto espontáneo —fueron sus palabras hacia ella.

—¿Está segura? —le pregunté yo, sin poder creerme lo que acababa de escuchar.

—¿Perdone? ¿Acaso duda de lo que le estoy diciendo? —me hablaba con bastante sequedad—. El ecógrafo no ha detectado ni rastro del feto. Está bien claro.

Se quedó tan pancha. Como es natural, ella estaría acostumbrada a ver casos así a diario, de ahí que no le diera importancia alguna, pero para nosotros fue un verdadero mazazo saber que nuestro hijito había desaparecido de

repente. Miré a Caroline y me di cuenta de que las lágrimas empezaban a rodarle por las mejillas.

—Quédese tranquila, mujer —prosiguió la doctora, con cierta empatía ya—, que todavía es muy joven y tiempo tendrá de volver a quedarse embarazada. Esto es algo bastante habitual, sobre todo en las mujeres primerizas. Además, como usted estaba de muy poco tiempo, ni siquiera habrá que hacerle un legrado, de manera que ya pueden marcharse a casa cuando quieran.

Ahí terminó todo. Salimos del hospital, cabizbajos. Recuerdo que el camino de vuelta lo hicimos sin apenas poder pronunciar palabra. Estábamos consternados, pero debíamos ir acostumbrándonos a la nueva situación.

Pensé que Caroline remontaría pronto de aquel contratiempo. Sin embargo, los días iban pasando y no se entonaba. Sé que trataba de disimularlo ante mí como podía, pero la conocía bien. Mi niña estaba bastante apagada, por lo que se me ocurrió algo con lo que quizás podría ilusionarla.

Días atrás, me había contado que sus padres le habían dicho en alguna de aquellas llamadas que se hacían con frecuencia que ya tenían ganas de conocerme, pero que no sabían cuándo podrían venir a visitarnos.

Se acercaban las Navidades y pensé que sería un buen momento para hacernos nosotros un viajecito y desconectar, y qué mejor que hacerlo a su tierra. Le vendría bien volver a ver a los suyos, pero quise darle la sorpresa, de modo que lo planeé todo a sus espaldas.

De paso, con aquel viaje, los chicos del grupo y yo nos tomaríamos un merecido descanso de los conciertos, puesto que nos habíamos pasado todo el año sin parar.

Así pues, saqué los billetes sin que Caroline se enterase y tres o cuatro días antes de irnos, le hablé durante el desayuno. No me anduve por las ramas.

—Reina, ve preparando las maletas, que el sábado nos vamos tú y yo de viaje.

—¿De viaje? ¿Pero a dónde? —por su cara y el tono de voz, se le notaba que no contaba con ello para nada.

—Ahhh, eso no pienso decírtelo todavía, ya lo verás...

Ni siquiera en el aeropuerto se enteró de nuestro destino hasta casi última hora, cuando tuvimos que pasar por el control. Mi niña, que de por sí ya estaba algo más animada, se puso muy contenta al saber que volábamos hacia Colorado. No paró de contarme historias de su gente y del rancho durante el vuelo. Y no sabéis cuánto me alegraba de verla así.

Pero ahí no quedaría todo. Yo me traía otro proyecto entre manos que también la iba a dejar boquiabierta, aunque

para eso tendría que esperar a revelárselo primero a sus padres, al objeto de que me ayudaran a organizarlo bien.

Su familia, que tampoco contaba con nuestra visita, también se alegró muchísimo al vernos, como os podréis figurar. Y he de decir antes de que se me olvide que todos resultaron ser tan sencillos y buena gente como mi Caroline. De tal palo, tal astilla, como se suele decir.

Pues bien, en una de esas ocasiones en que mi chica salió a montar a Leyenda, su caballo, aproveché para hablar a solas con sus padres, quienes se mostraron emocionadísimos al saber que pensaba pedirle matrimonio, con ellos presentes.

Aunque el inglés se me da medio bien, mantener una conversación en ese idioma con dos personas que no hablaban ni papa de español me estaba costando un poco, por lo que me vi obligado a meter alguna que otra palabra en el traductor.

—*¡Oh, my god! ¡What joy you give us!*—repitió dos o tres veces su madre, juntando las palmas en forma de oración (¡oh, dios mío, qué alegría nos das!, viene a ser la traducción).

Visto lo visto, aquella no iba a ser una pedida de mano cualquiera, no, porque enseguida la mujer empezó a planear la merendola a lo grande, incluso invitando a muchos más miembros de la familia: abuelos, primos, tíos de mi chica...

Me quedé un poco pillado, dado que tampoco contaba uno con tanto festejo, la verdad, pero me pareció bien. Sería una excelente oportunidad para que Caroline les viese a todos de una tacada. La guinda del pastel.

Hablando de pastel...el día convenido con Jennifer y Ryan, mis suegros (yo ya les consideraba como tal, evidentemente), mi suegra se puso manos a la obra en cuanto terminó de desayunar.

Envío a su marido a por algunos ingredientes que le faltaban y se lio en la cocina a preparar no sé cuántas bandejas de canapés variados y un par de tartas hermosísimas. Caroline, al ver todo aquello esparcido por la encimera, se extrañó muchísimo.

—¿Qué haces, mamá?

—Pues ya lo estás viendo, cielo mío. Esta tarde tenemos merienda en familia.

—Pero tanta comida... ¿Nos quieres cebar como a los cochinos? Eso es una barbaridad...

—No creas. He invitado a tus abuelos, a tus tíos y a tus primos. Es el aniversario de boda de uno de mis hermanos (le soltó esa mentirijilla), y como aquí tenemos sitio más que de sobra, les he ofrecido que vengan todos para acá.

Lo vamos a pasar muy pero que muy bien, acuérdate de lo que te digo.

Mi niña alzó las cejas e hizo un mohín con los labios, como si aún no entendiese nada. Era la única que ignoraba el verdadero motivo de aquella reunión, pues el resto ya estaba al corriente por mi suegra.

—¿Y cuántos años hacen de casados, mamá?

—Treinta y cuatro—le respondió Jennifer.

Era precisamente la edad de Caroline, aunque no se debió dar cuenta de la coincidencia, puesto que no dijo nada más.

Esa tarde, todos colaboramos con la preparación del salón; abrir las alas de las mesas, extender los manteles, los centros de flores para adornarlas...

Mi Caroline se puso preciosa con aquel recogido en el pelo y un conjunto de lana azul marino, con cenefas de colores en el bajo del pantalón y del jersey, que yo le había regalado poco después de perder a nuestro bebé. Sus padres también se pusieron súper elegantes para el evento.

A la hora estipulada, fueron apareciendo por allí unos y otros. Fue muy gracioso, y es que llegado el momento de soplar las velas de la tarta, en lugar de hacerlo su tío Williams con su mujer, este le pidió que lo hiciese por él. Lo teníamos todo previsto hasta el último detalle.

—¿Cómo? ¿Yo? —le preguntó Caroline absorta. Seguía sin pillar nada de lo que estaba pasando.

—Sí, tú, sobrina.

—¿Y eso por qué?

—Porque hoy eres tú la anfitriona, cariño. Y venga, no preguntes más, que se va a derretir la cera de las velas.

Caroline, sin salir de su asombro, se puso en pie y dio un fuerte soplo. Acto seguido, todos los parientes comenzaron a aplaudir... y la música a sonar. Las primeras notas del himno nupcial de Félix Mendelssohn sí que la dejaron ya a cuadros.

Me miró con los ojos abiertos de par en par, pero sin decir ni media palabra. En ese momento, yo también me puse en pie (estaba un poco nerviosillo) y me dirigí a su padre.

—Ryan, ¿me concede usted la mano de su hija Caroline?

—Faltaría más, hijo —se refirió a mí de aquella manera, con una satisfacción en su cara que tendríais que haber visto.

Me volví hacia mi chica y me la encontré con las dos manos tapándose la boca.

—Caroline, ¿quieres casarte conmigo? —me tembló hasta la voz con la pregunta.

Vi el brillo en su mirada. Mi niña se me echó a los brazos y comenzó a llorar de la emoción.

—Claro que quiero casarme contigo, bombón, me dijo al oído.

—Eh, eso no vale —le “reproché” —, no te está escuchando nadie más que yo. ¿No quieres que se enteren?

Se separó de mí y miró a los suyos.

—¡Quiero casarme con este hombre tan maravillo porque le amo con locura! —exclamó, viniéndose ya arriba y recogiendo las lágrimas con los dedos.

—¡¡¡¡Vivan los novios!!!! —empezaron a gritar todos del tirón.

Segundos después, la música pegó un giro radical, dando paso a una selección de los temas más alegres y bailongos que se me habían ocurrido. Como digo, todo lo teníamos planificado minuciosamente.

El festín que se formó aquella tarde en el rancho de mis suegros fue de escándalo, pues, aparte de ponernos hasta las cejas de comer y beber, allí dentro también se “improvisó” la música en directo, dado que no era yo el único músico en la reunión familiar.

Uno de sus tíos y una de las primas de Caroline, Janet, tocaban la guitarra y se habían traído sus respectivos instrumentos en los maleteros de los coches. Brindamos, cantamos y bailamos hasta las tantas, derrochando entusiasmo hasta por las orejas.

—Bueno, pues ahora nos toca a nosotros ir preparando nuestro viajecito a España para la boda, chico —me comentó el tío Williams antes de marcharse.

e—Será un honor para nosotros verlos a todos nuevamente, pero en nuestro terreno.

—¿Tenéis pensada ya la fecha? —me preguntó aquel agradable hombre que debía medir más de un metro noventa.

—No, todavía no sabemos cuándo será. Dependerá de la iglesia en que nos casemos, aunque por nosotros... cuanto antes, ¿verdad, reina? —me volví hacia Caroline.

—*¡Yesss!* —contestó mi chica, más feliz que una perdiz.

Así era. Y sabíamos que teníamos mucho que hacer por delante, pero todo a su tiempo. Ya comenzaríamos con los preparativos a nuestro regreso a España. De momento, todavía nos quedaban unos días de relax, disfrutando como enanos en aquel fantástico rancho en plena naturaleza...

—No, todavía no sabemos cuándo será. Dependerá de la iglesia en que nos casemos, aunque por nosotros... cuanto antes, ¿verdad, reina? —me volví hacia Caroline.

—*Yesss!* —contestó mi chica, más feliz que una perdiz.

Así era. Y sabíamos que teníamos mucho que hacer por delante, pero todo a su tiempo. Ya comenzaríamos con los preparativos a nuestro regreso a España. De momento, todavía nos quedaban unos días de relax, disfrutando como enanos en aquel fantástico rancho en plena naturaleza...

Capítulo 21



No cabía en mí de gozo, aunque no era yo la única. A mi bombón también se le veía súper contento ante la perspectiva de la boda.

Conseguimos fecha para trece meses después de volver de Colorado, en la iglesia de los Jerónimos, por el Retiro (antiguamente, el monasterio de San Jerónimo el Real, uno de los más importantes de la capital).

Mi chico y yo habíamos estado debatiendo entre casarnos en España o hacerlo en mi tierra. Tampoco queríamos una boda multitudinaria, sino algo bonito pero íntimo, con los familiares y amigos más allegados.

Tan embrolloso sería para los míos viajar a España como para los suyos desplazarse a Colorado para asistir a nuestro enlace. Y haciendo recuento del número de miembros por cada una de las partes, el resultado salía más o menos por igual.

—Se me ocurre una idea. A ver qué te parece...—me dijo Lucas, tratando de resolver aquel debate.

—Déjame que lo adivine... casarnos en mitad del Atlántico en un barco de esos transoceánicos, a medio camino para los unos y los otros.

Mi chico se echó a reír con mi ocurrencia.

—Qué cosas tienes, Caroline. ¿Te imaginas? Qué puntazo...

—Lo que me imagino es que ese lujo solo podrán concedérselo los más ricos del planeta.

—Seguro que a más de un multimillonario ya le habrá dado por ahí...—me contestó.

—Ya lo creo, pero los ciudadanitos de a pie no podemos ni soñar con algo semejante. Broma aparte, ¿qué queríamos decirme?

—Que lo echemos a suertes.

—Oye, pues está bien, porque si no se nos va a pasar la fecha de la boda dándole vueltas al asunto. Venga, coge una moneda, bombón.

Lucas sacó un euro.

—Si sale cara, nos casamos en Colorado, reina. Si sale cruz, en España, ¿ok?

—Ok.

—Allá va. A la de una, a la de dos y a la de tres...

Lanzó la moneda al aire y la recogió con el revés de la mano. Rápidamente la tapó de manera que ninguno de los dos pudiéramos ver en qué posición había caído.

—¿Tú qué dices, Caroline?

—Ay... no sé. ¿Cara?

Mi chico levantó la mano con que ocultaba el euro.

—¡Cruz! Has perdido, preciosa, así que ya puedes ir llamando a tu gente para avisarles, jejejeje.

En honor a la verdad, me daba un poco igual el sitio porque sabía que para ellos, afortunadamente, tampoco representaría un gran problema viajar a Madrid para nuestro enlace. De acuerdo en que sería algo más enredoso, pero lo harían con gusto.

Y por fin, al cabo de tantos meses organizándolo todo (un buen jaleillo también para nosotros, ya me entendéis), llegó nuestro gran día, un día bastante fresquito, por cierto, pues nos casamos a principios de enero.

De hecho, amaneció bastante nublado. Y no era eso lo peor; según la previsión meteorológica, podía llover, no mucho, pero quizás lo suficiente para fastidiarnos. Nos daríamos el “sí quiero” a las doce y media.

—Tú tranquila, hija, me decía mi suegra en la víspera, que ya me he encargado yo por ti de hacerle la ofrenda de huevos a las monjas clarisas.

No entendí de qué me hablaba hasta que me aclaró aquella tradición española de tener ese gesto con las monjas para que recen pidiendo que luzca el sol en las bodas. En nuestro caso, no alcanzaron el objetivo, aunque al meno:

consiguieron frenar la lluvia hasta el día siguiente con sus oraciones.

Tamara, la prima de Lucas que me aclaró el entuerto de lo de Lucía y que se había convertido también ya en una buena amiga para mí, fue quien me maquilló y me peinó a primera hora de la mañana en mi casa, pues la muchacha debía volver luego a la suya para arreglarse ella también y preparar a su niña.

Mientras me iba haciendo el recogido, no paraba de mirar a mis botines blancos.

—Me encantan—me decía—. Y el traje también es una pasada, con esa pechera y ese pedazo de cola. Vas a ser una novia de lo más original, Caroline. Cuando te vea mi primo, se le va a caer la baba.

Mi querida Mari Ángeles bajó más tarde para ayudarme a ponerme el vestido. Poco después, apareció el fotógrafo para comenzar su trabajo.

Me faltan palabras ahora para explicaros cómo me sentía, montada al fin en aquel flamante coche de época que me conducía por la Castellana hacia Los Jerónimos, en compañía de mi padre. Él también iba entusiasmadísimo en su papel, además de padre, de padrino de su hija pequeña.

Recuerdo que no sabía ni cómo colocarme en aquel asiento de piel, en mi afán de no arrugarme mucho la cola ni la parte baja del vestido.

Esa fue otra, me refiero a lo de la decisión del vestido. Harta de mirar catálogos de varias firmas de traje de novia y no dar con lo que deseaba, lo dejé en manos de una modista.

Quizás penséis que soy muy delicada, pero yo tenía bastante claro cómo quería que fuese exactamente. Intenté hacer un boceto a lápiz sobre un papel, aunque el dibujo no era lo mío, por lo que se lo describí a Mari Ángeles (a mi vecina sí que se le daban bien esas cosas) y fue ella quien se encargó de dibujármelo para pasárselo a la modista. Había captado mi idea a la perfección.

Así pues, pude comenzar a lucir tan contenta el despampanante traje de novia de mis sueños, con chaquetilla blanca de pelo, por la escalinata que hay a la entrada de la iglesia.

En su interior, frente al altar, me esperaba ya el hombre de mi vida, guapísimo también con su moderno traje de chaqueta y corbatín, y su súper melena de tirabuzones, con efecto húmedo por la espuma.

Mi suegra, a su lado, tampoco se quedaba atrás con aquel maravilloso traje largo de ceremonia, color verde botella, y su espectacular tocado de plumas, en el mismo tono del vestido.

Cuando llegué a su altura, agarrada del brazo de mi orgulloso padre, le noté a mi chico los ojos vidriosos.

—No puede haber novia más bonita en el mundo —me soltó.

Le sonreí emocionadísima.

—Pareces una princesa de cuento, mi niña —añadió.

Justamente así me sentía yo en aquellos momentos; como una princesa de cuento, delante de su príncipe.

La ceremonia eclesiástica en sí también fue bastante emotiva, pues tampoco nos faltaron las preciosas palabras que nos dedicaron sobre el atril de la esquinita mi madre, mi hermana Dory y el padre de Lucas.

La anécdota más simpática dentro de la iglesia la protagonizó Ethan, mi sobrinito, cuando, ya del brazo de mi bombón, en el paseillo de salida, el muy granuja se me tiró en plancha en la cola del vestido. Pretendía que lo arrastrase hasta la calle tumbado allí. Las cosas de los niños...

Y menudo berrinche se pilló cuando lo levantó mi hermana. Cabreadísimo, empezó a tirarle a ella de la falda y poco a poco se la arranca de cuajo delante de todo el mundo.

Una vez en la puerta, nos cayó por lo alto la pertinente lluvia de pétalos de rosa y arroz entre los gritos de “¡¡¡vivan los novios!!!”. Mi bombón y yo nos dimos un tierno beso, el segundo de la jornada, después de que el cura que nos acababa de casar le diese permiso a él para “besar a la novia”.

Ambos estábamos que dábamos botes de la alegría, una alegría que también se veía reflejada en el rostro de todos nuestros invitados: ochenta y cinco en total, entre los que se incluían (como no podía ser de otro modo) el resto de miembros de Arpegios lejanos, con sus respectivas parejas.

La mayoría de ellos se fueron en el autobús que habíamos contratado hacia el lugar donde celebraríamos el banquete nupcial; un precioso caserón ubicado en la madrileña localidad de San Agustín del Guadalix.

El hecho de decantarnos al final por ese sitio se debió en parte a que aquella finca nos recordaba de algún modo al rancho de mis padres y nos pareció que podría ser un “guiño” hacia ellos.

Y si bonita había sido la boda en Los Jerónimos, el banquete no lo fue menos, a pesar de que tuvimos que darlo dentro del lujoso restaurante. ¡Cualquiera se atrevía a almorzar en los jardines en un mes de enero, en plena sierra de Madrid!

Pero, como acabo de decir, fue una celebración fantástica en su interior. ¿Queréis saber cuál fue el menú? Pues ah va...

Como aperitivos, el personal del catering nos sirvió pulpo a la brasa, gambas al ajillo, jamón de bellota y un variado de quesos exquisitos. Luego tuvimos rape a la plancha con patatitas al vapor. Para poner el corte entre sabores, sorbete de mandarina, y es que a continuación venía el segundo plato: cordero lechal al horno, con guarnición de verduras. Todo ello, acompañado de una selección de los mejores vinos.

Por postre, una magnífica tarta de nata y fresas de tres pisos que mi marido y yo empezamos a cortar con una espada que nos trajo el encargado del restaurante.

Se quedó prácticamente entera, y es que ya estábamos hartos de tanto comer cuando llegó. Pedimos que la guardasen en la nevera y la donamos a un comedor social del pueblo, siguiendo la recomendación de aquel hombre.

Al parecer, muchos novios lo hacían así, cosa que los dirigentes de dichos comedores agradecían.

Tras la comilona, los cafés y los licores, los camareros recogieron las vajillas y cristalerías, y fueron apartando las mesas, al objeto de despejar el salón. Después comenzó la música en vivo para continuar la fiesta. ¿Y quién diréis que se encargó de ese asunto?

Seguro que ya os lo estáis imaginando. Y habéis acertado de lleno, pues Lucas y los chicos se subieron al escenario (todo estaba ya colocado desde el día anterior) e interpretaron con más ánimo que nunca un buen repertorio de canciones para todos los gustos.

Lógicamente, no se tiraron dos o tres horas ahí seguidas con los instrumentos. Digamos que más bien iban alternando. Cuando mi chico bajaba, se subía cualquier otro a cantar por él o el grupo improvisaba algún tema solo instrumental.

Si se bajaba José Luis, mi tío o mi prima Janet se hacían cargo de la guitarra como si tal. Entre toda aquella gente, teníamos incluso un baterista, un buen amigo de mi marido (cómo me gusta referirme ya así a mi bombón, ¿eh?, ¡jejeje!).

Yo también me agarré la cola de mi vestido de novia y me subí en un momento dado para coger el micro, pero lo mejorcito del “concierto” fue la versión de “Carolina” que me dedicó al final Lucas, con una letra de su invención en la que iba relatando nuestra propia historia desde que nos conociéramos. ¿¡No era para comérselo entero!?

Aquello sí que me hizo gracia. Entonces comprendí el que se quedara más de una noche en el sofá con la libreta y el lápiz en mano, según él, escribiendo una canción que le había encargado un colega que estaba formando su propio grupo.

La supuesta canción no era para ningún colega, sino para servidora (me lo corroboraría más tarde). No os la pued

escribir yo a vosotros ahora porque no la recuerdo bien, aunque os garantizo que el estribillo era de lo más simpático.

Fue un día en que todo nos salió a pedir de boca, un día inolvidable que ha quedado reflejado para siempre en el reportaje fotográfico. Dicen que los mejores momentos se retienen en la memoria, y es cierto, pero tan cierto como que a través de las fotos te vienen a la cabeza algunos detalles que van quedando solapados por el tiempo.

Nosotros, como casi todos los novios, queríamos fotos y vídeos a tutiplén, por lo que tampoco tuvimos ningún reparo en invertir un buen dinero en ello.

Ya se sabe que las bodas de hoy en día cuestan un buen pico, pero justo es añadir también en este punto, ahora que hablamos del tema, que la nuestra la costearon totalmente entre sus padres y los míos, y que estos nos habían pedido que no escatimásemos en gastos. Querían que no nos quedásemos con ganas de nada por el dinero.

Ese fue el regalo de boda que nos hicieron...

escribir yo a vosotros ahora porque no la recuerdo bien, aunque os garantizo que el estribillo era de lo más simpático.

Fue un día en que todo nos salió a pedir de boca, un día inolvidable que ha quedado reflejado para siempre en el reportaje fotográfico. Dicen que los mejores momentos se retienen en la memoria, y es cierto, pero tan cierto como que a través de las fotos te vienen a la cabeza algunos detalles que van quedando solapados por el tiempo.

Nosotros, como casi todos los novios, queríamos fotos y vídeos a tutiplén, por lo que tampoco tuvimos ningún reparo en invertir un buen dinero en ello.

Ya se sabe que las bodas de hoy en día cuestan un buen pico, pero justo es añadir también en este punto, ahora que hablamos del tema, que la nuestra la costearon totalmente entre sus padres y los míos, y que estos nos habían pedido que no escatimásemos en gastos. Querían que no nos quedásemos con ganas de nada por el dinero.

Ese fue el regalo de boda que nos hicieron...

Epílogo



Han pasado unos añitos de aquella emocionante boda, a la que siguió un magnífico viaje de luna de miel, diez días por Sri Lanka; otra de las mejores experiencias de nuestras vidas, os lo puedo asegurar.

Sri Lanka es un país de lo más acertado para quienes deseen disfrutar del verdadero sabor del sur del continente asiático, dada su exuberante naturaleza, sus templos, ruinas y demás maravillas, por no hablar de su gastronomía.

Respecto a eso último, destacar que la comida de allí se asemeja bastante a la de la India, solo que con un toque portugués, inglés e incluso europeo. A Lucas y a mí nos encantó.

Ahora bien, ojo con las muestras de afecto en público si a alguno de vosotros os da por viajar también a este país, puesto que están consideradas como una descortesía. De ahí que no se deba abrazar o besar a la pareja en lugares como los templos u otros rincones sagrados.

Os tocará hacer lo que a nosotros, es decir, esperar a la intimidad del hotel en que os hospedéis. Ello también tiene su gracia, pues el estar aguantándose las ganas se traduce en que cada encuentro en el dormitorio sea más especial. Y más todavía si estáis recién casados, ya sabéis...

No obstante, puedo decir con orgullo que esas muestras de amor continuas no han mermado ni un ápice entre mi marido y yo, a lo largo del tiempo.

Hablando de tiempo. Gracias a Dios, tuvimos el tiempo casi justito de casarnos y hacer aquel viaje, pues poco después de nuestro regreso, la actividad se detuvo en el planeta entero, debido a la maldición del coronavirus. De habernos dejado ir, hubiésemos tenido que posponer bastante nuestros planes.

¿Quién hubiera siquiera sospechado lo que se avecinaba? ¿Quién podría imaginar lo que nos cayó encima de golpe y porrazo? Por suerte, la mayoría de nosotros puede contarlo, pero no podemos olvidar cuantísima gente se llevó por delante aquel malnacido virus.

Entre otros, a Antonio, nuestro vecino. No me alegré, ni mucho menos, de que estuviera entre los millones de personas que cayeron a nivel mundial durante la primera tanda.

Jamás me he alegrado ni me alegraré del infortunio de los demás, y no solo por temor a la justicia divina, sino que una no tiene tan malas ideas.

En estos momentos, solo puedo desearle que descanse en paz. Y no os extrañe que le mencione a estas alturas. Es justo también, pues, a fin de cuentas, estamos hablando de un personaje que ha aparecido varias veces en esta historia, independientemente de su papel.

La del confinamiento fue una etapa durísima para mucha gente de todos los rincones del mundo y sabemos quiénes se llevaron la peor parte en lo referido a la economía, aunque se libraran de la enfermedad.

s

Hosteleros, taxistas, gente que vive del espectáculo... esos, al igual que muchísimos otros, se encontraron de un día para otro encerrados en casa, sin apenas medios para ganarse el pan.

Yo no tuve ningún problema en ese sentido, pero mi marido, como el resto del grupo, también se vio obligado a olvidarse por una temporada de sus conciertos.

Sin embargo, pronto se las ingenió para poder ir sacándose un dinerillo, y es que, por aquellos días, a todo hijo de vecino se le disparó la imaginación, con tanto aburrimiento.

Lucas se puso a impartir clases de bajo online, a la espera de que la tormenta fuese pasando, cosa que parecía que no iba a llegar nunca. Es más, estábamos deseosos de ser padres cuanto antes, pero eso también tendría que esperar.

»

· Las noticias de todos los medios de comunicación eran desesperantes. Cifras horribles de fallecidos diarios, hospitales colapsados, una vacuna en proyecto...

¿Quién se atrevía a quedarse embarazada y dar a luz en esas circunstancias? Eso, sin contar con posibles complicaciones que te obligasen a acudir a la carrera a cualquier centro de salud (en ese aspecto, ya tenía experiencia esta que os habla). Vamos, que ni de coña, me dije.

La cuestión iba lenta, si bien poco a poco comenzamos a ver algo de luz al final del túnel, hasta llegar al presente. El dichoso virus no ha desaparecido, pero está controlado como una enfermedad común más.

A mediados del año siguiente al confinamiento, nos planteamos ponernos manos a la obra, pensando que lo gordo ya había quedado atrás. Sin embargo, no conseguía quedarme en estado, y mira que poníamos empeño... jejeje.

Comencé a asustarme y pedí cita con el ginecólogo, el cual me mandó a hacerme algunas pruebas, pero no encontró nada anormal en los resultados.

: Su única recomendación fue que me relajase y me aseguró que en cualquier momento vería cumplido mi sueño de estar nuevamente embarazada. Así fue.

Lo descubrí a finales de ese mismo año, justamente cuando iban a cumplirse dos desde la petición de matrimonio de mi bombón. Y, por ventura, la cosa no pudo empezar de mejor manera, pues en esa segunda ocasión no padecí ni siquiera unas simples náuseas.

Además, tampoco engordé más de lo debido, solo unos kilos que solté fácilmente después del parto. Evidentemente, pese a todo, los primeros meses los pasé una chispa asustadilla por lo que me había ocurrido en el embarazo anterior, lo cual no nos restó ninguna ilusión.

Mi maridín y yo soñábamos con el momento de tener a nuestro bebé en brazos. Por cierto, preferimos no saber el sexo de antemano. Queríamos que nos sorprendiera ese diminuto ser que iba creciendo en mi interior, con su llegada a este mundo.

Nuestras respectivas familias también vivieron aquella etapa con verdadero entusiasmo y constantemente nos hacían regalitos, que si unos baberos, que si un juego de sabanitas de cuna, que si unos patucos.

Y nada de andarse nadie con ojo a la hora de las compras, con el tema de los colores. Ni ellos ni nosotros, que también íbamos cogiendo cositas a cada momento. Eso de que las prendas rosas son para las niñas y las azules son para los niños está muy antiguo ya. ¿Qué más da?

Al final, resultó ser un precioso varón de ojos oscuros como mi marido. No sé por qué, me daba la espina de que mi criatura iba a tenerlos claros como yo y como mis padres, pero me equivoqué. Y no solo había heredado el color de ojos de su felicísimo papi, pues Rodrigo, que así se llama nuestro peque, también tiene su mismo pelo castaño y rizado.

Me di cuenta enseguida, después de caérsele ese pelito con que nació e irle creciendo una espesa mata de pelo. Es muy pequeño aún para llevarlo con melenas, aunque sería un puntazo, como dice Lucas. Todo se andará...

No es esa la única novedad desde que nos casamos. También nos hemos mudado a una casa más grande... y en propiedad, que bastante dinero se nos había ido ya con el alquiler.

Aparte, con el crío, necesitábamos más espacio. Ahora vivimos en una urbanización relativamente nueva en las afueras de Madrid. Nuestro piso es un bajo que dispone de tres dormitorios (uno más que en el que vivíamos) y un amplio salón desde el que se accede a una especie de patio-terraza donde nos reunimos de vez en cuando con nuestra gente para cualquier celebración o por simple gusto.

En ese mismo espacio ajardinado, Rodrigo puede jugar a sus anchas, al aire libre.

: Cuando nació, pensé que al trabajar en casa podría hacerme cargo de él perfectamente, pero pronto vi que la cosa no era tan sencilla como suponía, y es que nadie sabe bien el tiempo que puede llegar a necesitar un recién nacido hasta que vive la experiencia en sus propias carnes. Máxime, si es tan llorón como era nuestro Rodriguito en sus primeros meses de vida.

Si no era por los típicos cólicos del lactante, era porque tenía hambre o simplemente porque era un llorón nato. Siempre había un algo. Y cuando cogía esos berrinches, ya no había quien le consolara. No quería ni el chupete. Se lo acercabas a la boca y parecía que le estabas tratando de meter un veneno. De las noches ya ni hablo. Nos pasábamos las noches en vela.

El padre se ocupaba de él todo lo que podía. Estaba loquito con el bebé, pero Lucas también tenía sus quehaceres. Seguía con los conciertos y ensayando con el grupo. Además, continuó con sus clases de bajo después de la pandemia, pero no online. Daba ya las clases en el local a los alumnos que vivían en Madrid y luego se le fueron juntando otros alumnos nuevos.

Por todo lo que cuento, no me quedó más remedio que llevarlo a la guardería hasta mediodía; una decisión que mucha gente me alabó y de la cual no me arrepentí en absoluto. Es bueno que los niños se acostumbren a estar con otros niños desde su más temprana edad.

Y a pesar de los pesares, ya estamos pensando en darle un hermanito, puesto que no queremos dejarle solo. Ambos creemos que dos es el número ideal de hijos.

En cuanto a Arpegios lejanos, va subiendo como la espuma (creo que se dice así, o creciendo, no lo tengo claro...). Estos chicos han ido cogiendo muy buena fama y cada vez son más prestigiosos los locales en que les reclaman para actuar. Como es natural, también han ido subiendo progresivamente su caché.

Siempre que las circunstancias me lo permiten voy a verlos, pero no penséis que lo hago por estar ahí controlando en primera fila. Nada de eso. Atrás, pero que muy atrás, quedaron esos celillos que casi terminan con lo nuestro. Tengo plena confianza en mi marido, al igual que él en mí.

Voy porque me apetece y porque a Lucas también le gusta que acuda a sus conciertos. De hecho, suele ser él quien le pregunta a su madre si puede hacerse cargo del peque, para darme a mí esa libertad.

Otras veces ha sido Mari Ángeles quien se ha hecho cargo de nuestro hijo, pero mi queridísima amiga también se casó con José Luis el año pasado y está embarazada de seis meses y medio. Ya tiene una buena barriguita y no quiero echarle más responsabilidades.

Me siento la mujer más dichosa del planeta. Tengo un marido inmejorable en todos los aspectos, un crío sano y bonito donde los haya, una buena casa, un trabajo cómodo y bien remunerado, una familia que me adora, buenos

amigos... ¿Qué más podría pedir?

Poco más que añadir por ahora a esta historia; una historia que a algun@s de los que la hayáis leído desde el comienzo hasta el fin quizás os parezca de lo más común, pero para mí es la más bonita del mundo porque es mi historia, la historia de un gran un amor que comenzó en el Melody por una simple canción...

Hoy puedo decir que “Carolina” es la canción de mi vida.

amigos... ¿Qué más podría pedir?

Poco más que añadir por ahora a esta historia; una historia que a algun@s de los que la hayáis leído desde el comienzo hasta el fin quizás os parezca de lo más común, pero para mí es la más bonita del mundo porque es mi historia, la historia de un gran amor que comenzó en el Melody por una simple canción...

Hoy puedo decir que “Carolina” es la canción de mi vida.

¡GRACIAS POR HABER LLEGADO HASTA AQUÍ!

Si te ha gustado nuestra novela, no olvides dejar tu comentario en Amazon. Puedes encontrarnos en nuestras redes sociales.

*Con mucho cariño,
Manu y Alma.*

Redes sociales:

Facebook:

[Manu Ponce](#)

[Alma Fernández](#)

Instagram:

@manu.ponce.escriptor

@almafernandez.autora

Twitter: @ChicasTribu

Amazon:

<http://relinks.me/ManuPonce2>

relinks.me/AlmaFernandez

¡GRACIAS POR HABER LLEGADO HASTA AQUÍ!

Si te ha gustado nuestra novela, no olvides dejar tu comentario en Amazon. Puedes encontrarnos en nuestras redes sociales.

*Con mucho cariño,
Manu y Alma.*

Redes sociales:

Facebook:

[Manu Ponce](#)

[Alma Fernández](#)

Instagram:

@manu.ponce.escritor

@almafernandez.autora

Twitter: @ChicasTribu

Amazon:

<http://relinks.me/ManuPonce2>

relinks.me/AlmaFernandez